

CONCURSO BONAVENTURIANO DE CUENTO Y POESÍA

PREMIOS Y MENCIONES
DE LA DÉCIMA CUARTA EDICIÓN 2018



UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA
CALI





**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI**

Dirección de Bienestar Institucional
Área Artística y Cultural

Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía

Décima cuarta edición

2018



Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía (14. : 2018 : Cali)

Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía: premios y menciones de la décima cuarta edición 2018 / Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía (14. : 2018 : Cali); Coordinadores Cornelio Millán Matta y Pedro Mario Lopez Delgado, Ilustraciones de Armando Rafael Buchard de la Hoz.-Cali : Editorial Bonaventuriana, 2018

196 p.
ISSN: 2248 - 6690

1. Cuentos colombianos 2. Cuentos populares 3. Certámenes literarios 4. Literatura colombiana 5. Cuentos vallecaucanos 6. Poesía vallecaucana 7. Concurso literario 8. Paisaje en la literatura 9. Literatura juvenil – Aspectos socioculturales I. Millán Matta, Cornelio (Coordinador) II. Lopez Delgado, Pedro Mario (Coordinador) III. Buchard de la Hoz, Armando Rafael (Ilustrador) IV.Tít.

C8635
(D 23)
C744

Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía
Año 14, No.14 - Octubre de 2018 - Publicación anual

© Universidad de San Buenaventura Cali
Editorial Bonaventuriana

ISSN: 2248 - 6690

Rector

Fray Ernesto Londoño Orozco, OFM.

Coordinación

Cornelio Millán Matta
Director de Bienestar Institucional

Pedro Mario López Delgado
Área Artística y Cultural. Dirección de Bienestar Institucional

Ilustraciones

Armando Rafael Buchard de la Hoz

Director Editorial Bonaventuriana

Claudio Valencia Estrada

Diseño y diagramación

Carlos Cárdenas

USB Cali, La Umbría, carretera a Pance. PBX: (572) 488 22 22 -A.A. 25162.
www.usbcali.edu.co - email: editor@usbcali.edu.co. Cali, Colombia, Sur América.

Este libro no puede ser reproducido por ningun medio sin autorización escrita de la Universidad de San Buenaventura Cali.
Octubre de 2018.



Índice

Agradecimientos	7
Prólogo	9
Acta del jurado	15
El jurado	19

Poesía

Primer premio: <i>Todo en mí estación.</i> Tatiana Balistreri.	25
Segundo premio: <i>El pueblo de la hierba.</i> Daniel Montoya.	40
Tercer premio: <i>Quiltros en la niebla.</i> Danilo Morales Igor.	47

Menciones poesía

– <i>Rara avis.</i> Jhon Francis Peña Arévalo.	54
– <i>Frecuencias de onda.</i> Santiago Erazo Carrascal.	65
– <i>Últimas confesiones de Antinoo.</i> Ramón Torres Quesada.	75
– <i>Pausada percusión.</i> Julio César Goyes.	82
– <i>Ejercicio de búsqueda.</i> Liliana Rodríguez Peña.	91

– <i>Caída libre</i> . Jorge Daniel Bejarano Martín.	103
– <i>El libro de los objetos</i> . Darío Alfredo Villalba.	109

Cuento

Primer premio: <i>Pelos y plumas</i> y otros cuentos. Nicolás Rodríguez Saanabria.	121
Segundo premio: <i>Segunda vida</i> y otros cuentos. Sergio Gaut vel Hartman.	127
Tercer premio: <i>Ausencia</i> y otros cuentos. Jorge Isaacs Quispe Correa Ángulo.	135

Menciones cuento

– <i>Maalin Wanaagsan</i> . Gustavo Eduardo Green.	140
– <i>Espíritu del río</i> . Ernesto Martín Santana.	148
– <i>Ariel</i> . Alejandro Frankrajch.	152
– <i>El teatro</i> y otros cuentos. Camila Villaroel Barreto.	155
– <i>La danza del gallinazo</i> . Yadin Antonio Moreno Hoyos.	158
– <i>En la cueva</i> . Kalton Bruhl.	162
– <i>El extraño caso de una familia de extranjeros que vivía dentro de mi nevera</i> . Julio José Suárez Ruiz.	164
– <i>El instante</i> . Jorge Sánchez Fernández.	167
– <i>Solo por un beso</i> . Soraya Estefan Vargas.	171
– <i>La tienda</i> . James Arias.	175
– <i>Distopía</i> y otros cuentos. Jessica Andrea Gómez.	183
– <i>Seguimiento</i> y otros cuentos. Ernesto Tancovichz.	189
– <i>Casa quemada</i> . Juan Camilo Perdomo Morales.	194



Agradecimientos

A Francisco Garzón Céspedes y a todos los directivos de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (Ciinoe) que generosa y desinteresadamente apoyan este esfuerzo.

Al maestro Armando Buchard, que donó sus extraordinarios dibujos para poblar de imágenes sugerentes las páginas de este libro.

A Mónica Rodríguez Jiménez, prestigiosa narradora oral escénica y escritora española, que puso a nuestra disposición su talento y experiencias al dedicar valiosas horas de su tiempo a la exigente labor de jurado

A Antonio Joaquín García Angel y Andrés Eduardo Chicué, escritores, docentes y gestores culturales, por su excelente contribución al desarrollo exitoso del certamen como miembros del jurado.

Al Centro de Educación Virtual de la Universidad de San Buenaventura Cali, por su invaluable apoyo en el desarrollo de los diferentes momentos del concurso.

A la Editorial Bonaventuriana, por su dedicada, minuciosa y creativa labor, gracias a la cual este proyecto literario es publicable.





Prólogo

A los cinco años aborrecía a la señorita Angélica. Era mi maestra en segundo de preescolar y aunque mi memoria no alcance a recordar con exactitud los motivos de esa animadversión, sí se ha quedado con algunos detalles que pudieran justificarla. Así, conservo la imagen del letrero que colgaba en la puerta del aula que impedía a una niña salir al cuarto de baño hasta que la que se había ausentado antes hubiese regresado. También cómo nos ponía un pedacito de cinta adhesiva en la boca para evitar que siguiésemos hablando cuando interrumpíamos la clase. Recientemente lo recordábamos en el grupo de amigas que aún conservo de la infancia. Todas compartíamos ese mismo sentimiento hacia nuestra antigua maestra porque, aunque éramos pequeñas, en nuestro fuero interno sabíamos que aquello no estaba bien. A pesar de que los hechos tomados individualmente no fuesen graves, esa forma de tratarnos no era, ni mucho menos, pedagógica. Todo ello hizo que yo, que siempre he sido pacífica y he tratado de evitar los conflictos, me rebelase. Pocas eran las armas que podía esgrimir a tan temprana edad. Empecé rellenando cuidadosamente las fichas escolares y

cuando debía entregar el trabajo realizado, las tiraba al suelo, las pisoteaba y rompía, granjeándome así el calificativo de “difícil”.

Ese era el curso en el que estaba previsto aprender a leer y escribir. El método didáctico que entonces se empleaba para enseñar a leer, consistía en separar sílabas y acompañar la vocalización de estas con la articulación de una serie de movimientos de brazos y manos. En ese momento encontré una nueva forma de manifestarme. Decidí que no iba a pronunciar sílaba alguna y únicamente utilizaría la mímica para leer. Así, deliberadamente enmudecí en el aula y perdí, poco a poco, comba respecto de mis compañeras. Mi testarudez hizo que no estuviera dispuesta a dar mi brazo a torcer.

La perseverancia de mi madre finalmente logró vencer mi resistencia, aunque no se lo puse fácil. Todas las tardes se sentaba a leer conmigo en voz alta. Por cada línea que yo completaba ella terminaba un párrafo. También me grababa cintas de casete con cuentos leídos por ella para ir despertando mi interés. Yo las escuchaba una y otra vez; eran para mí un tesoro. Avanzaba muy despacio con la lectura hasta el punto de que —creo yo— ambas dudábamos de mi capacidad. Pero no cejó en su empeño. Mi madre invitaba a mi amiga Ana a casa, en buena medida para que me diese ejemplo. Cuando Ana ya leía de corrido, yo aún seguía trabucándome. Me defendía diciendo que si ella lo hacía tan bien era por ser hija de maestros, aunque no eran más que excusas, en un intento vano por justificar mis dificultades. A su lado me sentía torpe y empequeñecida.

Mientras tanto mi madre seguía insistiendo y yo continuaba “erre que erre”. Venció ella con la ayuda de la señorita Raquel, mi profesora de los dos cursos siguientes. Y venció hasta el punto de hacer nacer en mí una voracidad lectora insaciable.

Engullía cuanto libro caía en mis manos y pronto los volúmenes recomendados para mi edad fueron descartados y se optó por los idóneos para niños mayores o incluso adultos. Era incapaz de interrumpir la lectura cuando algo llamaba mi atención y entre las páginas de mi libro de texto abierto ponía aquel que ocupara mi cabeza en esos días, tuviese o no exámenes. Creía que mis padres debían de pensar que era muy estudiosa, aunque ahora estoy convencida de que sabían perfectamente en qué estaba invirtiendo mi tiempo.

De esa infancia y adolescencia rodeadas de libros conservo muchos recuerdos. Algunos pasajes me quedaron grabados a fuego y a menudo me encuentro rememorándolos e incluso encontrando paralelismos con la vida cotidiana. Para mí esas primeras lecturas fueron decisivas y marcaron de forma irremediable a la persona que hoy soy. De hecho, sigo recomendando a los niños de mi entorno algunos de los libros que tanto me gustaron y no veo el momento de compartirlos con mi hijo.

Con él siento que recae sobre mí la responsabilidad de despertar la pasión que siento por los libros, y abrirle de par en par las puertas a la imaginación. Desde que era muy pequeño, cuando empezaron a distinguirse en sus horarios días y noches, empezamos a leerle un cuento antes de llevarlo a la cuna. No sé cuánto de todo eso entendía —o entiende—, pero eso no es lo importante. Lo relevante es que se familiarice con los libros, aprenda la cadencia de



las palabras y empiece a vislumbrar lo que puede llegar a descubrir. Me enorgullece, que entre un juguete y un libro, muchas veces prefiera lo segundo, aunque solo sea para mirar las ilustraciones. Sus pequeñas manitas pasan las páginas con presteza, como aquel que está acostumbrado a hacerlo habitualmente. Ya es un comienzo.

Porque en esta sociedad digital en la que vivimos, tengo la sensación de que los niños tienen cada vez menos interés por la lectura, con la irreparable pérdida que ello supone. A pesar de lo accesible que se ha puesto leer, parece llamarles más la atención cualquier otro estímulo. Bajo mi punto de vista, es nuestro deber como padres intentar que eso no suceda, aunque más adelante serán las propias elecciones de nuestros hijos las que los conduzcan por uno u otro derrotero.

En mí caso no puedo sentir mayor agradecimiento por todo el esfuerzo de mi madre, que me convirtió en una infatigable lectora. También por el de algunos profesores, que en esos años decisivos tanto hicieron por allanarme el camino. ¡Qué importantes pueden ser los profesores! ¡Qué poco reconocimiento para tan loable desempeño, casi siempre determinante en los años en que nos vamos formando y creciendo!

Años más tarde llegaron otras pasiones íntimamente ligadas a la lectura: la escritura y la narración oral. Y si ahora me preguntasen, diría que, ante todo, me considero lectora. Los libros me han acompañado a lo largo de mi vida, en los buenos y malos momentos; en las noches interminables de hospital con mi padre, cuando en una incómoda butaca, incapaz de dormir, las horas pasaban raudas con ellos; cuando mi hijo era apenas un recién nacido, mientras le daba de comer, sobre el cojín que lo sostenía también descansaba mi libro electrónico, compañero de desvelos y madrugadas. Son ape-

nas un par de anécdotas incapaces de transmitir lo que significan para mí los libros.

Por ello, ¿qué mayor satisfacción podría tener que la propuesta que me hicieron para ser jurado en el XIV Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía, un concurso que se falla a miles de kilómetros de donde residio? Pero es esa, precisamente, una de las ventajas del mundo actual: que las distancias se acortan y lo que era imposible en el pasado hoy se facilita enormemente. De hecho, uno de los grandes méritos de este concurso consiste en que ha logrado reunir textos de autores de muy diversas procedencias, hermanos por un idioma común.

¡Cuántos acentos distintos, cuántas realidades diferentes! Cada cual con su propia idiosincrasia, pero todos juntos. Esta lectura ha sido como emprender un viaje en el que continuamente se van haciendo nuevos hallazgos y nos transportamos a mundos distintos mostrados a veces en toda su crudeza, en una sorprendente amalgama de sentimientos y emociones.

¡Qué difícil escoger entre la excelsitud! ¿Cómo decidir qué textos deben prevalecer sobre otros cuando al final entra en juego la subjetividad de cada uno? Afortunadamente, el peso de la responsabilidad no recae en una única persona sino que es compartido, por lo cual, aunando los pareceres de unos y otros hemos llegado a un consenso. Y como resultado de todo ello ha quedado una auténtica joya. ¡Disfruten de la lectura!

Mónica Rodríguez Jiménez
(España).





Acta del jurado

Tras varias sesiones, el 24 de agosto de 2018 se reúne el jurado del XIV Concurso Literario Bonaventuriano de Cuento y Poesía convocado por la Universidad de San Buenaventura Cali, con la colaboración significativa y el apoyo permanente de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (Ciinoe), para hacer las deliberaciones finales y llegar a conclusiones que permitan decidir sobre los premios y menciones que se van a otorgar.

El jurado concuerda en lo relativo a la alta calidad de los trabajos presentados al concurso por los 1324 escritores de 26 países, entre ellos docentes y estudiantes de 79 universidades internacionales y 55 universidades nacionales.

Los países participantes fueron Colombia, Argentina, España, Venezuela, Estados Unidos, Cuba, México, Ecuador, Brasil, Costa Rica, Uruguay, El Salvador, Paraguay, Bolivia, Guatemala, Escocia, Reino Unido, República Dominicana, Israel, Alemania, Panamá, Canadá, Honduras, Italia, Nicaragua, Vietnam y Puerto Rico.



A todos ellos nuestras felicitaciones y agradecimiento por haber acogido la convocatoria y ser parte de este proyecto cultural que promueve la creación literaria.

El jurado, integrado por:

Mónica Rodríguez Jiménez (España)

Antonio Joaquín García Ángel (Colombia)

Andrés Eduardo Chicué Alvear (Colombia)

después de analizar las obras presentadas por los 1324 participantes y socializar sus criterios con respecto a las obras seleccionadas como finalistas, decidió otorgar los siguientes premios y menciones:

Poesía

PREMIOS

- **Primer premio:** *Todo en mí estación*. Tatiana Balistreri (Italia).
- **Segundo premio:** *El pueblo de la hierba*. Daniel Mauricio Montoya (Colombia).
- **Tercer premio:** *Quiltros en la niebla*. Danilo Morales Igor (Chile).

MENCIONES

- *Rara avis*. Jhon Francis Peña Arévalo (Perú).
- *Frecuencias de onda*. Santiago Erazo Carrascal (Colombia).
- *Últimas confesiones de Antinoo*. Ramón Torres Quesada (Cuba).
- *Pausada percusión*. Julio César Goyes (Colombia).
- *Ejercicio de búsqueda*. Liliana Rodríguez Peña (Cuba).
- *Caída libre*. Jorge Daniel Bejarano Martín (Colombia).
- *El Libro de los objetos*. Darío Alfredo Villalba (Argentina)



Cuento

PREMIOS

- **Primer premio:** *Pelos y plumas* y otros cuentos. Nicolás Rodríguez Saanabria (Colombia/ Estados Unidos).
- **Segundo premio:** *Segunda vida* y otros cuentos. Sergio Gault Hartman (Argentina).
- **Tercer premio:** *Ausencia* y otros cuentos. Jorge Isaacs Quispe Correa Ángulo (Perú).

MENCIONES

- *Maalin Wanaagsan*. Gustavo Eduardo Green. (Argentina).
- *Espíritu del río*. Ernesto Martín Santana (Uruguay).
- *Ariel*. Alejandro Frankrajch (Argentina).
- *El teatro de la vida*. Camila Villaroel Barreto (Argentina).
- *La danza del gallinazo*. Yadin Antonio Moreno Hoyos (Colombia).
- *En la cueva*. Kalton Bruhl (Honduras).
- *El extraño caso de una familia de extranjeros que vivía dentro de mi nevera*. Julio José Suárez Ruiz (Venezuela).
- *El instante*. Jorge Sánchez Fernández (Colombia).
- *Solo por un beso*. Soraya Estefan Vargas (Colombia).
- *La tienda*. James Arias (Colombia/Canadá).
- *Distopía* y otros cuentos. Jessica Andrea Gómez (Colombia).
- *Seguimiento* y otros cuentos. Ernesto Tancovich (Argentina).
- *Casa quemada*. Juan Camilo Perdomo Morales (Colombia)



Para que así conste, el jurado del XIV Concurso Literario Bona-
venturiano de Cuento y Poesía, firma la presente acta a los vein-
tiocho días del mes de agosto de 2018, en la Universidad de San
Buenaventura Cali.



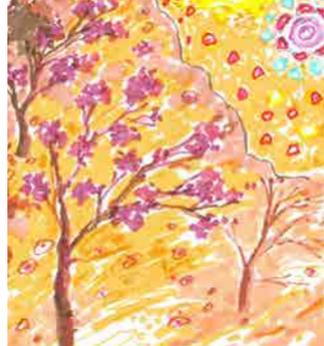
El jurado

Mónica Rodríguez Jiménez

España

Ha ganado numerosos premios —entre otros reconocimientos— como escritora de cuentos para adultos y niños, así como de microtextos, en concursos internacionales de microficción.

Narradora oral escénica de excepción en el panorama español de la oralidad escénica, calificado como de los mejores del mundo. Reúne verdad y transparencia, así como capacidad de convocar y sugerir tanto en lo dramático como en lo humorístico, lo que permite al público interlocutor cocrear los cuentos en su paisaje interior y completarlos desde su imaginación y sus saberes. Ostenta los máximos premios (Chamán y Gaviota) de la oralidad artística escénica. Formada en los talleres de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (Ciinoe) es uno de los miembros



con más años en la Compañía de la Imaginación (Iberoamérica), dirigida por Francisco Garzón Céspedes, con la codirección artística de José Víctor Martínez Gil.

Premio Gaviota de Anécdotas Personales. Recientemente se ha presentado en Contar con Zurich, Contar con Helsinki y Contar con Tallin. Al contar comunica y reconforta desde lo más genuino de la belleza y lo más genuino de la efectividad.

Antonio Joaquín García Ángel

Colombia

Estudió literatura y comunicación social en la Universidad Javeriana de Bogotá. En el año 2000 publicó su primera novela *Su casa es mi casa* y en abril de 2010 editó su tercer libro *Animales domésticos*. En 2007 fue escogido como uno de los treinta y nueve escritores menores de 39 años más representativos de América Latina, en el marco de Bogotá Capital Mundial del Libro. En el 2004 fue elegido en el programa de Maestros y Discípulos de la firma Rolex (*The Rolex Mentor and Protégé Arts Initiative*) y gracias a este reconocimiento publicó en el 2006 su segunda novela *Recursos Humanos*, con la tutoría de Mario Vargas Llosa. En el 2012 hizo la presentación del libro al viento *¿Sueñan los androides con alpacas eléctricas? Antología de ciencia ficción contemporánea latinoamericana*. Actualmente es columnista de la revista *SoHo*. Su última novela, *Declive*, ha sido considerada por la crítica y el público como una de las mejores novelas colombianas del año.

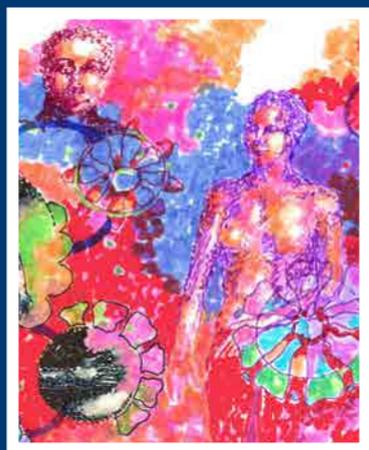


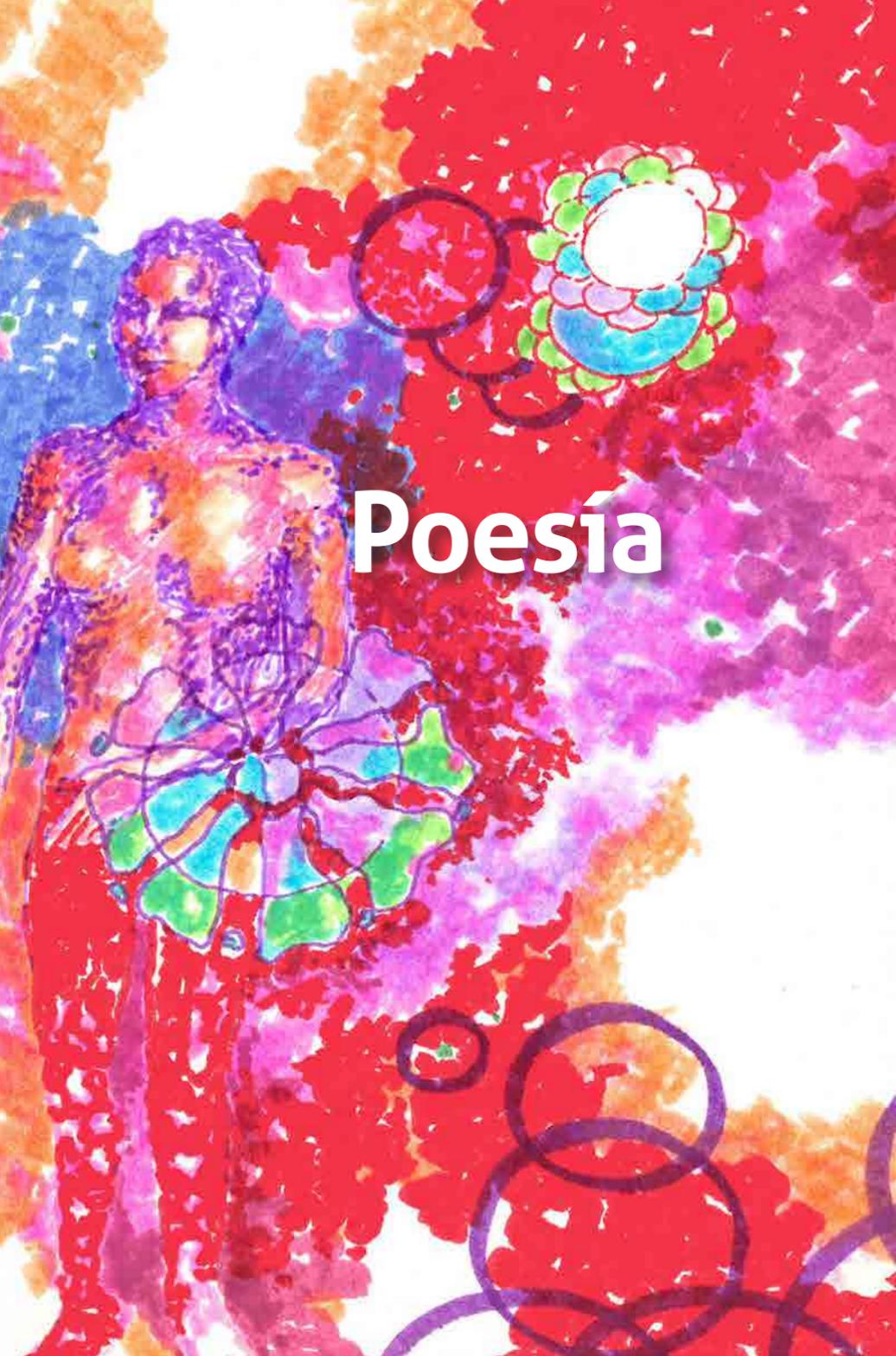
Andrés Eduardo Chicué Alvear

Colombia

Psicólogo, magíster en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia y docente universitario en la Universidad de San Buenaventura Cali. Autor de la novela *Los guardianes del animarium* y de varios artículos relacionados con la psicología y la literatura infantil, publicados en revistas nacionales y latinoamericanas.

Ha sido jurado en anteriores versiones del Concurso Literario Bonaventuriano de Cuento y Poesía.





Poesía



Tatiana Balistreri
Italia



Todo en mí estación

*Porque no espero volver jamás a la ciudad de los
encantos
beme acá de regreso hacia mí. Porque no espero
jamás volver
bacia mí, beme aquí de regreso entre las
murallas.
Murallas pesadas
e ignaras encierran al prisionero.*
Amelia Rosselli

I Preludio

Entre la turba y mis pasos
vivo triste y te pienso.
El cielo adolorido me mira lamentar tu ausencia.
Y aún no te has ido.



El espejismo de los días

Destino de Penélope,
unívoco y eterno,
aguardarte
como si no hubieras muerto.
Como si los vientos y las voces
no dijeran lo que dicen.
Como si la bruma
—profunda—
no se alzara entre los continentes que nos viven.

Destino de tejer
el espejismo de los días,
como si todavía la amaras,
como si todavía su desolación
fuera la tuya.

Epitafio

Para la ausencia
no hay caminos.
Solo fango y olvido.

Ars amandi

No estás solo.
No estés solo.
Aquí también hay alguien
—que como tú—
quiere engañarse.

Casi un haikú

Ave y naufragio
tiemblo de océano
en tu amor caracol.

Temprano en la mañana

No es amor lo que viniste a darme.
Es calor que quema la piel
y la adormece.

Siempre quise refugiarme
y el hondo anhelo me secó.

Hasta entonces
cuando te vi venir hacia mí
ardiendo
 brillando
en medio de la escarcha.



El bogotano griego

*De este vapor y de esta espuma
mantén alejada la nave.
Odisea, XII, 219*

Y de este sopor que te atraviesa
cuando abres los párpados
y no quieres otro día.
El sueño ha muerto
—dices—
y la ciudad apesta.
¿No es, acaso, el final de los noventa?

Mantén alejada la nave
de este esplendor y de esta dicha
pero ahora es tarde
—dices—
ningún viaje se repite,
ningún hombre se repite,
quiero el vapor y la espuma
el canto de las sirenas
y un violeta en la tarde cielo.





Verde mirada blanca

*Verrà la morte
e avrà i tuoi occhi.*

C. Pavese

Hoy veré tus blancos ojos verdes
en la ventana que tras de mí llueve.

Un aullido
un éxtasis
un gemido de caricia recobrada
no bastan para empezar el día
para alejar de ti
la serpiente que te envuelve.

Hoy te veré muerta
en un cristal de sangre verde.



La despedida

Una casa blanca
entre el camino
y los campos sin arar.
No la construyeron sus manos
que saben de otras artes.

Llueve.
Afuera llueve.

¿Y entonces,
por qué buscarse en los muros de cal
—una araña se asoma por sus grietas—
y en los corredores vacíos?

Mejor el agua
que en evanescentes gotas
reclama para ellos
su único destino.



II

Su credo

El tiempo,
ávido de presente,
lo hizo creer libre.
Lejos su pueblo de mar áspero
lo aguardaba el mundo grande y sin rastro.
Los lechos se diluían con la tristeza del alba:
ninguna mujer lo previno en su causa.
Jamás una ciudad sería la suya.
Jamás un rostro sería el último.
Nada le haría decir: “Yo soy el mismo”.

Pero hecho de pasado y de futuro,
de rencores y temores,
de mi madre hizo un puerto.

Ahora
y siempre tan lejos de mí,
sueño a mi padre joven,
sueño su credo,
sueño a un hombre
que no conoció el regreso.





Después de la conflagración

Lo decían los de la Stoa.
Hesíodo volverá a ser Hesíodo.
Un mismo origen será escrito
y —entre el exilio y la cicuta—
no habrá ninguna duda.
Todo acaecer es necesario.
Platón volverá a ser Platón
y de Aristófanes el mito del amor.
Así lo dirán los de la Stoa.
No lo sabremos pero es ley.

En algún instante,
padre,
volverás a ser el mismo
y otra vez niña
sucumbiré a tu muerte.

Niña con gato

A Beatriz, mi madre.

I

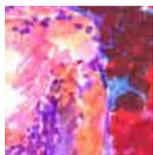
En un patio colonial de Bogotá
alguien saca una foto
y alguien posa.
Ambos ignoran
que en una casa vieja de Bolonia
ella los mira.

II

No se ven los niños que tendrás
—un gatito recostado en tus piernas mientras tú sonríes—
ni el italiano que te buscó por un mes
en la carrera séptima.

Esa foto,
pedazo de piel
que en lo hondo duerme tranquilo,
se añadirá luego.



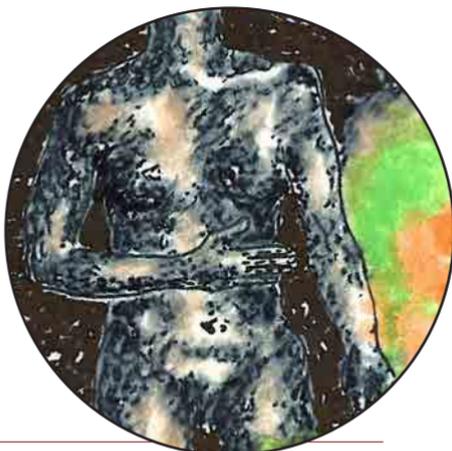


Los juegos de antes

A G.

Solo sus ojos
de un cuerpo casi inane,
solo sus ojos
—y un necrologio recortado—,
vivirán
a su muerte precoz,
a su risa adolescente,
a sus sueños de otro cielo.

Larga tarde su ausencia
larga tarde en que recordaré
los juegos de antes
y la muerte en ellos señalada.



El hijo

*Hijo mío, ven al mundo
que preparado está ya
tu ajuar.*

Pedro Salinas

No alcanzó la redondez del vientre.
Ni el amor de madre atardecida
ni los senos fuertes
ni la cintura de gigante
bastaron
para venir al mundo.

Un ajuar de palabras
de discursos y sintaxis
—y páginas en blanco—
estaba preparado para ti.

Pero tú
entre la sangre sabia de mis piernas
sangre y niebla
puñado de sal
preferiste la nada
a la existencia.





III

Desde el fondo

Desde aquí,
desde el fondo,
desde donde mi padre nombró a Dios
cuando supo que iba a morir.
Desde el fondo hablo.
Hablo y yazgo.
Hasta que cualquier perro hambriento
quiera lo que ya tampoco es mío:
mis huesos de mujer amurallada.

A otra casa

Árida tierra de sepulcros oceánicos,
peces de piedra me atraviesan
en el eterno gesto del amor:
volver a tí,
tierra salobre,
ser sal y roca informe.

Bajo otro abrazo,
bajo otro techo de carne muelle y clara,
olvido las raíces y el nudo
que me llaman
a otra historia,
a otra casa.

Todo en mi estación

A Alejandra Pizarnik

Hecha
para perder el último lugar en una fila,
para llenar de gracias
al que abandona un credo,
no soñé el mejor de los mundos posibles
ni me bañé en una ducha de incienso,
aunque,
debo decirlo,
he soñado con ángeles.

Y con esas manos ahorcándome
—mi cuerpo apretado convulso—
porque no todo cuerpo es extenso
no todo cuerpo es extenso
cuando se trata del dolor.

Y con la primavera no vista
—el invierno de siempre—
todo en mi estación
todo engaño de algo que pasa
nada pasa
nada pasa.



Oscuro es el miedo

La luz se adormece en el verso.
Oscuro es el miedo del origen sin nombre
y del fin que nos hiere.

Pregunta de cumpleaños

¿Cuanto le queda de vida
al árbol engarbado?

Dejo de escribir

*Me duele un sentimiento que desconozco: me
falta un argumento no sé sobre qué...
Y dejo de escribir porque dejo de
escribir.*

Fernando Pessoa

Y la repetición del cansancio
hastío a la potencia infinita
los hombrecitos con sombrero
de Magritte
cayendo
—¿o subiendo?—
del cielo al suelo
¿habrá suelo?

no quiero pisar nada firme
ni tu nombre

ni mi amor
padre del desasosiego
tampoco la palabra que no digo
ni

dejo de escribir
porque dejo de escribir.



Tatiana Balistreri. Italia

Nace en Bogotá, Colombia, el 7 de mayo de 1965, de madre colombiana y padre italiano. Licenciada en Filosofía, trabajó por algunos años como profesora de literatura y filosofía en el Liceo Juan Ramón Jiménez, así como en la Universidad Javeriana de Bogotá y en el Instituto Italiano de Cultura, donde desempeñó diferentes funciones (profesora de italiano y literatura italiana, responsable académica de los cursos de lengua, traductora simultánea, etc.). Trabajó también como lectora de textos italianos para Editorial Norma.

En el año 1987 obtuvo una mención en el IV Concurso Universitario de Poesía Icfes, del cual existe publicación. El resto de publicaciones son traducciones de artículos

académicos aparecidos en *los juegos de la imagen*, de Calabrese, Silva, Volli, Instituto Italiano de Cultura, Bogotá, 1995, y algunos artículos filosóficos publicados en la revista *Universitas Philosophica* de la Universidad Javeriana.

En diciembre de 1996 viaja a estudiar a Italia con una beca del Ministerio de Relaciones Exteriores Italiano con el objetivo de hacer una investigación bibliográfica para la maestría en Filosofía del Lenguaje que estaba terminando en la Universidad Nacional de Bogotá. Desde entonces, vive en un pequeño pueblo llamado Castel San Pietro Terme, en la provincia de Bolonia (Italia), donde trabaja y escribe.

Poesía
Segundo premio

Daniel Montoya
Colombia



El pueblo de la hierba

Para Jeimmy
por aparecer, de repente

Cuando me abandono, porque hallé
en el animal que observo atentamente
un objeto más interesante de estudio
que yo (...);
cuando inmóvil, parado, concentrado,
para no asustarlo, con el animal me confundo,
ya sin saber a cuál de los dos
mi conciencia pertenece



algo mayor se establece
en esta ausencia de distinción:
la gloria, la belleza (...) la eternidad.
Leonardo Froes

En el inicio del puente
el caparazón vacío
de un insecto

El caracol dejó atrás
mis pasos de ayer

La paloma
se detiene en el aire
donde hubo una rama

La cucaracha
pasó la noche patas arriba

Contempló por primera vez
las estrellas

La araña cubrió
con su hilo todo el árbol

No ha dejado caer
las hojas secas

El caracol sale de la concha

para amar

Igual que al nacer

La serpiente devora los huevos
del solitario nido

Los huevos viajan enteros
por su cuerpo

Los polluelos viajan de regreso
en otro vientre

El grillo continúa
a su manera
la canción del mirlo
cubierto de hormigas

La hormiga extrae con sus antenas
el alma del manso pulgón:
una gota de rocío
¿Cuántos pájaros se han posado
y han calentado esta rama
para que naciera la flor?

Durante el día
el caracol permanece
encerrado en su concha
para no perder la humedad





Cuando sale
es más fresca la noche

El río socavó el ocobo
Le ha dejado las raíces al aire

Los pájaros se posan en las raíces
creyendo que son ramas

En el sitio donde estuvo el árbol
ha quedado un hueco

y ha comenzado a crecer

Hay flores tan pequeñas
que se debe hacer
un gran esfuerzo
para ver el colibrí

Un vencejo
ama más
lo que soltaron sus patas
que lo que lleva su pico

Jardín abandonado

La flor
tiene forma de colibrí

A veces las nubes
toman los colores de la flor



toman la forma del abismo
a veces

la forma de una choza

y nadie duerme a la intemperie

Las huellas de las vacas
en el camino
se han llenado de agua

Las torcazas bajan a beber

La tierra no se impacienta
por la chicharra
que acaba de nacer

tan parecida a la anterior

Dos torcazas levantan
el vuelo al mismo tiempo
y en la misma dirección

Ya son una bandada

No es una tormenta

es una luciérnaga
enredada en una nube

La mariposa y la ola
se estrellan



Saltan gotas
de muchos colores
La mariposa
enredada en la telaraña
cree que ha regresado
a la crisálida

Cansada de esperar
la red
devoró a la araña

El rocío y el amanecer
se disputan el cuerpo
de la hormiga muerta

Despuntan en la orilla
del río las larvas
de los zancudos

Encima de ellos
una araña teje su red
en la superficie
del agua

Para la hormiga
que marcha de primera en la fila
su sombra es el único suelo

Antes de volar
la abeja se limpia las alas
con las patas

Algo se dicen

La araña tejió su red
en el cañón
de la escopeta

Los loros
son las únicas hojas verdes
del árbol



Daniel Montoya. Colombia

Nació en el departamento del Meta, Colombia, en 1984. Es profesor de tiempo completo en la Universidad de Ibagué.

Licenciado en Lengua Castellana de la Universidad del Tolima (2011) y Magíster en Neuropsicología y Educación, de la Universidad de la Rioja, España (2017). Pertenecer a la Red Nacional de Escritura Creativa, Relata-Liberatura.

Ganador del IX Premio de Poesía Granajoven, Granada, España (2018). Finalista en el III Concurso Nacional Nuevas Voces Literarias del PEN Colombia (2017). Finalista en el XXXIV Premio Nacional de Poesía de la Universidad de Antioquia, Colombia (2016). Segundo puesto en el I Premio Nacional de Poesía Epifanio Mejía Quijano, Yarumal, Antioquia (2016). Primer puesto en el XIX Concurso de Cuento Compartiendo Talentos y Fantasías, Ibagué, Colombia (2015). Segundo lugar en el Concurso Nacional de Cuento Relata, Colombia (2013). Mención única de honor

en el IV Concurso Nacional de Poesía Julio Flórez (2012). Mención de honor en el XXIII Concurso de Cuento Corto de la Universidad Externado de Colombia (2010).

Ha publicado en algunas antologías de cuento y poesía. Sus textos figuran en los libros *Antología del nuevo cuento tolimense* (2009), *Al este del arcoiris: antología de microrrelatistas latinos* (2011), *Mapas rotos. Antología del taller literario Liberatura-Ibagué* (2013), *Antología Relata* (2013, 2014), *Cincuenta minicuentos. Antología de minificción taller Relata. Liberatura* (2014), *Trazos oblicuos* (2014).

Ha escrito el libro de minicuentos *Ratones de fin de siglo*, con la Universidad del Tolima en el 2013; el libro de relatos *Las dos puertas*, con la misma universidad en el 2016 y el poemario *El libro de los errores* en el 2018, con la editorial Mirto Joven, de España.

Danilo Morales Igor
Chile



Quiltros en la niebla

Tengo una ballena escondida en mi casa

un cetáceo que abre las ventanas de este cuarto
y sale a viajar por el cielo junto a sus hermanos
ella tiene todas las edades
rompe con las normas
su canto despierta las estrellas del universo

cuando tiene deseos de morir
le digo que se tienda a mi lado
que no tema
que puede dormir por largos años
porque yo también soy costa
playa desierta
donde podría ahogar su llanto
tengo una ballena refugiada en mi casa
es lo único que tengo en este instante
y quisiera que jamás se vaya
a veces la guardo en mis bolsillos
para creer que todo lo tengo
para creer que nada me falta.

*Condenados a pisar
el asfalto ensangrentado*
Eskorbuto



Que podemos hacer Ezra

dime

ahora que estamos tan solos
en este banco de niebla
escuchando a los Misfits en la plaza

tengo una perrera en la mente
sus ladridos son alambres oxidados
remaches pasados de moda
en mi chaqueta desgastada
que podemos hacer Ezra
los de mi tribu no te conocen
se burlan de nosotros
menean sus cabezas
y escupen nuestros poemas
no abras el libro
deja el verso brillando en la hoja
mejor despabila el pálido rostro
esa tristeza más inmensa que el océano
y seamos pacientes por un rato
esperando las próximas glaciaciones
en este sur violento que tanto nos aparta

bien tú sabes

la ciudad es un maldito cáncer
que lentamente nos mata.



Los quiltros que mueren en el barrio
desaparecen por múltiples circunstancias:
ataques certeros en el cuello
heridas infectadas
comen vidrio molido
por rabia o abandono muerden la mano
de sus hocicos escupen fuego
a veces son tiernos
en ríos apartados
dentro de bolsas plásticas contienen el alma
estos cachorros degollados
también mueren de amor
enfermos
apuñalados
les falta un ojo
una pata
y van a la esquina de siempre
a esperar la última caricia
mientras ven morir el sol.

Me hundo en el pantano
de mi mismo
hurgo en el vertedero de la memoria
retazos de una mala película
estoy hasta el cuello
ninguna mano vendrá esta noche
la tuya por ejemplo
cálida y eterna
navíos perdiéndose en el horizonte de la memoria
luciérnaga jugando a ser noche en la luz de un poste

los perros de siempre
y la tristeza bajo sus patas
he de atravesar esta calle con animitas
sus muros oxidados por la orina
pateando latas de cervezas vacías
jugué mis últimas monedas en las maquinitas
en la misma intersección

oí decir a una muchacha:
..me gustaría morir lentamente
ir apagándome de a poco...
yo pensé en bengalas cayendo al mar.

Ese deambular de argonauta

zigzagueando cerro abajo
está cansado de no tener nave alguna
no existen nuevas rutas que lo lleven de regreso
a casa
aquí ya todo está descubierto
colonizado
por edificios y cajeros automáticos
por tomas que resisten a la nueva pobreza
cree que debajo de las alcantarillas
existen penínsulas muertas
que conducen a otra galaxia
este argonauta
se conforma con oír el dulce trino de los pájaros
el cerrar de puertas y vidrios quebrados
a bucólicos perros de una tarde cualquiera



persiguiendo una camioneta
repleta de jureles.

EL CHINO

al Chino lo encontramos muerto
con una sonrisa de oreja a oreja
en el muelle de las papas
su cadáver dentro de un bote
yacía inmóvil con 22 puñaladas
y en su bolsillo izquierdo
un papel arrugado que decía

he visto a un ángel danzar
sobre la cresta
de una ola.

Los profetas de la esquina

amanecen desnucados
sujetos a la barandilla de metal
no comprenden sus códigos
el deambular sin tiempo ni espacio
bajo el delirio de la calle

los olvidados
los sin patria los sin pan
los que nunca lloran
y sangran por la eterna herida

sedientos de chorreo y amor
Rita tiene alambres en su cintura
semidesnuda baila al ritmo de una cumbia

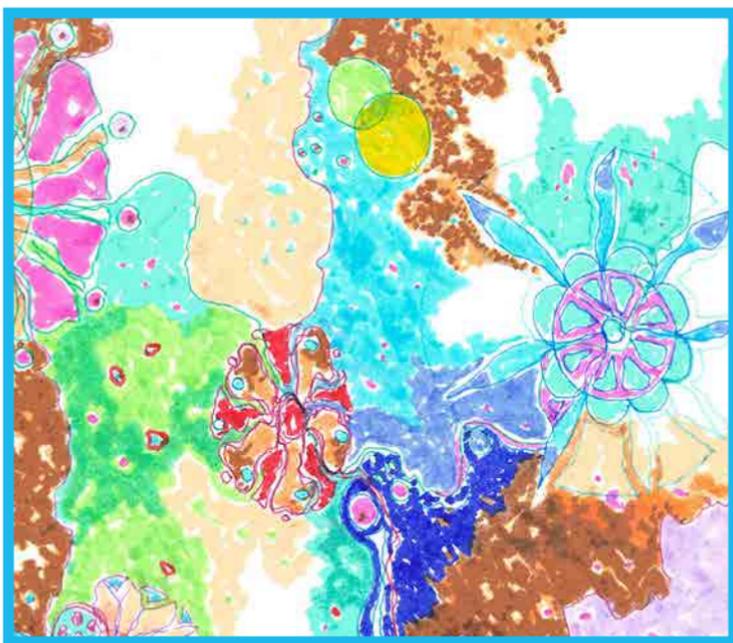
les sembraron la duda
Chile es una gran duda
un signo de interrogación
bajo un poste
vomitan rabia en los basurales
sintonizando una radio a pilas.

USUAHIA

*A tu sombra
que duerme bajo los cerezos*

A toda velocidad
pasan los autos
por las calles australes de Usuahia
el viento hace zancadillas en mis pies
sometidos están los corazones
a la ternura al derrumbamiento
una oruga persiste en la rama
cual borrachos durmiendo en la escarcha
te echaré de menos cuando ya no estés?
cuando tu sombra deje de ir conmigo
a todas partes
todo es tan incierto
los valles transversales me recuerdan a ti
la lluvia que cubrió tu rostro
promete nuevos brotes

he cambiado tanto
y mis pies siguen inundados
de una sustancia
parecida a la nada
ha llegado la hora de cubrir mis alas
en mis venas el río
sigue su curso.



Danilo Morales Igor. Chile

Estudia pedagogía con énfasis en historia y geografía. Ha publicado en la antología del escritor Víctor Munita Fritis *Zapatitos con sangre, 66 poetas del fútbol* por ediciones Cuarto Propio; *Surales. An-*

tología de crítica literaria, por ediciones Balmaceda Arte Joven; *Mal de ojo* (Revista, Santiago) *Monolito* (Revista, México). Mención de honor en el concurso Gonzalo Rojas Pizarro, 2017.

Jhon Francis Peña Arévalo
Perú



Rara avis

Los pájaros huyen en bandadas
como un cardumen,
se van a sus nidos de sueños
antes que el sol cierre los ojos,
antes que las sombras los alcancen,
van de prisa
porque tienen que relevar
a las aves que no tienen sombra,
que pertenecen a la luna
y al frío de la noche.

El día acaba con el cielo despejado
como un campo sesgado,
los nuevos graznidos
dan otra sinfonía al cielo
que ya ha perdido el color del sol
y se hace la noche sueño
para las aves de luz
y canto para los pájaros grises.

II

Cuando los pájaros alcen vuelo
y abandonen los nidos,
yo me quedaré
haciéndole compañía al árbol.
Estrujaré el llanto de la soledad
entre plumas y ramas,
mientras las aves nadan
en un firmamento
para escribir despedidas,
levantar el pico
y cerrar los ojos en contra de la luz.
Abrazaré al árbol
como a un hermano,
luego sacaré sus raíces
de la tierra natal,
después ya no sentirá dolor;
mis pies cargarán los nidos
y esperaré el regreso del viento.





III

Los cuervos se tropiezan
más seguido con el pico
que con las patas
por andar saqueando ojos
y escarbando pensamientos ajenos,
levantan polvo
como una cortina de humo
para que nadie cuestione sus propósitos.
Odian a los ojos observadores
por eso los arrancan de raíz
y aman a los ciegos
y a los sordomudos.

Se visten de negro
porque solo piensan en la muerte;
están acostumbrados al dolor.

IV

Me visto de colores
de los pájaros tristes
porque los alegres
terminan encerrados
en jaulas estrafalarias,
les obligan a cantar
a registros de ruiseñor,
a posarse sobre árboles de metal
y a comer raras combinaciones
de nombres complejos.
A veces la belleza es una cárcel
sin claraboya,
se vuelven objetos de colección
y lo degastan tanto que lo extinguen,
lo único que queda
es la memoria congelada de la taxidermia.
Mientras los miran inmóviles como piedras,
yo sigo saltando árboles
y volando a cualquier parte;
hay cierta libertad y ventaja
cuando el sol nos da la espalda.



V

Los pájaros dejan las cargas del oro
para poder volar libres,
arrojan el pasado
y se desprenden de objetos pegajosos,
dejan todo atrás
con una mirada cerrada al vacío.
Los pájaros que vuelan bajo
sin soltar su carga,
están destinados
a ver cómo crece su propia sombra
con la aproximación del impacto
con la tierra
hasta hacerse polvo.
En el cielo cruzarán aquellas aves
que renunciaron al brillo del oro
por el sol,
renunciaron al soplo
de palabras venenosas
por el viento del mar,
renunciaron al peso de la plata
por el peso del valor de las cosas,
renunciaron a la carga del pasado
por la libertad del ahora mismo,
renunciaron al apego y al miedo
que es el máximo dictador
por la libertad de las alas al extenderlas.
Los pájaros se sacuden del polvo
antes de volver al árbol;

siempre hay que volver a casa,
limpio y descargado de piedras.

VI

El cielo ha parido pájaros
en el útero de las nubes
y cuando mueren regresan
con la evaporación del agua
porque sus cuerpos son de lluvia.
Contemplo el nacimiento de los pájaros
en cada alba de la luz inmortal
y me pregunto si el hombre
es el cielo o un pájaro,
la única semejanza son los sueños
con que volamos abriendo las noches.
Imagino también



que los libros son otro cielo
donde nacen los pájaros
que vuelan más alto y más lejos.
Trato de abrir el cielo
con mis alas de libélula
pero es imposible,
mi cielo se encuentra
cuando cierro los ojos
y vuelo ante el asombro
de las medias lunas
que nunca creyeron en mis sueños.
El cielo ha parido pájaros
en el útero de las nubes
y yo los atrapo porque mi cielo es estéril.

VII

Mi cabello es un bosque
con extraños pájaros
que se alimentan de mis pensamientos
y de mis emociones agridulces.
Siento el calor de sus cuerpos
cuando anidan la descendencia de sus plumas,
se injertan en mi cabeza
los cánticos salomónicos de los días
como si mi cabeza fuese
la copa de un árbol.
Mi cabello ha florecido
como la bugambilia
y en mi cerebro se celebra
la primavera todos los días,





los pájaros me abundan
hasta en las venas;
navegan en mí como peces
en un río torrencial
con afluencia armónica
y desconcertante.
Terminan poblando todo mi ser,
luego se dejan morir
para que los recoja mi mirada
y los devuelva a la vida.
Ellos trinan en mi cabeza
para que mi cerebro
pueda parir bellos pensamientos.

VIII

El espantapájaros está cansado
de ahuyentar pájaros hambrientos y leprosos,
siente envidia por ellos
y sueña con alas para sobrevolar el mundo
y conocer otros campos
de diferentes sembríos.
El espantapájaros se ha fatigado
de estar inmóvil observando crecer
su propia sombra,
y sigue muriendo crucificado
entre las oraciones de los pájaros blancos
y el miedo de los pájaros negros.
Tiene los ojos secos y tiesos de muerte
que siempre miran al vacío,
donde grita la soledad de los campos desiertos

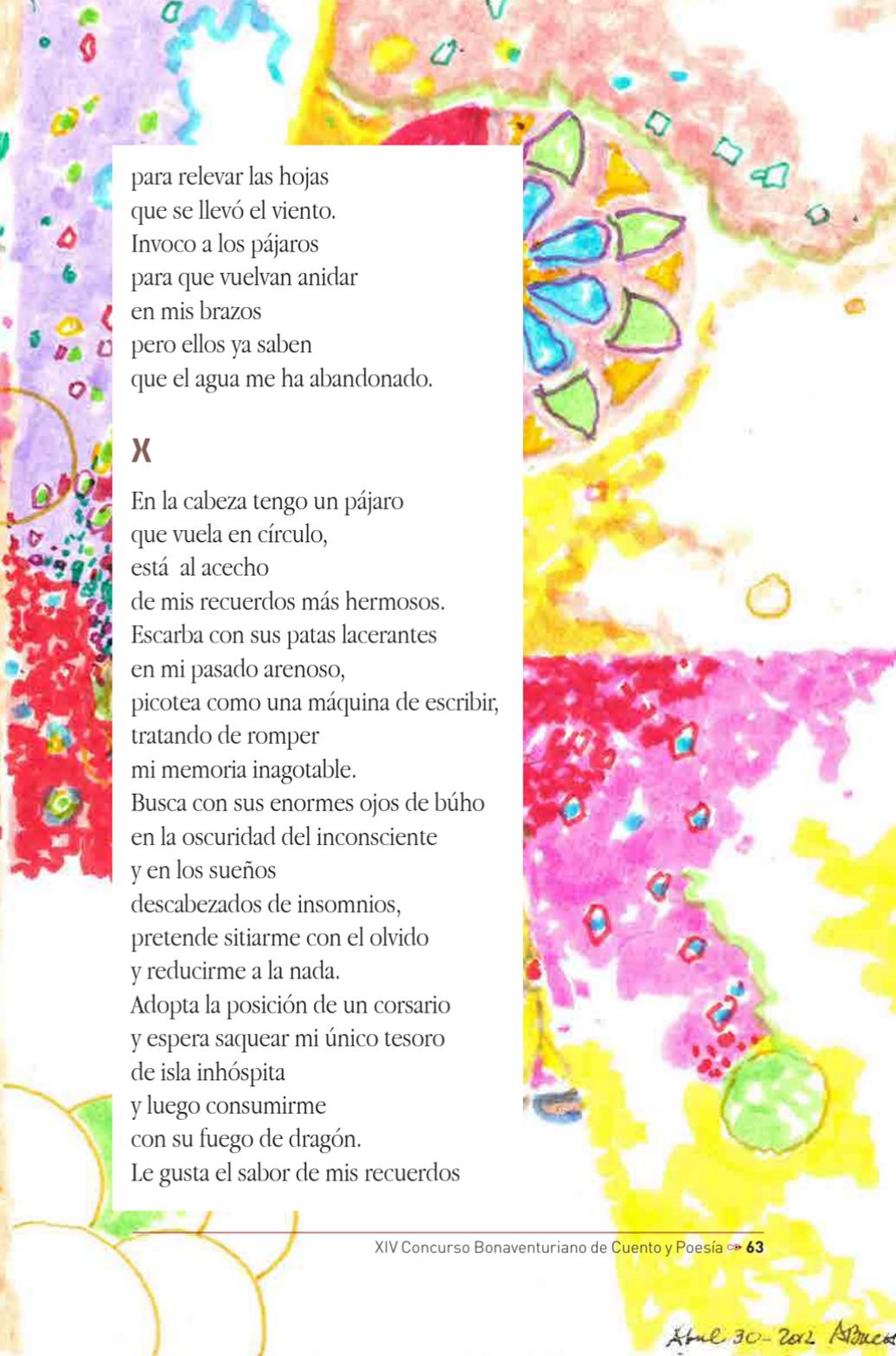


de langostas hambrientas y devoradoras de sueños.
Al espantapájaros le ha crecido alas de cuervo
y una boca que escupe fuego;
no hay ningún pájaro sostenido en el cielo
y los árboles se han convertido en cenizas.
El espantapájaros
ha comenzado a inventar otro mundo.

IX



Invoco a los pájaros de todos los cielos
a volar en el cielo raso de mi soledad,
a poblar mi mundo ermitaño,
a posarse en mis palabras quebradas
sobre una hoja mohosa y amarillenta,
a descansar sobre mis brazos
de árbol raquítico y anémico.
Invoco cada nombre
de pájaro de otro tiempo
a poseer mi cuerpo de soñador furtivo
y suicida que tiene miedo de despertar,
que a veces toma la figura
de una imagen catatónica
y finge ser un espantapájaros
en medio del desierto.
Ellos me miran
como si fuese un árbol sin descendencia,
destinado a calentar la cocina de hambre
o de una casa muerta,
me miran con compasión
y me regalan sus mejores plumas



para relevar las hojas
que se llevó el viento.
Invoco a los pájaros
para que vuelvan anidar
en mis brazos
pero ellos ya saben
que el agua me ha abandonado.

X

En la cabeza tengo un pájaro
que vuela en círculo,
está al acecho
de mis recuerdos más hermosos.
Escarba con sus patas lacerantes
en mi pasado arenoso,
picotea como una máquina de escribir,
tratando de romper
mi memoria inagotable.
Busca con sus enormes ojos de búho
en la oscuridad del inconsciente
y en los sueños
descabezados de insomnios,
pretende sitiarme con el olvido
y reducirme a la nada.
Adopta la posición de un corsario
y espera saquear mi único tesoro
de isla inhóspita
y luego consumirme
con su fuego de dragón.
Le gusta el sabor de mis recuerdos



que ha decidido robarme la memoria
palabra por palabra
y ahora no sé qué más escribir
ante la hoja llena de Alzheimer.

Jhon Francis Peña Arévalo. Perú

Psicólogo de profesión y especialista en Psicopatología en Investigación Científica Experimental en Neuroelectroquímica. Ha publicado los poemarios *Dos lunas* (Editorial O, Argentina) y *Psicoanálisis de un poema* (Editorial O, Argentina). Muchos de sus trabajos literarios han sido incluidos en diversas antologías y en revistas literarias. El poemario *Dos lunas* ha sido traducido al

turco y al latín (forma parte de la *Colección de poesía en lengua muerta*), editado por Pamukkale, editores, Turquía, 2013. Y por último *Hablando con la soledad* (libro de cuentos editado por J&M, 2011, Bolivia). Ha sido reconocido con importantes premios y menciones en diversos concursos literarios nacionales e internacionales.

Poesía
Mención

Santiago Erazo Carrascal

Colombia



Frecuencias de onda

*Mi alma es una orquesta oculta;
no sé qué instrumentos tañen y chirrían,
cuerdas y arpas, timbales y tambores, dentro de mí*
Fernando Pessoa

*El amor es como la música,
me devuelve con las manos vacías*
Blanca Varela

Free jazz

He puesto el viento en tu lengua
como una ácida hostia.

Entra, tú, en la letanía
de los que han olvidado
dónde han dejado sus ojos
y avanzan a tumbos
con una baqueta como bastón.

Entra en el cuerpo
jadeante
de
la
lluvia.

Soy tu sumo sacerdote,
aquel que ha multiplicado
y son úlceras
en su torso.

Tú eres el saxofón,
yo el aire espinado que lo rasga.

Black metal

Deshilvana los ríos negros
enredados en mi garganta.

Veinticuatro árboles unidos por sus raíces
beben de su sed.

Esa voz.

Esa voz dibuja con un carbón sobre mi pecho
la cartografía de mi sangre.

He renunciado a la permanencia de las cosas
solo porque esa voz es una llaga entre mis ojos.



Ahora el cielo está afinado
un semitono más bajo,
y al observarlo
un fraseo vertiginoso
electrifica mis venas.

Mis venas y su líquida misantropía,
cartilaginosa hojarasca de la oscuridad.

Folk

Las estrellas
aún no saben de mi tristeza,
mientras las cuerdas de una vieja guitarra
ahorcan la lluvia de esta tarde.

Solo palabras y un arpegio inacabable,
el aire de su diapason bajando por mis nervios,
escalón por escalón.

Estoy desnudo como un árbol;
todo, hasta la ropa, está desnudo,
pero esta música
todavía logra esconder mi tristeza.

Un día empecé a escuchar esta canción.
Aún no sé cuándo ha acabado.



Noise

Cargo en mis ojos
un lago de ardientes orquídeas.
Su humo ha anidado
en mi garganta.

Busqué forzar el cierre de mis párpados
con las manos
y ahora tengo las yemas de los dedos
astilladas de múltiples gritos.

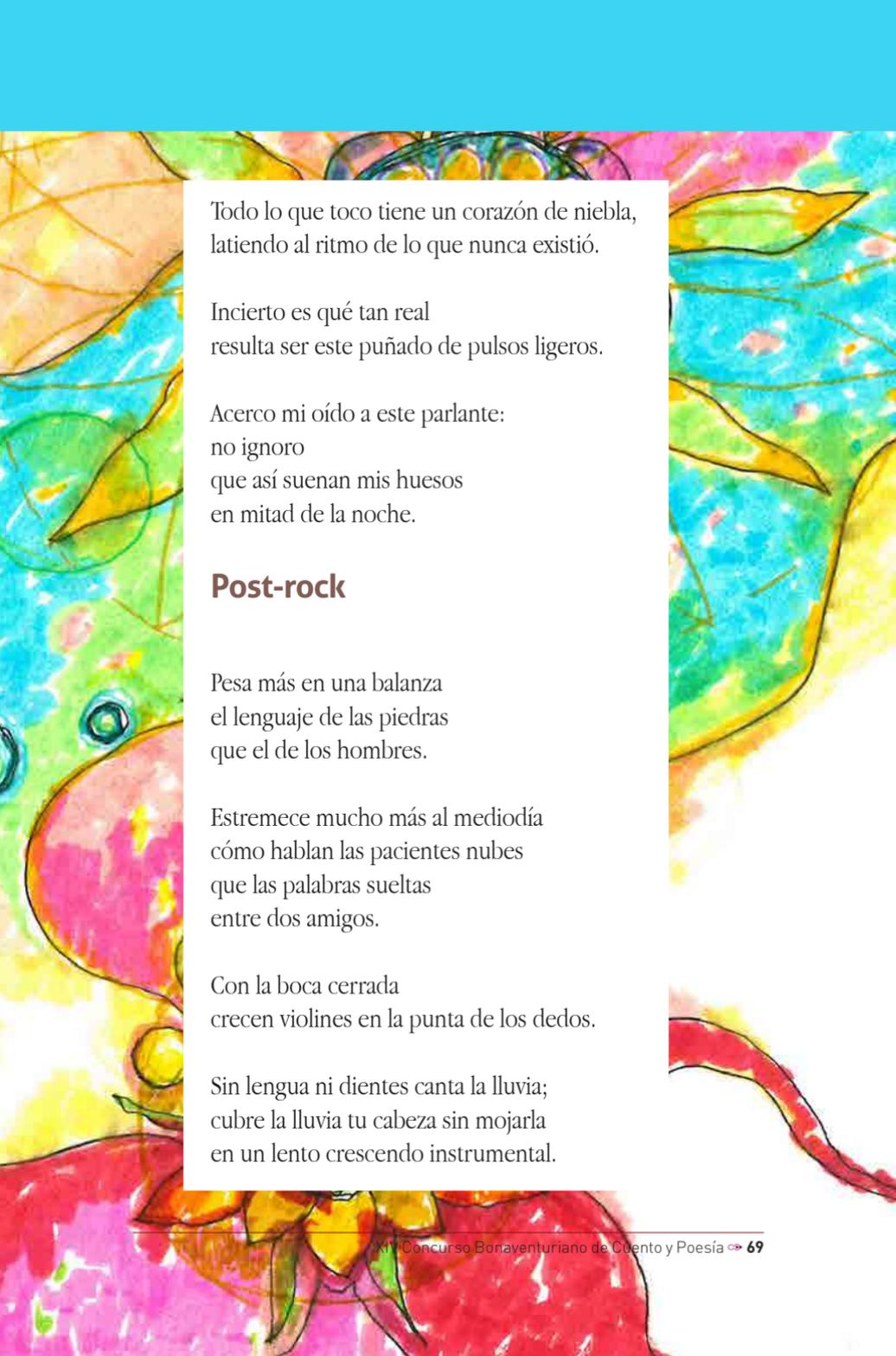
Lo que toco me gime entre mis palmas.

Descubrí que cada objeto
guarece un dolor que vibra sin parar,
una savia sonora y disonante.

Hay que rasgarlo, apuñalarlo,
hasta encontrar un ruido
que opaque el sonido que producen los recuerdos
cuando se van desvaneciendo.

Lowercase

Me aproximo a lo que veo
temiendo olvidarlo hasta perderlo.



Todo lo que toco tiene un corazón de niebla,
latiendo al ritmo de lo que nunca existió.

Incierto es qué tan real
resulta ser este puñado de pulsos ligeros.

Acerco mi oído a este parlante:
no ignoro
que así suenan mis huesos
en mitad de la noche.

Post-rock

Pesa más en una balanza
el lenguaje de las piedras
que el de los hombres.

Estremece mucho más al mediodía
cómo hablan las pacientes nubes
que las palabras sueltas
entre dos amigos.

Con la boca cerrada
crecen violines en la punta de los dedos.

Sin lengua ni dientes canta la lluvia;
cubre la lluvia tu cabeza sin mojarla
en un lento crescendo instrumental.



Powerviolence

De un puñetazo
le he roto a la luz
sus pequeños dientes.

No encontré quién pudiese usar mis venas
para hacer una guitarra,
y ahora tengo los oídos llenos de piedras
para que nadie me rescate
cuando muera ahogado
en la viscosa vibración de una voz.

Nadie me salvará.

Screamo

Con la intensa disonancia de estas notas
encandilo el arca de mi miseria,
y es el golpe sincopado del redoblante
el camino que recorre.

Es así:
hay fantasmas incandescentes
adentro de esta música.

Es así:
nunca tuvo la noche
sus arterias tan inflamadas.



Nunca fue tan inevitable
encontrar el ardiente bosque
que crece detrás de nuestras sombras.

Yo anhelo que las cenizas de este mundo
sean nuestra pista de baile.

Bossa nova

No olvides
que aún tengo este acorde
comiendo de mi mano.
Lo encontré asustado,
escabullido
en las arenas de una playa de Río.
No lo olvides:
al acariciarlo tu soledad se vuelve táctil
o verás en él a tu padre girando las mañanas
con un casete,
ofreciéndote a distancia el desayuno:
una estrella brasileña recién hervida.
No olvides que es noble y traslúcido,
que tiene una pequeña nube
debajo de su lengua
y que te llora
con una sonrisa en su rostro,
llorando y riendo,
llorando y riendo,
llorando y riendo.

Drone doom

He dormido con el sonido
que hace una serpiente
cuando se devora a sí misma,

y ahora el sueño es un fa inacabable
enterrado entre mis ojos.

En él pienso en la lentitud
con la que el mundo entiende su propia desnudez,
todo el tiempo que requiere un hombre
para hacer de sus pulmones
dos trastes de gruesas cuerdas.

No he sabido del hambre,
ni del frío:

solo me alimento de lo que escucho,
soy un asceta
desterrado en mi propia habitación.

Shoegaze

Arriba el sol con su calor resulta ser tan estridente,
entonces melancólico miro al suelo:
una mancha tornasolada en un charco
y mis viejos zapatos.





Aquí silencio y ruido se han amalgamado,
he entrado en el umbral
de lo que solo se puede callar al cantarse,
donde se pierde la pulsión de la concupiscencia.

Pero apenas miro embelesado mis zapatos.
Necesito reverberar en mis zapatos
todo lo que siento
hasta que ellos sepan qué es estremecerse
con el tránsito inesperado de un acorde.

Ambient

Alguien convirtió en canción
este lento atardecer
y encerró un sol agonizante,
retorciéndose entre las teclas
de un brumoso sintetizador.

Hay la luz introvertida
que reposa solitaria
en una frecuencia de onda
como una niña temerosa
escondida bajo una mesa.

Hay la soledad,
ambigüedad de la quietud y el movimiento
esta fotografía sonora que cobra vida,

un largometraje derretido en mis oídos.

Es así la vida y muerte de una melodía
zambullida al fondo del cuerpo:

pronto la sangre madurará
hasta volverse transparente.



Santiago Erazo Carrascal. Colombia

Estudia Creación Literaria en la Universidad Central. Fue ganador del tercer lugar en el VII Premio Nacional de Poesía Obra Inédita, así como el tercer premio en el Concurso Nacional de Poesía de la Casa de Poesía Silva, La poesía, pintura que ha-

bla. Poemas y cuentos suyos han aparecido en publicaciones colombianas como *Otro páramo* o *La raíz invertida*. Miembro del grupo literario Contracartel Segunda Generación.

Ramón Torres Quesada
Cuba



Últimas confesiones de Antinoo

Cuarto creciente

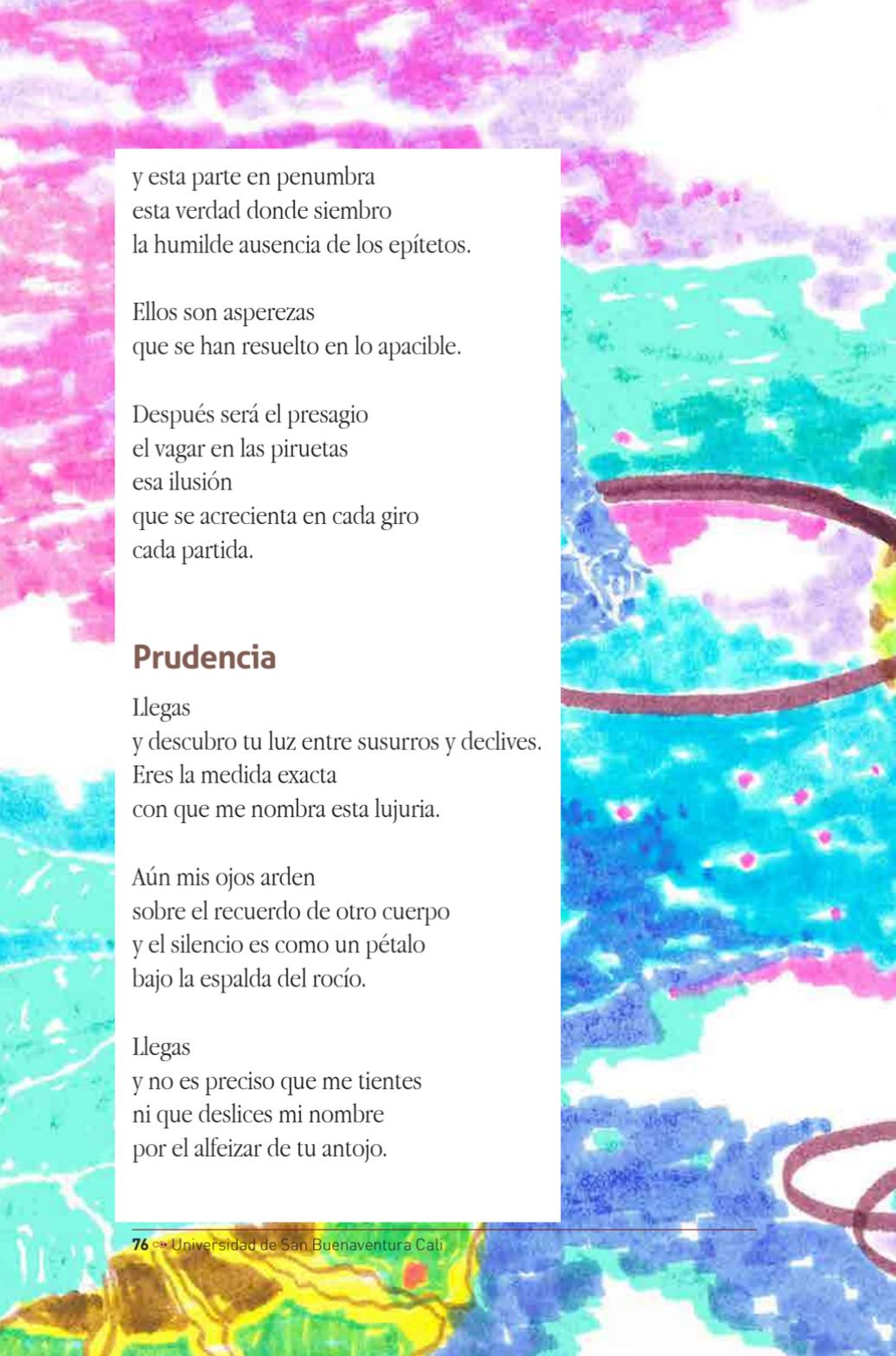
Aquí he soñado la libertad de tus relámpagos.
Te he descubierto sobre un violín
flotando en la memoria de la lluvia.

Por eso decido aportar mis manos
envueltas en la propagación
y aquella cuerda floja
asistiéndonos desde el primer salto.

Otra mirada podría desgranarse
junto a la imagen del precipicio.

No tendría sentido que brotes al temor
he nombrado días
que se esfumaron con la luna.

Solo quedas tú



y esta parte en penumbra
esta verdad donde siembro
la humilde ausencia de los epítetos.

Ellos son asperezas
que se han resuelto en lo apacible.

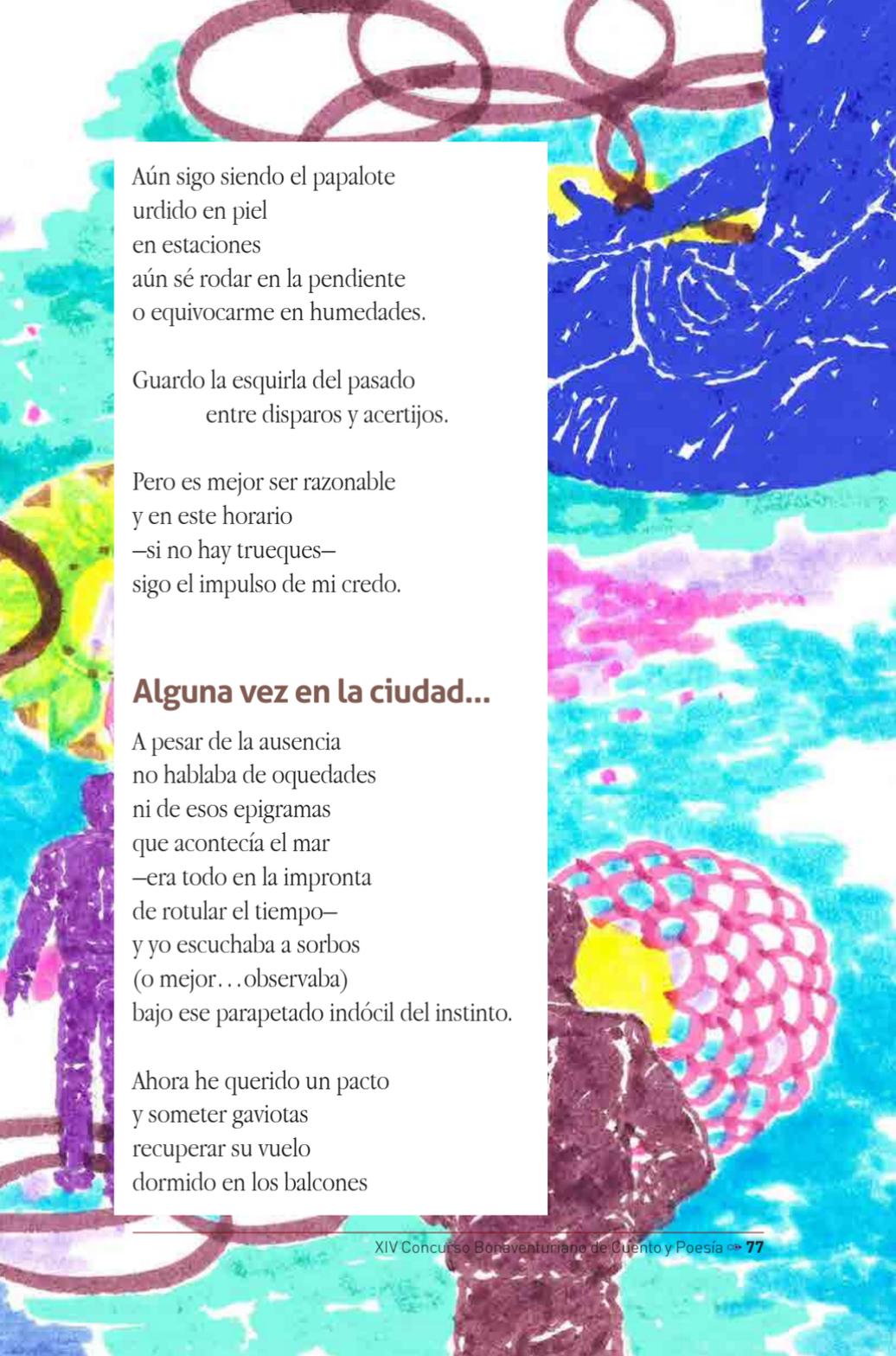
Después será el presagio
el vagar en las piruetas
esa ilusión
que se acrecienta en cada giro
cada partida.

Prudencia

Llegas
y descubro tu luz entre susurros y declives.
Eres la medida exacta
con que me nombra esta lujuria.

Aún mis ojos arden
sobre el recuerdo de otro cuerpo
y el silencio es como un pétalo
bajo la espalda del rocío.

Llegas
y no es preciso que me tientes
ni que deslices mi nombre
por el alfeizar de tu antojo.



Aún sigo siendo el papalote
urldido en piel
en estaciones
aún sé rodar en la pendiente
o equivocarme en humedades.

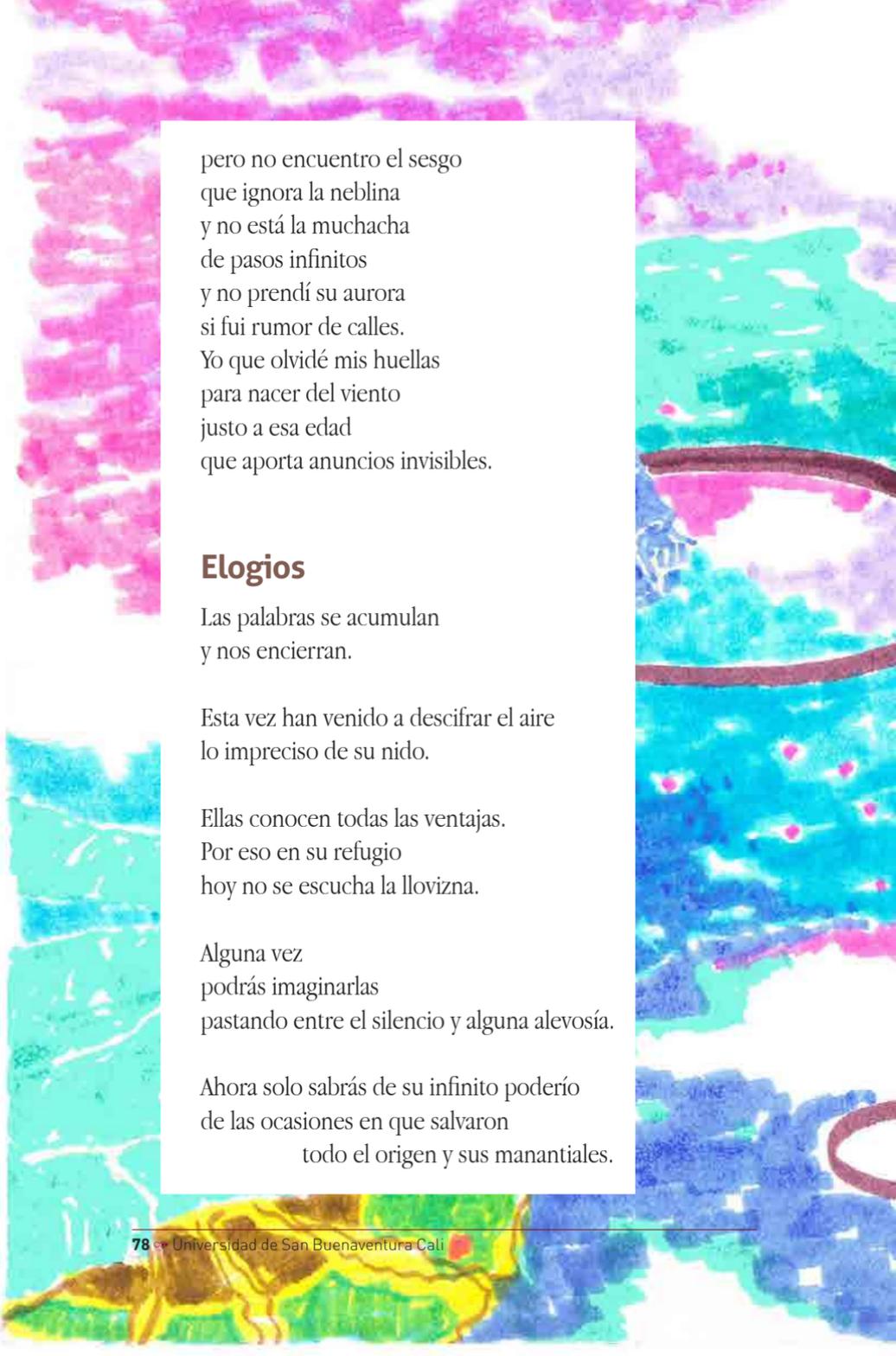
Guardo la esquirla del pasado
entre disparos y acertijos.

Pero es mejor ser razonable
y en este horario
—sí no hay trueques—
sigo el impulso de mi credo.

Alguna vez en la ciudad...

A pesar de la ausencia
no hablaba de oquedades
ni de esos epigramas
que acontecía el mar
—era todo en la impronta
de rotular el tiempo—
y yo escuchaba a sorbos
(o mejor... observaba)
bajo ese parapetado indócil del instinto.

Ahora he querido un pacto
y someter gaviotas
recuperar su vuelo
dormido en los balcones



pero no encuentro el sesgo
que ignora la neblina
y no está la muchacha
de pasos infinitos
y no prendí su aurora
si fui rumor de calles.
Yo que olvidé mis huellas
para nacer del viento
justo a esa edad
que aporta anuncios invisibles.

Elogios

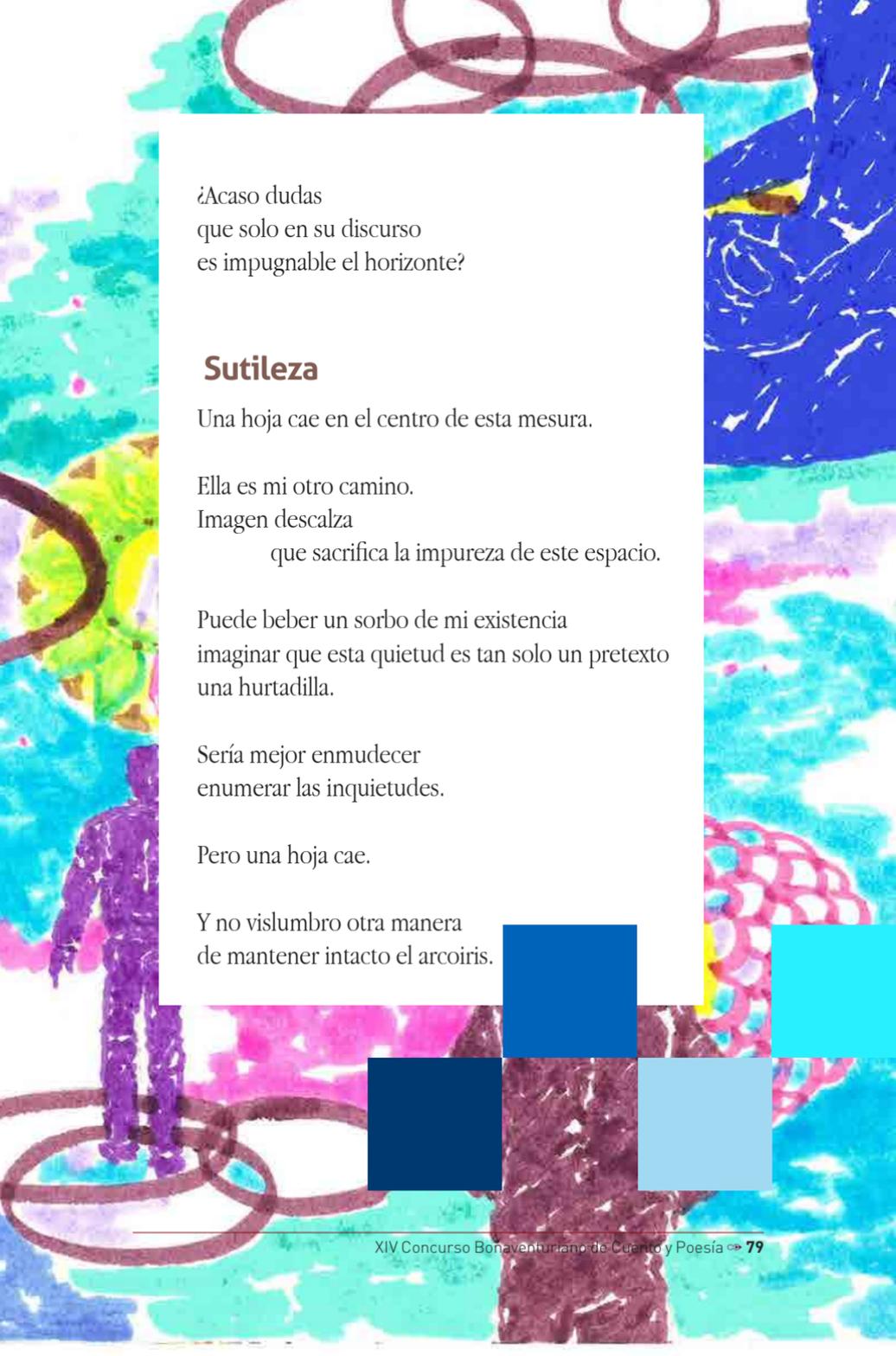
Las palabras se acumulan
y nos encierran.

Esta vez han venido a descifrar el aire
lo impreciso de su nido.

Ellas conocen todas las ventajas.
Por eso en su refugio
hoy no se escucha la llovizna.

Alguna vez
podrás imaginarlas
pastando entre el silencio y alguna alevosía.

Ahora solo sabrás de su infinito poderío
de las ocasiones en que salvaron
todo el origen y sus manantiales.



¿Acaso dudas
que solo en su discurso
es impugnabile el horizonte?

Sutileza

Una hoja cae en el centro de esta medida.

Ella es mi otro camino.
Imagen descalza
que sacrifica la impureza de este espacio.

Puede beber un sorbo de mi existencia
imaginar que esta quietud es tan solo un pretexto
una hurtadilla.

Sería mejor enmudecer
enumerar las inquietudes.

Pero una hoja cae.

Y no vislumbro otra manera
de mantener intacto el arcoiris.



Diario de un triste oficio

Esta mujer
que vulnera mi rostro
y no conoce precios para acatar un desafío
que no sabe de mañas
ni de constituciones
ni encuentra algún temor para ahuyentarme el credo.

Esta intención
que me acosa y luego se marchita
que inventa una estadía hasta palparme el cuerpo
que envuelta en potestad
precisa un buen decir
y peca de imponer.

Esta mujer que en mí
juzga lo suficiente
zurce una ambigüedad
que aflora el apetito.

Desplegables

Té expandes sobre lo abstracto
no correspondes a este horizonte
ni a ese designio
que se ha apropiado de la noche.

Prefieres ignorar el mar
evadir la fecha
en que me confiné a sus latitudes.

Has acudido a mí
desde un resentimiento
y alteras la llovizna con un lenguaje que sonroja.

No vengas a soñar los sitios
en que han sembrado una paloma
no crees imposibles
pues siempre habrá una fuga
agónica en delirios.

Ruptura

Entonces éramos dos continentes
sobre los que se había embravecido el tiempo
con su carga de sueños húmedos y retorcidos.

De aquella vez
solo nos queda esta palabra
—distante—
como un oasis en la memoria
adiós.



Ramón Torres Quesada. Cuba

Desde su inicio en talleres literarios ha obtenido premios y menciones nacionales e internacionales. Ha sido publicado en Cuba, México, Puerto Rico y España. Textos suyos han sido radiados en los programas Mientras la Habana duerme y Contando estrellas, de la emisora Radio

Cadena Habana, y han cerrado la final de la segunda temporada del show televisivo Bailando en Cuba. Ha sido presidente y miembro de jurado en varias ocasiones, como escritor y como músico. También se desempeña como fotógrafo artístico y autor-letrista musical.

Julio César Goyes Narváez
Colombia



Pausada percusión

Batá

Para Wilfredo y Norma

Vienen desde lejos los caballos de la noche:

relámpagos en el espejo de sus ojos,
crines goteando en las vasijas del silencio.

Inmemorial la ciudad corta la percusión
en múltiples galopes.

Soy el caballo manchado de sueño que ansía
el chasquido de la playa, el aliento sincopado
que canta clandestino entre las olas.

II

¿Dónde suenan los tambores y en qué sitio?

Vienen desde adentro los cascos sonoros
y en estampida alcanzan lejanía.

Las palabras trazan viejas carabelas
y ojos que la piel del mapalé
escuece:
dioses,
retazos,
goces.

Yo soy el detritus de la memoria
arrojado en la arena.

III

Soy el batá retornando al toque del poema,
a la repetida promesa del insomnio.

Vienen y se van,
los cununos hablan en currulao,
desbordan la mirada en la blancura de la arena
y no hay más negrura que los cascos
que migran a esta página, ni amapola
tiñéndose de sangre
que la historia.



IV

Una pausada percusión crece en el mar
y termina de ondular en la montaña,
así retumba la infancia que baña noches
y noches,
esta noche.

Los geranios amados por el colibrí yacen
destrozados por el balón del tiempo
y la jauría, así vuelven los timbales
y la madrugada florece.

Soy el olor del café mientras insiste el timbre
del teléfono o la doble cerradura
que cuida mis sombras.

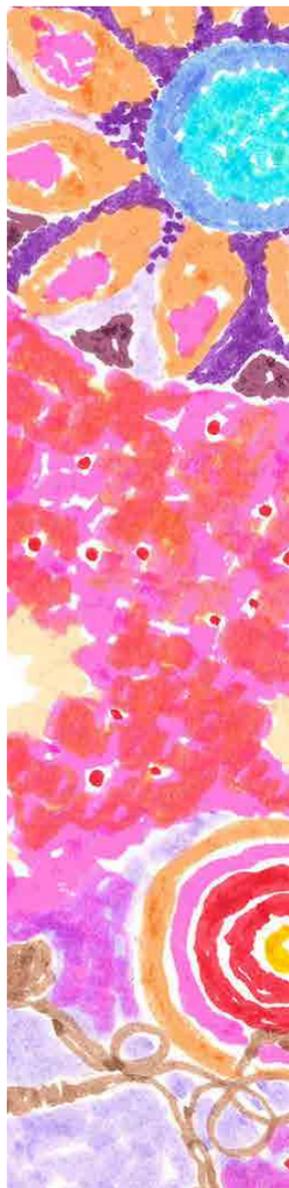
V

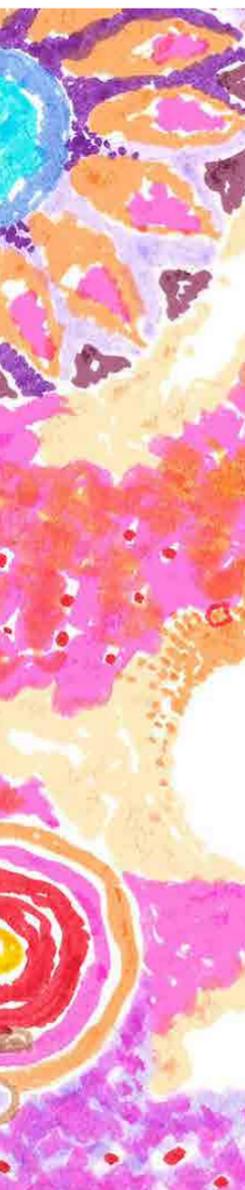
En otra parte, los tambores están en otra parte,
masculla el zambo que aparta la sonrisa
del mestizo, en ninguna, reclama la mulata
que pinta sus labios desalojando la penumbra
de su potente cuerpo.

Están en otra parte, ¿alguien lo sabe?

Sesga es la mirada. La verdad esquiva.

Un nocturno jaguar es delatado por los tambores
del barrio, yo soy el insaciable colibrí
que no puede olvidar el vuelo.





VI

Suben lo toques por las pantallas cotidianas,
descoyuntan la severidad de los cueros
(ahumado es el vino de los solitarios,
rancio el queso de sus mesas).

Hay zampona para esculpir el tiempo,
bullarengue y arpa en la memoria nómada,
geografía templada con maíz,
marimba y caña.

Nadie sabe por qué el son de tantos territorios
suena parecido en las fotografías del turista.

Yo soy el delicioso café cernido, su goteo
onírico, las manos de la madre que lo sirven
junto al pan horneado con el alba.

VII

Es la hora del videoclip donde los pájaros
no ansían madrugada alguna, ni picotean las migas
que fulano o mengano sobra de su café amargo.

A esta hora los jóvenes se repiten en la televisión,
en las salas de oscuro resplandor y en las voces
siniestras de los *call center*.

Los noticieros de la patria emiten el son
de los cuerpos que huelen a selva despojada



y a manglares anegados en fiebres
de fábula donde nadie se salva.

Yo soy la infancia que apalabra la noche
y la anestesia.

VIII

Gota a gota los cununos apremian,
caen a la penumbra que los devora
con su desnudez de diosa.

Afuera los jardines se pueblan de insectos
mientras duermevela el mundo.

Yo soy la mirada mestiza que cae
y cae la saliva
y el cuerpo que en un solo arará
anochece.

IX

Continúan cayendo los timbales
en acuosas orillas,
en templos y callejuelas de lunas solapadas
que padecen una ficción suprema.

Los pescadores repiten
los mismos relatos
en el muelle.

Yo soy el maguaré que retorna al presentimiento
de la carne, el extranjero que fuma monótono,
como ido, increíblemente complacido.

X

Los vampiros gozan el son de las calles
hasta que los sepultan la luz del día,
se mueven sin tocar tierra ni cielo
y la urgencia de la caricia es proporcional
al escalofrío del beso.

Yo soy la caída hacia ningún firmamento,
hacia el misterio de la caída misma,
todo me conmueve

 y alguien llora
 y al rato ríe
 y canta.

XI

Suben y caen, vuelven a subir los soneros
clandestinos, minacuros del desvelo
(destajos de luz en la sombra).

Pero la sombra no puede retener el agua fresca
que huye del cántaro, sus bordes son trémulos,
en su escritura no hay estruendo.

Suben y caen, dan vueltas los ébanos
ante el embrujo de las chontas que navegan
por el río de la marimba.



Yo soy el viajero antiguo y desgarrado
que perpetua en su canto el sueño.

XII

La sangre yace contenida en los días estivales,
de repente llueve como una bendición
sobre la tierra (efímeras son las sensaciones,
inmortales los relatos).

El corazón resiste porque el porvenir redobla
sin saber dónde,
ni la hora en que llama,
ni quién con tanta maestría
lo ejecuta.

Yo soy el percusionista del silencio.

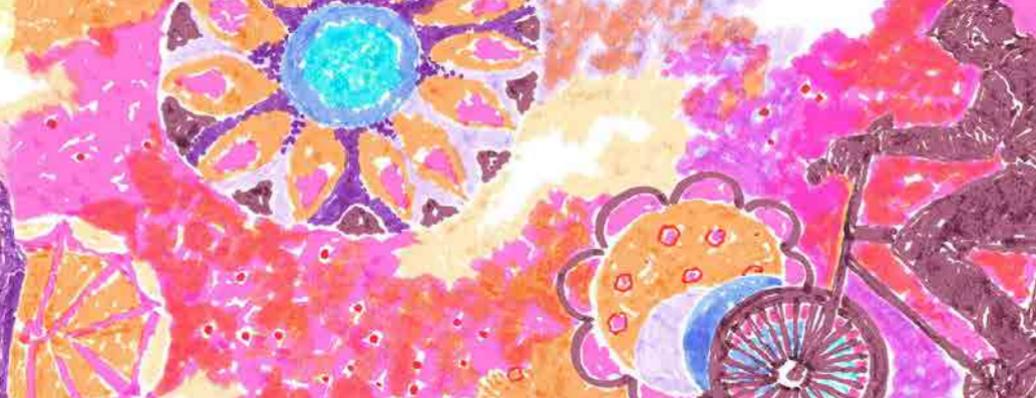
XIII

Los tambores abrieron surcos en la ciudad
que hoy los extingue, son la gracia de los sexos
y la pócima en la pradera abandonada.

Funden la tradición con una aleación de sueños
ilustrados (sincopados como los latidos
que erosionan los espejos mientras la eternidad
se confunde con el día).

Los tambores levantan los cuerpos hasta el alba
fecundándolos





y reinciden por siglos en un vaivén
de manos
y se entregan a la salada percusión
de cientos de peces y algas en naufragio.

Yo soy la boca de la ilusión primera
donde lento surge el beso.

XIV

Al otro lado del océano duerme el sonero
mecido por un espejo de agua coralina,
aquí, en esta orilla, la noche escribe
y delira,
bebe la afrenta,
prepara la estampida.

Una sombra íngrima espera el sol que la mañana anhela,
(adelgazada resiste a contraluz) bien sabe que los despiertos
imaginan escenarios con potros salvajes
y sones suicidas.

Yo soy la otra orilla es este pausado y generoso mundo
(pocas veces o casi sueño),

pero nunca nuestro.



XV

Tan lejos para decir y tan cerca para el mar,
para volver amar el cuerpo nocturno
que la luz ahoga.

Los dioses continúan derribados en la arena,
sus ojos calcinados por la marea, sus bocas
que en otros veranos pronunciaron palabras
de amor hoy las inmolan, sus oídos niegan
la revenida memoria de las caracolas.

Yo soy el que vuelve a cabalgar la ciudad,
el lomo que suda y refriega los amanecidos ojos,
porque leve y testarudo es el son
y sordos están
quienes no lo escuchan.

Julio César Goyes Narváez. Colombia

Profesor asociado del Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura, la Universidad Nacional de Colombia. Autor de *Tejedor de instantes* (1992), *Imago silencio* (premio de poesía Sol de los Pastos, 1997), *El eco y la mirada* (2001), *El rumor de la otra orilla* (premio de ensayo Morada al sur 1995), *Imaginario postal* (2010); *Nubes verdes para una ciudad gris* (2010); *La*

Escena secreta y el secreto de la escena, ensayo (2011); *La imaginación poética*, ensayo (2012); *Arrayán*, poesía (2013); *La mirada espejeante*, ensayo (2016). Aparece en las antologías *Artesanías de la palabra* (2003) y *Desde el umbral: poesía colombiana en transición* (2004). Miembro de la Junta directiva de la asociación cultural Trama y Fondo, de Madrid, España.



Ejercicio de búsqueda

*Abora yo me escondo,
como antes, todas estas oraciones
vespertinas, y espero que tú no des conmigo.
Por la sala, el zaguán, los corredores,
después, te ocultas tú, y yo no doy contigo.*
César Vallejo

No es verdad lo que a nadie duele.
Friedrich Nietzsche

yo busco una verdad

sobre el cristal oxidado de la tarde
mojada por el mal tiempo
por las aguas candentes del trópico/por la decepción
exploro la llanura con la simpleza del mártir
desplomado sobre el verde
una verdad que se salve de la multitud
en un salto magistral o un discurso
como si todo hecho ensordeciera el espíritu
como si toda palabra fuera un suspiro exacto

asomo mi cabeza a la desesperación
con cierto egoísmo
lo que soy se concreta
sobre el cuerpo de la isla
una verdad que duela en la garganta
que surque los espacios o se encierre
yo busco una verdad, pero aparecen varias
y necesito una verdad
solo una.

Algunas aseercciones sobre el salto

El que busca siempre encuentra
incierto refrán de incierta generación
que buscó/buscó/solo eso

Mi padre sabía del fracaso
de las piernas agraviadas por el mangle
por los dientes de perro afiladísimos
que te traspasaban de tanto buscar
te traspasaban el alma/el cuerpo/la nitidez

Mi padre tejó una cuerda para saltar
al otro lado de la costa
algo esperaba por él/estaba seguro
algo tan lumínico y hermoso como el amanecer
algo que se desfiguraba de no ser encontrado
Entonces agarró su cuerda/saltó
pero solo había mangle del otro lado de la costa

Yo recuerdo a mi padre intentando saltar
sujeto a la tradición
al susurro de los profetas de la tribu

recuerdo como hija torpe/no de mi padre
sino de esta otra generación
que intenta no buscar

no remover

no encontrarse

que no confía en cuerdas
ni en refranes inciertos.

Durante una clase de Historia

Ayer te propuse que nos fugáramos de clase
que la maestra nos apunta con su cartabón siniestro
que quiere rendirnos a quien sabe qué ley

Te propuse que colocáramos una bomba en la puerta
y cuando todo se astillara
saldríamos volando balcón abajo

Te lo dije
pero el gesto negativo de tus ojos penetró la piel
seguiste mirando fijamente la pizarra
aceptando que Colón descubrió Las Américas en 1400 y tantos
y que la tierra es un círculo
demasiado perfecto o grave
como para rodar hacia el vacío.

Orfandades del caminante moderno

Mientras amarro los cordones de mis zapatos
alguien desamarra la tristeza

mis zapatos huelen a polvo extraño de otras carreteras
a la faena diaria

la tristeza huele a certidumbre
a fruta cara
a desprendimiento

pero yo rompo mis zapatos
y ella me rompe a mí

de cualquier manera
no tengo otra opción sino usarlos
para no andar con los pies descubiertos por la ciudad
como un mendigo.

Equívoco

Detrás de la cortina roja
el lobo se esconde
ni siquiera el cazador reconoce su presencia
el lobo es feroz, vil, engañoso
dice la abuela

¿Conoces al lobo?, ¿le has visto tú?
y si descorres la cortina
y encuentras al lobo
dócil/abierto/afable.

Últimas piedras contra la adolescencia

Yo también subí a la cúspide de la montaña
para esquivar la persecución de la luz
armar un trampolín
lanzarme contra el musgo

Me supe el centro de los parques
fui a vaciarme en la fuente
como un cántaro de yeso
bajo el sol

Yo también corrí
enfermizamente corrí
creyendo que me había besado el dragón
o quizás era un hombre raro
que echaba fuego por la boca.

Purim

Pasen, señores, pasen.

La fiesta comienza
y la fruta amarga
preside el pernicioso banquete

celebrems nuestra libertad con el vino de los conformes
celebrems con la certeza de existir, de morder la desesperación
celebrems



La sala es espaciosa como un horizonte
cabemos todos:
la serenidad, los elefantes, el polvo.

Pasen, señores, pasen
la fiesta comienza
y la noche se enfría bajo la cúpula inerte del desvelo.

El tarot y la duda

El cielo es un conservatorio en desuso

algunos lo abordan
con el convencimiento de que el perdón existe
de que los globos aerostáticos son puntos abiertos en el infinito
y nos ayudan a descifrar el zodíaco

el cielo está poblado por criaturas mitológicas
se torna peligroso visitarlo.

Cuando la tarde se acuesta sobre el ruido cotidiano

Mis amigos y yo frente al mar
observando la inmensidad deslucida de esta existencia.
el mar furioso/alto
como un ruido estremecedor.
Cualquiera diría que nos hundimos en esas alucinaciones vagas
que saboreamos la sal dulce de estas horas.



Mis amigos y yo
violines raros en un concierto que nadie pretende escuchar
como las olas que se revientan contra el olvido.

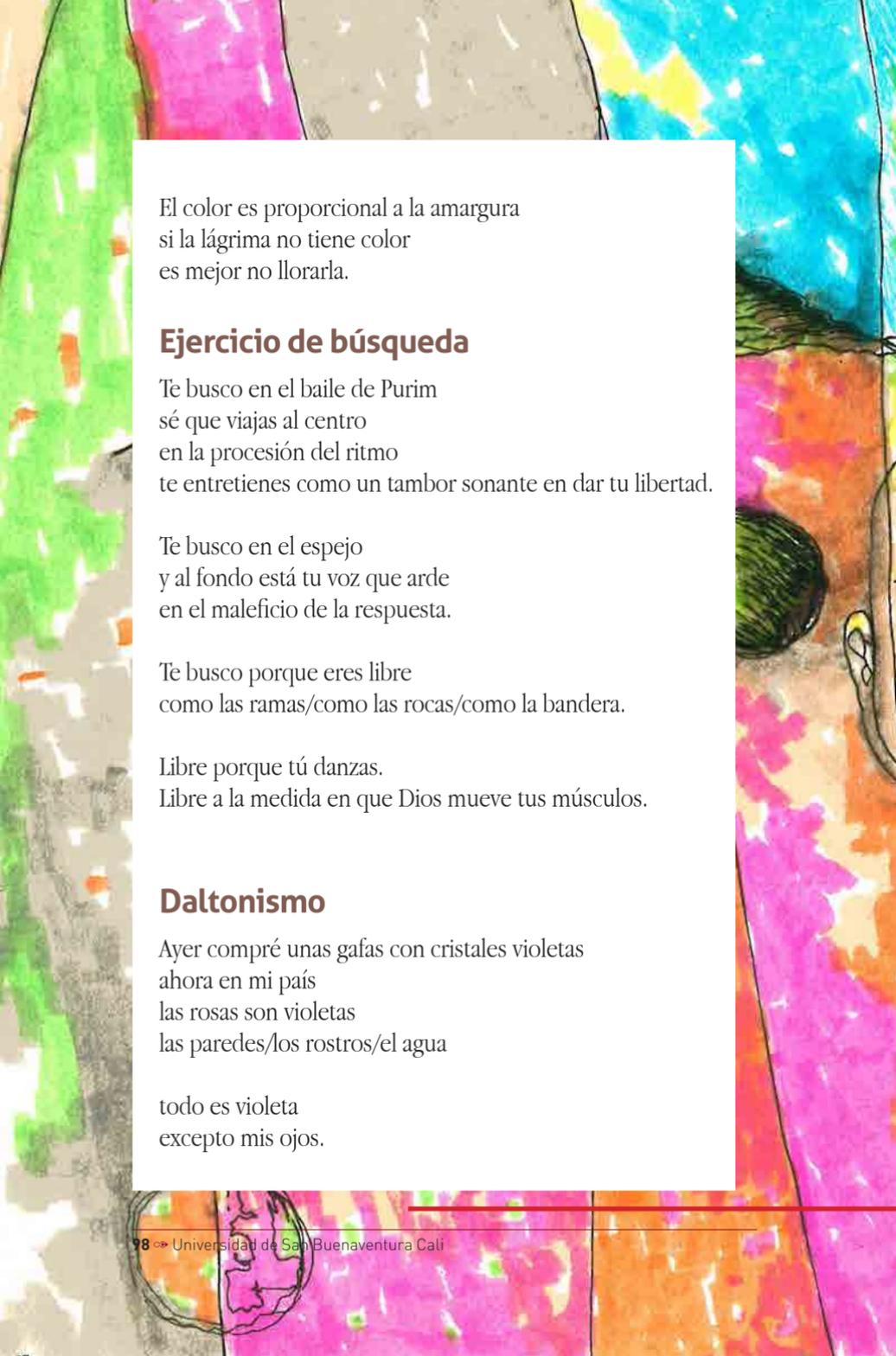
Mis amigos y yo, puntos cardinales
que no comprendemos de rutas específicas ni mapas.
Cualquiera diría que somos un tiempo en marcha
o que planeamos robar un barco
quién sabe para qué.

Lágrimas negras

Esta mañana voy a llorar
con una tristeza incontrolable
llorar repetidamente llorar
porque mis lágrimas no significan nada
y son el padecimiento
de una gota sobre otra gota
sobre otra gota
sobre otra

llorar una lágrima
tan negra como el odio
mis lágrimas en su mayoría lo son
con excepción de algunas
que no se corresponden
con la música que escucho o con las sospechas.

Lo importante de una lágrima es el color
azul puede confundirse con un océano
verde con la gravedad de la selva



El color es proporcional a la amargura
si la lágrima no tiene color
es mejor no llorarla.

Ejercicio de búsqueda

Te busco en el baile de Purim
sé que viajas al centro
en la procesión del ritmo
te entretienes como un tambor sonante en dar tu libertad.

Te busco en el espejo
y al fondo está tu voz que arde
en el maleficio de la respuesta.

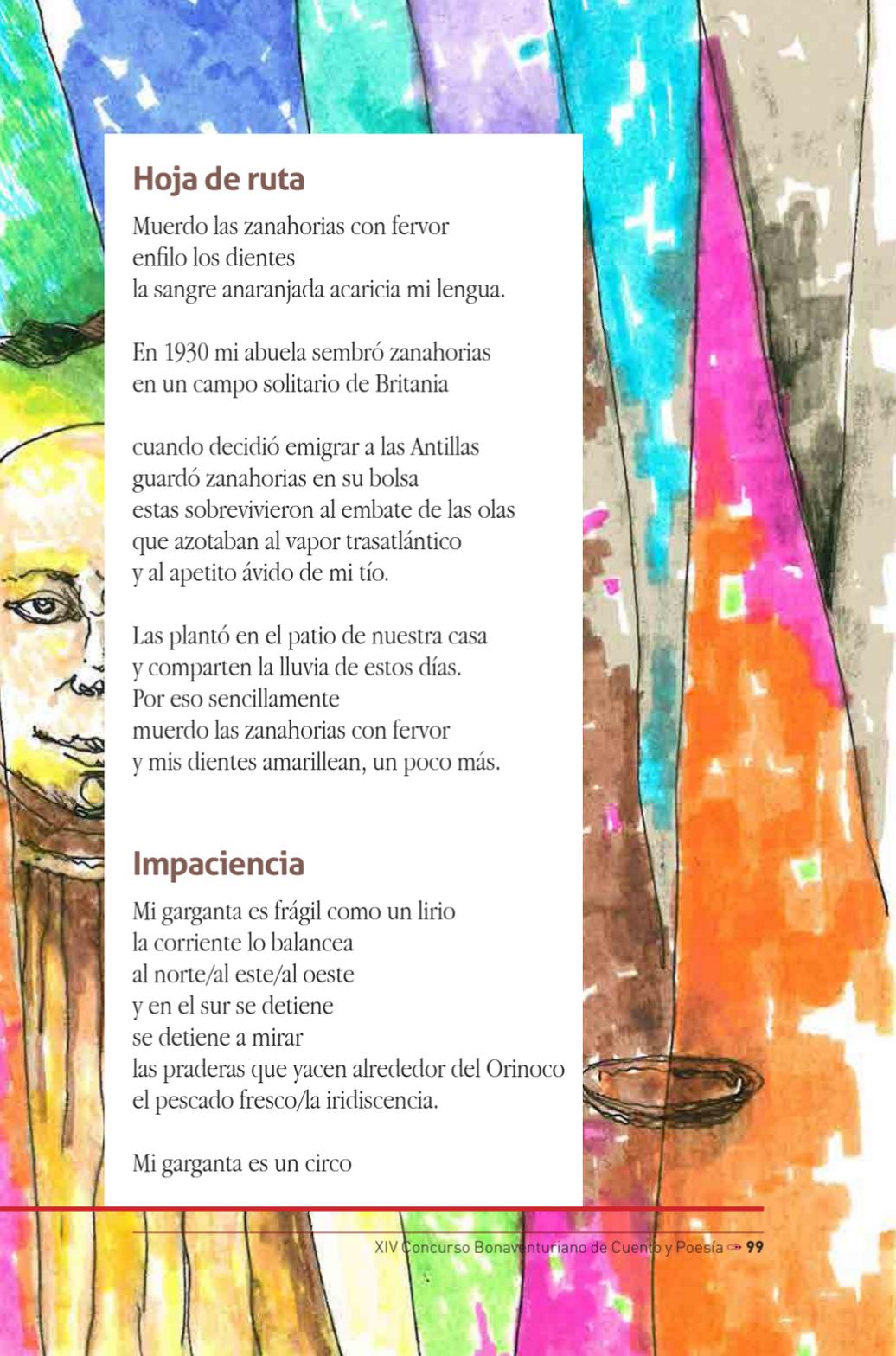
Te busco porque eres libre
como las ramas/como las rocas/como la bandera.

Libre porque tú danzas.
Libre a la medida en que Dios mueve tus músculos.

Daltonismo

Ayer compré unas gafas con cristales violetas
ahora en mi país
las rosas son violetas
las paredes/los rostros/el agua

todo es violeta
excepto mis ojos.



Hoja de ruta

Muerdo las zanahorias con fervor
enfilo los dientes
la sangre anaranjada acaricia mi lengua.

En 1930 mi abuela sembró zanahorias
en un campo solitario de Britania

cuando decidió emigrar a las Antillas
guardó zanahorias en su bolsa
estas sobrevivieron al embate de las olas
que azotaban al vapor trasatlántico
y al apetito ávido de mi tío.

Las plantó en el patio de nuestra casa
y comparten la lluvia de estos días.
Por eso sencillamente
muerdo las zanahorias con fervor
y mis dientes amarillean, un poco más.

Impaciencia

Mi garganta es frágil como un lirio
la corriente lo balancea
al norte/al este/al oeste
y en el sur se detiene
se detiene a mirar
las praderas que yacen alrededor del Orinoco
el pescado fresco/la iridiscencia.

Mi garganta es un circo



todos oyen el grito como un portazo enorme
y pasan.

El vino, la oscuridad y otros asuntos

Hay quienes padecen el estatus
el *boom*
las llamaradas que el siglo avienta hacia nosotros.
El crucigrama
la sección de modas
o el maquillaje para exaltar un sencillo día de verano.
Hay quienes padecen el sobrenombre
la cruz en la montaña
esas claras oraciones que se derriten sobre el desespero.
La sobredosis de un viernes.
Las líneas incorregibles de Jane Austen o, mejor dicho
el amor en su espontaneidad más deprimente.
Hay quienes padecen la abundancia
o el hambre
los artificios de la ideología.
Toda esa superficie penetrable que llamamos mar.

El pan encima de la mesa.
La mesa encima del piso.
El piso encima de la tierra.
La tierra encima del vacío.
Hay quienes padecen el retraso de la contienda
las estadísticas.
Toda esa música que ondula sobre los tejados.





El humo en los pulmones.
Los pulmones en el cuerpo.
El cuerpo en la oscuridad.

Hay quienes padecen el calor o la lluvia
el techo o el infinito.

Pero los poetas, madre, los poetas
con esa gracia enferma de no recibir nada
y padecerlo todo.

Espacio lógico

Si me voy a morir que no sea un viernes
mucho menos un 30 de octubre

puede ser de un disparo
un veneno insípido
o algún latido a destiempo

Si me voy a morir que todos lloren
y me carguen como he cargado
mis muertos más nobles

Si me voy a morir
que sea a la hora del crepúsculo
en ese intervalo rojo
cuando la noche está cerca
y uno nunca sabe qué vendrá después.

Matemática del caos

Voy contando palmas
palmas como números
como torres vigilantes
evitando la penetración
el ataque final de los bárbaros

Tantas palmas me dan ganas de llorar
de arrancarlas
replantarlas en otra dimensión del paisaje

colores perfectos que me ciegan en la cumbre
justamente aquí
donde la altura no provoca náuseas

La altura es irreversible en un país
donde coexisten
más palmas que hombres.



Liliana Rodríguez Peña. Cuba

Escritora y repentista. Miembro de la Uneac y la AHS. Tiene publicado el libro *Crepusculares* (Ed. Sanlope, 2014). Poemas suyos aparecen en antologías como *Cuerpo sin espíritu no vuela*. *Once jóvenes escritores de Las Tunas* (Ed. Sanlope, 2013). Ha obtenido premios y menciones como el Premio Iberoamericano Cuacambé 2013, Portus Patris 2009 y Calen-

dario 2014 y 2018, entre otros. Como repentista ha sido premiada en el Concurso Nacional de Jóvenes Improvisadores Francisco Pereira, Concurso Nacional de Repentismo Justo Vega y Campeonato Mundial de Pie Forzado. Es la primera mujer cubana ganadora de un concurso nacional de repentismo.



Caída libre

Aprendimos a leer el tortuoso anverso de las sombras y su límite secreto.

La osadía de sus formas cuando rondan, temerosas, las orillas de la noche.

Nada las arredra.

Ni el olvido disfrazado de nostalgia,
ni la terca sensación de saberse siempre ahí.

Nada las conmueve.

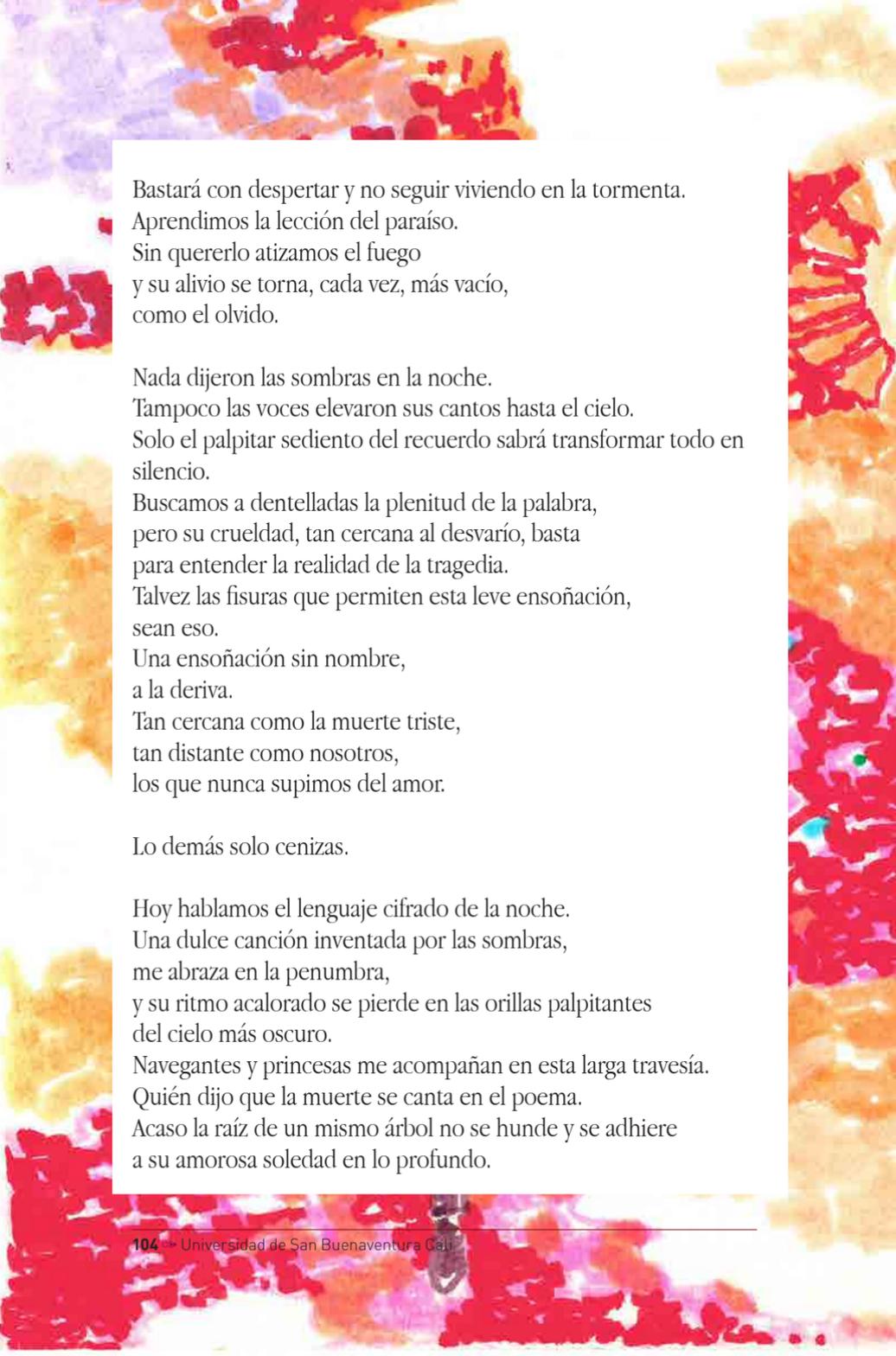
Si acaso, el canto doloroso de algún desorientado corazón.

Nada dicen.

Se levantan de las profundidades de algún sueño terrible,
como soles tormentosos que arden
y se pierden en el fango misterioso de aquella temida oscuridad.

Quién se atreve en su camino.

El silencio, su cómplice traidor, que siempre las doblaga
y las entrega en sacrificio a la extraña sensación de los espejos.
Los desterrados que practican un lenguaje fragmentado, temeroso de sí mismo,
solo audible a los que un día supieron del amor mientras hablaban de la muerte.



Bastará con despertar y no seguir viviendo en la tormenta.
Aprendimos la lección del paraíso.
Sin quererlo atizamos el fuego
y su alivio se torna, cada vez, más vacío,
como el olvido.

Nada dijeron las sombras en la noche.
Tampoco las voces elevaron sus cantos hasta el cielo.
Solo el palpitar sediento del recuerdo sabrá transformar todo en silencio.

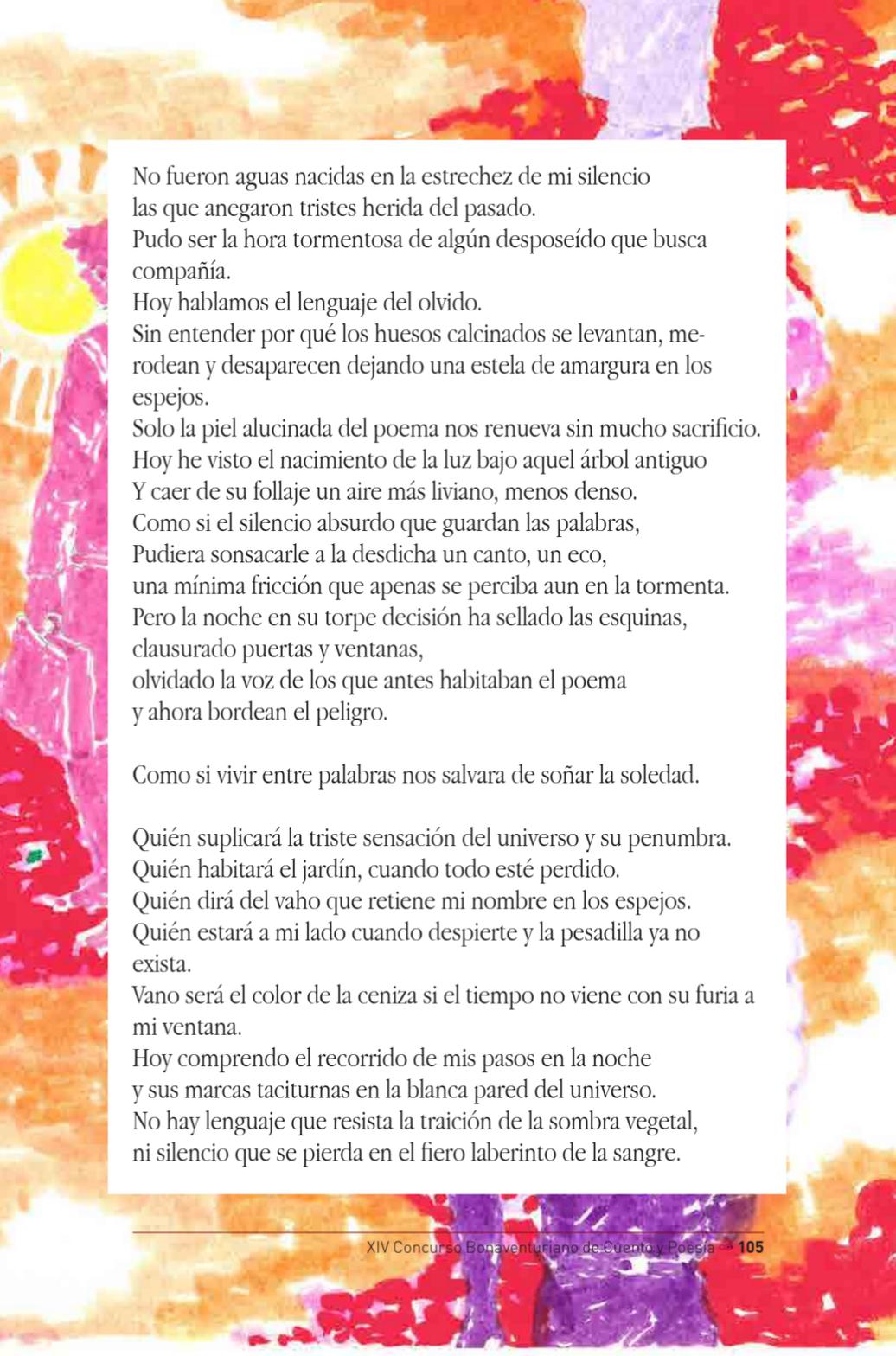
Buscamos a dentelladas la plenitud de la palabra,
pero su crueldad, tan cercana al desvarío, basta
para entender la realidad de la tragedia.
Talvez las fisuras que permiten esta leve ensoñación,
sean eso.

Una ensoñación sin nombre,
a la deriva.
Tan cercana como la muerte triste,
tan distante como nosotros,
los que nunca supimos del amor.

Lo demás solo cenizas.

Hoy hablamos el lenguaje cifrado de la noche.
Una dulce canción inventada por las sombras,
me abraza en la penumbra,
y su ritmo acalorado se pierde en las orillas palpitantes
del cielo más oscuro.

Navegantes y princesas me acompañan en esta larga travesía.
Quién dijo que la muerte se canta en el poema.
Acaso la raíz de un mismo árbol no se hunde y se adhiere
a su amorosa soledad en lo profundo.



No fueron aguas nacidas en la estrechez de mi silencio
las que anegaron tristes herida del pasado.
Pudo ser la hora tormentosa de algún desposeído que busca
compañía.
Hoy hablamos el lenguaje del olvido.
Sin entender por qué los huesos calcinados se levantan, me-
rodean y desaparecen dejando una estela de amargura en los
espejos.
Solo la piel alucinada del poema nos renueva sin mucho sacrificio.
Hoy he visto el nacimiento de la luz bajo aquel árbol antiguo
Y caer de su follaje un aire más liviano, menos denso.
Como si el silencio absurdo que guardan las palabras,
Pudiera sonsacarle a la desdicha un canto, un eco,
una mínima fricción que apenas se perciba aun en la tormenta.
Pero la noche en su torpe decisión ha sellado las esquinas,
clausurado puertas y ventanas,
olvidado la voz de los que antes habitaban el poema
y ahora bordean el peligro.

Como si vivir entre palabras nos salvara de soñar la soledad.

Quién suplicará la triste sensación del universo y su penumbra.
Quién habitará el jardín, cuando todo esté perdido.
Quién dirá del vaho que retiene mi nombre en los espejos.
Quién estará a mi lado cuando despierte y la pesadilla ya no
exista.
Vano será el color de la ceniza si el tiempo no viene con su furia a
mi ventana.
Hoy comprendo el recorrido de mis pasos en la noche
y sus marcas taciturnas en la blanca pared del universo.
No hay lenguaje que resista la traición de la sombra vegetal,
ni silencio que se pierda en el fiero laberinto de la sangre.

Tampoco herida alguna que desista de arribar a su destino.
Qué palabras de bordes fragmentados te piden que regreses
a este mar de sueños que siempre se confunde con la muerte,
mientras hondas cicatrices se levantan hasta el cielo,
buscando, tal vez, el amor agonizante que siempre se canta en el
poema.

Pero nada ya sucede,
el tiempo acariciando sus cenizas que caen al fondo del abismo.
El olvido que despierta y se sumerge en la líquida memoria del
pasado.
Mejor sería,
intentar una escritura que todo lo confunda y no acierte a com-
prender
el sonido quebradizo de mis pasos en la noche,
mientras lento me resisto al eterno sacrificio,
a la mísera crueldad de los milagros.

Y como siempre, en el centro del poema
la palabra, amor.
Prisionera de sí misma,
intentando encontrar una salida,
un vértigo que colme su existencia.
Pero el mundo es un silencio que se hunde lentamente en el
olvido,
y la noche, una eterna salvación que bordea el pensamiento.
Qué dolor te impide alcanzar la otra orilla.
Tal vez, el miedo, oculto en su barca de misterio,
o esa sílaba sagrada, escrita al margen de una luz deshabitada.

Acaso, el vuelo sin destino de las aves no es augurio del regreso.
Y llegado el momento más extraño y su dolor agazapado,

donde guardarás el significado de los más bellos secretos,
los ecos de tu nombre.
Para entonces, esas formas misteriosas, peligrosas, siempre
ocultas,
si acaso, sobrevivan a su místico pasado.



Jorge Daniel Bejarano Martín. Colombia

Hizo estudios de biología, filología y lenguas clásicas, en la Universidad Nacional de Colombia y literatura en la Universidad Javeriana.

Ha publicado *Límites y sucesiones*, Cooperativa Editorial del Magisterio. Otros poemas suyos han sido publicados en revistas nacionales e internacionales.





Poesía
Mención

Darío Alfredo Villalba
Argentina

El libro de los objetos

La silla frente al mar

Hace tiempo otra silla fue vecina de ella
pero ya no está y frente al mar
ha quedado sola
Tiene la delicadeza de una durmiente

Yo veo la austeridad de sus partes erguirse
cuando en la abundancia de su alrededor
comienzan a aletear las sombras
y poco a poco se va derrumbando el griterío

En su obstinado esfuerzo por permanecer
de vez en cuando la brisa
le inventa pequeñas posibilidades de movimiento



La costumbre del persistir tal vez esté en los clavos
o en la intensa pasión de la madera
La parca silueta aguanta la severidad de la luz
el salto encrespado del agua
la constante formulación de la rutina
Pasan los años y sigue quedándose
aunque ya no esté en varias partes de su entramado
Igual contenida en su saciada inmovilidad se
queda
quizás porque sabe que no se puede corregir la
ausencia

Por las noches bajo la luna
a ras del agua una víbora plateada le murmura
La silla frente al mar parece preguntarse
cómo se mancha uno de azul
mientras serena
se queda sobre la orilla
aprendiendo lentamente el ahogo

La carretilla

Me contaban que la palabra entusiasmo proviene
del griego:
significa tener un dios dentro de sí
Ella lo tiene
Es la única herramienta que tiene entusiasmo
Cuando se la nombra nomás
ya comienza a percibir uno algo cercano a la sonrisa

Sí dan ganas de quedarse entre las sílabas
de decirla varias veces:

carretilla...carretilla

Porque la palabra carretilla tiene dedos
pero no para señalarla sino para acariciar el paladar
La palabra carretilla no cuenta un objeto: lo celebra
En su estructura musical la tercera sílaba actúa como

punto de apoyo del acorde

orquestando lo que de lo contrario daría como resultado
un sonido asmático que rasparía la garganta

Carretilla...carretilla

Concluir la armonía en la vocal a es una genialidad

melódica

ya que la a es la única vocal que permite frenar
el impulso acarreado en la segunda sílaba
y bajar un semitono para que no concluya la eufonía de

manera tajante

sino que la deje abierta sostenida como una niebla

Por medio de este sistema uno

que al pronunciarla se ha mantenido en un estado

próximo a la hipnosis

asienta los pies sobre la tierra y a la vez no

Por lo tanto el que dice carretilla canta

Cuánto regocijo al ver la sutileza

con que esta herramienta usa su forma para alcanzar tan alegre
manifestación:

esa expresión comprimida del ofrecimiento continuo

en definitiva

su oficio de hermana

El que no entiende de qué estoy hablando solo tiene que mirarla

Ella es toda su explicación

Y semejante compromiso no es gesto de su pose

Jamás se acostumbra a sus dimensiones
y en apacible posición aguarda cantidades mayores
de tierra ladrillos de lo que sea
aún sabiendo que su cavidad ya no puede reunir más:
como el amor hiere sus propios límites

Indudablemente tiene adentro un dios
La determinación excesiva con que compone su empuje
para ayudar al obrero en el traslado

Un desconocido vigor alarga los contornos de su aventura

Hay que decir también que la carretilla es solo carretilla
No se pone en el lugar de la pala o del serrucho
No es como la pinza que a veces hace de martillo
o el mismo cuchillo que tantas veces hace de destornillador
La carretilla pone la totalidad de sus fuerzas en ser carretilla
Sabe muy bien lo que es y no solo lo acepta
sino que además lo asume apasionada

¿Si se cansara de ser carretilla qué sería?

Seguramente sería un juguete para niños de 2 a 9 años
La veo en la obra de construcción mientras el albañil fuma un
cigarrillo
sujetado por el atardecer

(El sol se queda un poco más
para que todos tengamos casa)

Dada vuelta y sobre una pila de ladrillos
la carretilla descansa llena de lo que es
No como el hombre que ahora ha dejado el cigarrillo
para volver a su casa
y está hecho de todo lo que le falta



El alfiler en el piso

Resuelto a vivir agrupa la incertidumbre
en la espigada región donde se le termina el cuerpo
porque ahí atesora la sustancia capaz de dar batalla
Nadie le corrige la caída
Su tamaño es incontestable

Atado a la sentencia
sabe que ni la luz más potente
sería capaz de atrapar su palpitante presencia y reflejarla contra la
pared
para que así alguien lo advierta y pueda salvarlo
Los ojos acostumbrados a no mirar son su desgracia
Ni siquiera un grito llegaría a insinuar el helado traje de metal que
cubre
su modesta personalidad

Apenas un tenue rayo de sol atraviesa su ostracismo:
suave le cae encima
acentuando su diminuto pero obstinado esfuerzo por permanecer

Muerto muchas veces
lo que queda es su sobreviviente:
como los soñadores
vive en lo que no le alcanza



La biblioteca

En esta época de cosas poco ciertas
tal vez ella sea lo único cierto
Tapizada por el polvo
en medio del living vigorosa se alza
con un exceso de existencia

Sin renunciar al buen gusto
administra bien sus verdades:
poesía por acá novela por allá
ensayo a la derecha
y así
la vida va agrupándose por la ley del orden que bien distribuido
sostiene y equilibra

Afuera el viento le prodiga rebaños
a una parte del cielo
Una hoja meciéndose en la luz cae:
anda el día recostándose sobre los cerros

Cada vez al sacar o poner un libro
la biblioteca tambalea
y articulando crujidos
estremecida parece hacer fuerzas
para quedarse en la intimidad de ese temblor
tal vez porque cree que son latidos
y entonces agitada
muy parecida a lo vivo
sobre sus bordes se queda en el *living*
mitigando la urgencia de alas
de ese animal atrapado en su pecho

La mesa

Arroja el rigor de su unidad al centro del *living*

desatando el peso sobre sus cuatro patas

Alrededor de la imposición

se organiza el living de mi casa

Me detengo a observarla justo ahora

cuando sobre la vereda solo queda un ramo de la
tormenta

y un último resplandor vigila el frente de mi casa

En su ensayada simplicidad

reconozco la entereza de su estirpe

aún cuando la humedad y los años

penetran la madera afectándola

con una leve inclinación que además del incómodo movimiento
produce una reducida pero persistente sonoridad

Para mermar el balanceo

el repetido vaivén que la cubre de sobresaltos y hace deslizar

cuanto objeto intente establecerse en su superficie

basta doblar un papel de diario y colocarlo debajo de una de las
cuatro patas

y ya:

por la precaria reparación la mesa tiene acceso a su estabilidad
inicial

Antes

el balanceo habría provocado un desorden

semejante al de una catástrofe

Ahora
apenas un plato caería creo que nada más

Lo que no cesa es el ruido de la madera
a pesar de que ya no se mueve
y que la pendiente ha quedado corregida
Es como si el silencio le molestara
Es como si la madera supiera que el silencio
es una manera de exhibir la ausencia

La taza

Saciada en su entrega
inestable sobre la amenaza de caer
la observo:

 da una vuelta
 después otra
 tambalea

 Luego más vueltas titubeante como si no pudiera

bajarse de una borrachera
Finalmente vuelca sobre el platillo
Se le desprende una gota de café:
rodeada por la vibración de la caída
errática va rielando el impenetrable blanco del mantel
Lejos es detenida por un pliegue

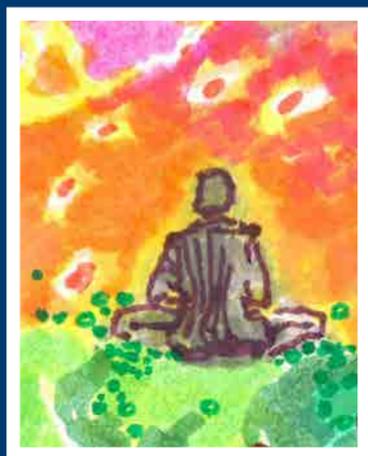
En la ventana se agita el día:
parpadeos de luces sobre el vidrio son luciérnagas
y yo que últimamente soy viejo
apartado de toda intensidad demoro el brazo para levantar la taza:



mientras el platillo le recoge la sombra
se ha detenido
a la manera de todo aquello que alguna vez tuvo respiro.

Darío Alfredo Villalba. Argentina

Actual presidente de la Unión Salteña de Escritores de la Provincia de Salta. Ha sido distinguido con importantes premios y reconocimientos literarios nacionales e internacionales.





Cuento



Cuento
Primer premio

Nicolás Rodríguez Sanabria
Colombia/Estados Unidos



Pelos y plumas

Ni mi abuela ni mi madre saben de dónde sacó un pelo tan agreste mi hermana. Por generaciones, cuenta mi abuela, las Ferrer hemos tenido el pelo más fino de la patria, cortarlo es pecado. Ella, por ejemplo, se toma dos horas enteras cada mañana para atarse el pelo en una especie de turbante que roza el techo; y mi madre, como no tiene tanto tiempo, se limita a darle vueltas alrededor del cuello y lo lleva como bufanda. Yo, por mucho tiempo experimenté con varios arreglos: roscas pesadas como coronas, colas de caballo que se enredaban con todo, e incluso hubo días que barrí los pisos de la patria con el pelo suelto. Ahora, todos los días, me cepillo y me cepillo el pelo y luego lo anudo en una trenza que casi llega hasta el suelo. Con el pelo de mi hermana nada de esto es posible.

Mi hermana es la primera Ferrer a la que le cortaron el pelo; el pecado, dice mi abuela, hubiera sido no haberlo hecho. Lo hacían



con la intención de domesticarlo, pero notaron que con cada corte el pelo crecía más enredado, se disparaba para todos lados como resortes comprimidos. Ella ya no deja que se lo toquen. Intenta hacerse una rosca como puede, y resulta más un nido o una flor. Sobre la frente le cae un flequillo indócil y en la nuca le cuelgan mechones que se erizan cuando mi hermana se molesta.

Mi hermana nos evita, se la pasa afuera en el bosque alto y ancho que se expande tras las casa y los insectos siempre terminan por enredarse en su moño: a veces se asoman antenas de cucaracha, a veces las alas secas de una polilla; su pelo zumba como las moscas o suelta la canción de un grillo. Por las tardes, mi abuela le ordena que suba al techo de la casa y se quede allí hasta que oscurezca. Ella obedece: se planta en el centro de la azotea como un espartapájaros derrotado y las últimas aves del día pican de su pelo y la limpian.

Mi madre sabe muy bien que ella es la primera Ferrer en dar vida a algo tan salvaje y trata de sosegar su vergüenza ignorando a mi hermana. A sus ojos soy hija única. Nunca me lo ha dicho pero sé que, en su presencia, tengo prohibido hablar con mi hermana. Cuando no está mi madre, me dirijo a ella solo cuando es necesario. Mi abuela me recomienda que no me acerque mucho a ella e igual a mí tampoco me apetece hacerlo; estoy convencida de que la enfermedad de su pelo es contagiosa.

Mi hermana duerme en el cuarto de aseo, en la esquina de la casa. Es a mí a quien le toca despejar su desorden porque soy la encargada del aseo (¿quién más podría hacerlo? Mi madre trabaja todo el día y mi abuela ya está vieja y con la espalda arruinada de tantos años de cargar con la torre de su pelo íntegro. De mi hermana ni hablemos, preferimos que salga todo el día a ensuciarse, a



confundirse con los animales), cuando limpio su cuarto uso tapabocas y me cubro hasta donde puedo el cuerpo, hago un nudo con mi trenza, algo parecido a un casco, y me protejo con un gorro de baño. Mi hermana suelta pelo como un gato enfermo y yo soy muy minuciosa, me tardo una mañana entera dejando todo como nuevo. Es una tarea aburrida pero necesaria. La última vez que limpié, hace un par de días, fue un poco más interesante: descubrí que mi hermana dibuja. No es la gran artista, tal como se puede esperar de alguien como ella, pero al menos sus trazos se entienden. Eran varios dibujos, todos con decenas de pájaros y cuatro mujeres (mi abuela chata y robusta con su pelo hasta el techo, mi madre espigada con su largo cuello cubierto por la bufanda de su pelo, yo con mi trenza que de vez en cuando se enreda entre mis pies, ella: su cabeza un asterisco bullicioso). Las escenas eran graciosas y me

sorprendí de que mi hermana fuera capaz del humor: en la primera volamos mi abuela, mi madre y yo sobre el lomo de pájaros que pican del pelo de mi hermana; en la segunda los pájaros nos llevan en el pico a las tres, como si nos hubieran arrancado del pelo de mi hermana; en la tercera un pájaro se lleva el turbante de mi abuela, la bufanda de mi madre y mi trenza, debajo revelamos tener tres asteriscos, ahora es imposible diferenciar quién es mi hermana y quién soy yo; en la cuarta los pájaros pican del pelo de las cuatro, tres de ellos llevan nuestro antiguo pelo puesto.

Mi abuela dice que está cerca de morir. Las Ferrer debemos morir cuando empezamos a perder nuestro pelo y mi abuela ya está vieja, pronto empezará a dejar pelos sueltos, pelos tan largos que uno solo podría ocupar un carrete entero. Sin embargo, a ella no le preocupa su muerte, sino la muerte de mi hermana. Desde el momento en que le cortaron el pelo las reglas dejaron de aplicar para ella. Entonces, ¿cuándo morirá? A mi abuela le preocupa que justo la Ferrer de pelo malo sea la Ferrer eterna, me lo dice todas las tardes cuando mi madre todavía no ha llegado y mi hermana está plantada en el techo, lo repite una y otra vez y yo sé que en realidad me está diciendo: no permitas que eso pase.

La traducción

Para Lizzy

El hombre, sueco o finlandés, no hablaba español y expresarse en gestos se le complicaba. Lo sentía perdido en mis ojos, como buscando en el lodo castaño alrededor de mis pupilas las formas y figuras que debía ejecutar con las manos para hacerse entender. Yo no desviaba la vista. Jamás tuve destreza para estas batallas que

libran las miradas de dos desconocidos cuando se cruzan, siempre termino por ceder y bajar la vista. Pero a él, en cuanto lo vi, me entraron ganas de vencerlo.

Lo encontré a mitad del aeropuerto: un extranjero rodeado de maletas, suerte de perros guardianes que lo defendían de la muchedumbre. Un hombre cualquiera –inmóvil entre todo lo que se movía– que me miró y no dejó de mirarme, apenas parpadeaba. Habrá estado un buen rato pescando con la mirada, seguro, esperando para dar con la atención de alguien hasta que yo piqué. Me pasa a menudo. Más que ingenuidad de pez es torpeza: me engancho con todo.

Él soltaba palabras desconocidas mientras hacía bailar sus manos de un lado al otro y sacudía su cuerpo con violencia tratando de explicar. A veces me señalaba, a veces se señalaba él, y luego otra vez se sumergía en el fondo de mis ojos pensando qué hacer. Yo alzaba los hombros, encogía el cuello y negaba ligeramente con la cabeza sin desencajar mi mirada de la suya.

Para no acobardarme me enfocaba en el puente entre sus ojos, donde empieza la nariz. A veces se me resbalaba la mirada y caía en sus ojos grandes y rectangulares y me daban ganas de salir corriendo de allí. Entonces escalaba de nuevo a la seguridad que me ofrecía la leve colina entre su mirada y resistía. Cuando caía en sus ojos grises sentía que la cabeza entera se me escurría por los hombros y el pecho, y en ese momento era feliz, pero me urgía huir.

A pesar de sus esfuerzos yo no estaba más cerca de poder entenderlo. A veces se movía como un transeúnte perdido, otras me daba la impresión de que me confundía con una vieja amiga de la que no recordaba el nombre, en sus sacudones más bruscos parecía estar advirtiéndome de un peligro inminente y había episodios

que me hacían sospechar que sencillamente estaba lidiando con una borrachera.

No sé cuánto llevábamos así, él tratando de hacerse entender y yo tratando de entender sin ceder, cuando un hombre por detrás me llamó con dos golpecitos en el hombro. Giré por puro reflejo, quité mis ojos del extranjero, pero no tuve tiempo de comprender mi derrota porque el segundo hombre, sin esperar mi reacción, me dijo certero: “Lo que él quiere decir es que usted es un espectáculo de mujer”. Yo, sorprendida, contesté: “¿Habla usted sueco?”. Él respondió: “Parece más finés, aunque no hablo ninguno. Es sólo que yo también lo diría así”.



Nicolás Rodríguez Sanabria. Colombia/Estados Unidos

Economista por credencial, escritor por aptitud y periodista por necesidad. Es el editor junior de la revista literaria *Río Grande Review*. Ha colaborado con

medios como *Cartel Urbano* y *El Malpensante*. Actualmente cursa una maestría en Creación Literaria en la Universidad de Texas en El Paso.



Segunda vida

Siempre fui una persona racional, que aborrece las supercherías, no soporta a los fanáticos que entregan su voluntad a cultos esotéricos o brindan ofrendas a ídolos de arcilla para conseguir milagros, despreciando los adelantos científicos por considerarlos “contrarios a la voluntad de Dios”. Por eso, cuando el profesor Víctor Franken anunció la creación del IRD, Instituto para la Recuperación de Difuntos, lo celebré como si se tratara de un logro personal: una vez más un hombre de ciencia se plantaba frente a la ignorancia y la superstición y prometía arrasar con todos los preconceptos y lugares comunes en torno a la muerte.

Por entonces, si bien mamá no había muerto, hacía un año que estaba convertida en un zombie, un ser desvalido y vulnerable, víctima absoluta del despiadado Alzheimer. Esperábamos el desenlace de un momento a otro, y como yo no quería perder la oportunidad de acceder a los planes promocionales para los primeros que se animaran a usar el servicio, me apresuré a cerrar trato con el



IRD sin reparar demasiado en las advertencias de los agentes de la empresa, muy honestos ellos, que se aburririeron aclarando que el sistema estaba en fase beta, que existían riesgos, que no se hacían responsables por fallos inesperados y demás tonteras por el estilo. Si uno repara en las cláusulas anexas jamás firmaría un contrato, me dije. Así que firmé aquí y aquí y allí y allá y más allá, y en esta hoja también. Firmé todo lo que me pusieron delante de los ojos, sin leer nada, ni las letras grandes ni las pequeñas.

Mamá falleció el 3 de agosto, en medio de una tormenta atronadora. No hubo velatorio, claro, y los del IRD se la llevaron en una caja de hielo seco a las dos horas de producido el deceso.

La trajeron de regreso diez días después. Bueno, en realidad la dejaron en la puerta de calle. Ella hizo el resto del camino por sus propios medios, abrió la puerta y casi nos mata del susto. Estaba radiante. Lucía la mejor sonrisa que pueda imaginarse; la más amplia y franca de los últimos cinco, diez años. La habían maquillado con esmero y aunque el volumen de su voz estaba dos puntos por encima de lo adecuado, yo sabía que ese era el precio a pagar para que el sonido de los nanomotores y relés quedara disimulado en medio del incesante parloteo.

Mamá estaba con nosotros de nuevo. ¡Maravilloso! Mis ojos estaban llenos de lágrimas. Ya no era una pobre vieja en ruinas; habíamos recuperado a la mujer de siempre: risueña, dicharachera, jovial. Leticia leyó la felicidad en mis ojos y se alegró por mí, a pesar de que ella y la vieja jamás se habían tragado. Fue como estar en el paraíso durante ocho minutos completos, el tiempo que demoró en fallar el micromotor del hombro derecho. Fue entonces que el brazo se movió espasmódicamente, el cuerpo de mi madre avanzó tres o cuatro pasos, la mano se convirtió en una garra, se cerró con



fuerza sobre el cuello de mi esposa y empezó a apretar y apretó y apretó y apretó. Cuando pude recuperarme llamé al IRD antes que a la ambulancia, consciente de que los médicos llamarían a la policía, convirtiendo un accidente en un asesinato.

Me hicieron un descuento del doce por ciento para convertir a Leticia en otro difunto recuperado y me aseguraron que esa lamentable falla eléctrica no se repetiría.

Felis silvestris catus plus

Bartolo llegó a casa cuando tenía poco más de dos meses de edad, pero todos supimos de inmediato que era un gato de una inteligencia inusual. Aprendió rápidamente los hábitos y manías de cada uno de los habitantes de la casa, supo cuáles eran sus derechos y cuáles sus obligaciones, manejó horarios, voluntades y rutinas a su antojo. El hecho de recibir mimos constantes de los más pequeños no impidió que su personalidad, asentada en una obstinada independencia, terminara por conquistar el respeto de los mayores. Le comenté a mi amigo Cristian, experto en felinos de la más diversa raza, catadura y sexo, lo puse al corriente de lo que se puede contar acerca de Bartolo y le pregunté su opinión.

—¿Es posible que exista un gato superdotado, un genio?

—Todos los gatos son inteligentes —replicó mi amigo desestimando mi argumentación con un gesto rotundo—. Unos un poco más, algunos un poco menos, pero todos superan, sin excepción, a cualquier otro animal doméstico.

La cosa quedó ahí. Bartolo es inteligente, pero nada que alcance a conmovir los cimientos de la civilización occidental. Quedó ahí hasta que vi un libro en el suelo, por tercera vez en dos días, el mis-

mo libro: *El castillo* de Franz Kafka. Volví a acomodarlo en su sitio y esperé unos minutos detrás de una cortina. No debí aguardar demasiado. Bartolo llegó con su porte suficiente, se trepó a la biblioteca, y con la mano derecha lo precipitó al vacío. ¿Casualidad? ¿Qué otra cosa podría ser? Bartolo memorizaba la posición del libro, y por alguna razón solo accesible mediante la lógica felina, una lógica que me resulta tan ignota como el taushiro o el kaxiana, se dedicaba a tirarlo al suelo cada vez que yo lo ubicaba en la biblioteca.

Durante dos días guardé el libro en un cajón, bajo llave y Bartolo nada pudo hacer durante ese lapso. Al tercer día repuse *El castillo* en la biblioteca, pero en otra posición. Fue inútil. Bartolo tardó aproximadamente dos minutos en localizarlo y despeñarlo. Muy raro, en verdad muy raro. Por ese motivo, mi siguiente intento fue mucho más riguroso. Fui a la casa de mi madre, donde había un ejemplar de *El castillo* publicado por una editorial diferente del que yo tenía en casa, se lo cambié aduciendo unos motivos tan confusos como injustificados, aunque ella no opuso ninguna objeción; está acostumbrada a mis excentricidades. Coloqué el libro en una repisa, a un costado de la biblioteca principal, y permanecí expectante, aguardando la estelar aparición de Bartolo. Y la tal aparición se produjo tras apenas cinco minutos de espera. El gato trepó con la agilidad acostumbrada a la repisa, extendió la zarpa y lo arrojó al piso con tan mala fortuna que el volumen cayó de canto y se desarmó por completo.

El gato me contempló desde su privilegiada posición y puedo asegurar que en su mirada había un insufrible sesgo burlón. Pero lo más escalofriante vino a continuación. Con una voz cascada que bien podría haber sido la de un pirata borracho en una taberna de la isla Tortuga, Bartolo sentenció.



—Es el mismo libro insoportable de siempre, pero además de la pésima encuadernación tiene erratas en las páginas 19, 54, 79, 154, 202 y 267. ¿Podrías hacerme el favor de deshacerte de él de una buena vez y conseguir una edición como la gente, ya que estás empeinado en mantener esta novela en tu biblioteca?

Costumbres de los soñadores

Cuando cumplí cien años, poco antes de partir definitivamente, adquirí el insensato vicio de introducirme en los sueños de los moribundos. Debo admitir que mi don carecía de los controles apropiados para elegir a mis anfitriones, pero de cualquier modo resultaba entretenido, y en no pocas ocasiones tuve el privilegio de ser el público elegido para asistir al tránsito final de una persona a la que había conocido tiempo atrás; prerrogativas de la cuarta o quin-



ta edad. No obstante, reconozco que ninguna correría me proporcionó mayor goce que la que tuvo por escenario la casa de una vieja cocinera, alcohólica perdida, que alguna vez, en el pasado remoto, me había provocado soez y gratuitamente. Era una mujer solitaria y amargada, habitante de vidas ficticias y fraudulentas, aunque su muerte, valga la paradoja, amenazaba con ser un espectáculo digno del pincel de Hieronymus Bosch. La anciana soñó su guiso postremo en mi presencia, y en ese sueño póstumo, mientras agonizaba, unas representaciones de sebo y mermelada se acercaron a ella y danzaron a su alrededor, pero desaparecieron en cuanto la moribunda intentó tocarlas. Fuera de la vista, miles de seres hechos de fuego frío y con sus biografías incompletas escritas en las nalgas, recitaban a coro, como si se tratara de la clave mágica para pasar del otro lado, la lista de las perversidades perpetradas por la cocinera, incluyendo las recetas con ingredientes inocuos que, al combinarse, producían heridas internas, inspiradoras de abusivos dolores. ¡Todo un festival! Y como espectador privilegiado del mismo, me acomodé mejor y extraje un cucurucho de papel, confeccionado con la guía telefónica de 1952, que contenía maníes tostados en la locomotora de don Cosme, algo habitual en la plaza de mi infancia en el barrio de Floresta, donde jugábamos a las escondidas y a la mancha hasta el anochecer. Durante un buen rato manipulé las preciosas vainas y las partí con los dedos de la misma mano. Estaba tan fascinado con los maníes de cuatro pepas que por momentos perdía el hilo del sueño de la cocinera, de por sí bastante incoherente. Pero cuando unos agentes de tránsito cubiertos con una capa de escamas de pescado hicieron sonar las trompetas del epílogo, ocurrió algo que justificó con creces el tiempo invertido: la cocinera me vio. Era la primera vez que me sucedía algo semejante. Hasta entonces yo me había limitado a practicar el rol de mi-



rón sin culpa en todos los sueños finales en los que había logrado colarme; sin embargo, al ser descubierto, el peligro le agregó un ingrediente insospechado a mi incursión. En el sueño, pese a su condición de moribunda, la vieja caminó a paso vivo hacia mí, con el puño amenazante y tal expresión de odio en el rostro que temí por mi suerte. Siempre supe que la cocinera, además de alcohólica, estaba loca, pero nunca imaginé que terminaría mis días dentro de un sueño ajeno, machacado o, algo peor todavía —eso lo intuí cuando sacó un cuchillo de ocho por veinticinco—, descuartizado por una chiflada con sed de venganza. Me levanté de la banquetta y retrocedí desparramando maníes. La cocinera avanzó luciendo una expresión de ferocidad inaudita y con gran destreza alcanzó mi yugular al primer mandoble.

Pero sueños son sueños, y ese no era el mío, comprendí de inmediato; nadie muere en un sueño ajeno. Tomé la muñeca de mi agresora, con la otra mano le arrebaté la cuchilla y la empujé hacia la mesa, donde una pirámide de cebollas esperaba ser picada.

—Llorar hace bien —le dije—. Tendrás una buena muerte cuando termines.

—Pero —protestó la cocinera— aquí hay cebollas para veinte años.

—¡Mejor! Mientras piques seguirás con vida, aunque en estado de coma.

Le devolví la cuchilla. No estaba demasiado convencida, aunque en cuanto descubrió el poder purificador de las lágrimas empezó a sentirse mejor.

Recogí todos los maníes que pude y desperté. Mi cama estaba imposible, llena de cáscaras, pero hacía siglos que no disfrutaba

tanto. Me preparé el almuerzo y traté de imaginar la aventura de la hora de la siesta, pero no logré pensar en nada que superara lo que acababa de experimentar. Resignado, decidí hacer la salsa sin cebolla.

Sergio Gaut vel Hartman. Argentina

A inicios de la década de 1970 empezó a publicar en la revista española *Nueva Dimensión* y en diversos fanzines españoles de la época como *Kandama*, *Tránsito* y *Máser*. En 1982, mientras era parte del equipo de la revista *El Péndulo*, dio impulso al movimiento que fundaría el Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía. Al año siguiente creó y dirigió el fanzine *Sinergia*. Durante 1984 fue director editorial de la revista *Parsec*. Cuando Marcial Souto relanzó la revista *Minotauro* vio publicadas varias de sus ficciones como *Islas*, *En el depósito* y *Carteles*. Esto sería el preludio a su primer libro de cuentos, *Cuerpos descartables*, que Ediciones Minotauro publicaría en 1985. En 1995 su relato *Náufrago de sí mismo* fue seleccionado por Pablo Capanna para la antología *El cuento argentino de ciencia ficción*, de Editorial Nuevo Siglo. Pocos años después su novela *El juego del tiempo* quedó finalista del Premio Minotauro y acaba de ser publicada en México. En noviembre de 2009 salió su segundo libro de cuentos, *Espejos en fuga* y en 2011 el tercero: *Vuelos*. Durante algo más de tres años fue el director literario del e-zine *Axxón*, actividad que abandonó en mayo del 2007 para retomar el proyecto *Sinergia*, ahora en formato digital. Fue el fundador y coordinador de Comunidad CF y del Taller 7, aula virtual de escritura creativa. Más tarde creó *Planeta SF*, un espacio multilingüe de encuentro para escritores, lectores y editores de ficción especulativa de todo el mundo. Actualmente coordina talleres de escritura personalizados que dicta por In-

ternet para escritores que viven fuera de Buenos Aires y encabeza varios proyectos de compilación de antologías temáticas. Las más recientes son *Grageas 2*, más de 100 cuentos breves hispanoamericanos [Buenos Aires, Desde la Gente, 2010]; *Ficciones en diez tiempos* [Buenos Aires, Andrómeda, 2011]; *Tricentenario* [Buenos Aires, Desde la Gente, 2012]; *Todo el país en un libro* [Buenos Aires, Desde la Gente, 2014]; *Grageas 3* [Buenos Aires, Desde la Gente, 2014]; *Cien páginas de amor* [Buenos Aires, Desde la Gente, 2015]; *Minimalismos* [Buenos Aires, Sinergia, 2015]; *Peón envenenado* [Colima, México, Puertabierta Editores, 2016]; *Espacio austral* [Santiago, Chile, Contracorriente Editores, 2016]; *Extremos* [Colima, México, Puertabierta Editores, 2017] y *Latinoamérica en breve* [Colección Gato Encerrado, UAM Xochimilco, México, 2016]. En el primer trimestre de 2017 se publicaron sus novelas *Avatares de un escarabajo pelotero* (La máquina que hace Ping!, Castellón, España) y *Otro camino* (Contracorriente, Santiago, Chile), y a principios de 2018 su libro de cuentos *La quinta fase de la Luna* (La máquina que hace Ping!, Castellón, España). Ha publicado antologías de escritores argentinos en Hungría, y está trabajando en proyectos similares en Bolivia, Perú, Ecuador, Cuba, España, Francia, Finlandia, Rusia, Grecia, Italia e Israel. Sus cuentos han sido traducidos al inglés, francés, portugués, italiano, alemán ruso, griego, búlgaro, japonés, hebreo y árabe.

Jorge Isaacs Quispe Correa
Ángulo
Perú



Ausencia

Fue muy difícil, al inicio, asimilar tu ausencia. La primera mañana después que te fuiste fue monocromática a diferencia de las multicolores que tuvimos juntos. Pensé que pronto volverían los colores a mi vida, pero poco a poco caí en la cuenta de que salir de donde estaba iba a ser doloroso y duro y que tomaría tiempo. Veía cómo transcurrían horas y días en los cuales, literalmente, no hacía nada, así que me vi en la necesidad de realizar la tormentosa tarea de cubrir mis tiempos con cierto tipo de actividades, quizás improductivas, cuyo único fin era que no me deprimiera. En inicio miraba el vuelo de las moscas —música de Wagner como fondo— sobre las frutas esquivando mis intentos de aniquilación manual, el camino baboso que hacían los caracoles al arrastrarse entre las ruinas de mi jardín o las zambullidas precisas que hacían las aves en el agua de la pileta para refrescarse del calor.

Este tiempo también me está sirviendo como un proceso de aprendizaje. Ayer, por ejemplo, aprendí nuevamente a soñar. Si tuviera que explicarlo diría que fue como volver a aprender a montar bicicleta: aferrándome al timón y pedaleando fuerte para no caer-



me; salvo que, en vez de aferrarme al timón, me aferro al sueño y avanzo dejándome ir por senderos donde me siento seguro. Por momentos sentía temor de caerme y despertar en mi solitario y triste infierno. He aprendido a cocinar también y no lo hago mal, al menos hasta el momento no me he enfermado con los platos que preparo. Últimamente, también, estoy aprendiendo a pronunciar tu nombre sin sentir dolor haciéndome la idea de que eres un escalón que ya he dejado atrás; sin embargo, a veces me embarga la nostalgia y me siento desdichado. A la mierda con eso que los hombres no lloran.

Le he enseñado trucos a nuestro perro que ya dejó de ser nuestro: aprendió a andar en dos patitas como si fuera un bailarín exímio, a orinar puntualmente a las seis de la mañana siempre en el mismo poste de luz y a comer sus galletas de cordero mezcladas con cubitos de camote. Yo he aprendido a esquivar a los vecinos para evitar que me pregunten por ti: escondiéndome tras los postes, corriendo de pronto como si hubiera olvidado algo en casa o simplemente cruzando a la acera de enfrente. Sabes que siempre he odiado sus formas invasivas de preguntar las cosas y, sobre todo, sus desatinados e inoportunos comentarios. Ni hablar de sus gestos y miradas.

Debo confesar que hay días en los que extraño hacer las cosas que solíamos hacer juntos, incluidas nuestras discusiones por temas sin importancia y las largas caminatas mirando escaparates de ropa femenina. ¿Sabes que aún siento como si estuviera en la portada del disco Abbey Road cada vez que cruzo un paso de cebra? Sospecho que el perro te extraña: a veces me gruñe cuando intento acercarme al lado de la cama que ocupabas. El hijo de su madre



protege tus espacios a pesar de que soy yo quien paga las cuentas y limpia toda la casa de arriba abajo los fines de semana, incluido su popó. ¡Vaya sentido de la lealtad!

Hay veces en que nada parece salir bien y, de pronto, me entran esas ganas inaguantables de coger el teléfono y llamarte para oír tu voz, para pedirte —sin decirlo— que vuelvas a mi lado. Sin embargo, no lo hago; no por orgullo, sino porque considero que me va a resultar demasiado difícil tener que acostumbrarme de nuevo a tu presencia y tener que despedirme de tu ausencia que tantas cosas me está enseñando a hacer.

All you need is love

In the middle of the bath escucho un ruido. Asustado, dejo de cantar Strawberry fields forever y cierro la llave de la ducha. Me asomo por un costado de la cortina de baño y allí estas tú, desnuda, dándome la impresión de she came in through the bathroom window y sin silver spoon. No pude evitar una erección y pensar que she loves you yeah, yeah, yeah y got to get you into my life. Había something en tus ojos que hizo que sintiera que here comes the sun a mi vida esa mañana. Ya estaba a punto de decirte que te acerques right now, over me cuando lanzaste un shout y me preguntaste qué hacía yo en el departamento de Jude. Tartamudeando y tratando de quitarme la sonrisa te dije que el departamento de Jude estaba en el piso de arriba. Cubriste tu cuerpo con una toalla y saliste rauda como a boat on a river with tangerine trees and marmalade skies. No sé si seguir bañándome o salir de la ducha. Tus kaleidoscope eyes me han dejado con una Revolution N° 9 en mi interior y aunque sé que mejor let it be, tomorrow never knows.

En el año 2525

Hasta hace poco las cosas funcionaban a las mil maravillas. La transmisión del conocimiento fluía sin generarnos mayor preocupación, pues esta se hacía introduciendo la información directamente al cerebro del individuo. Desde hacía tres siglos no existían escuelas ni profesores, pues con esta técnica se podía aprender en segundos lo que antes demoraba meses e incluso años. Los libros dejaron de existir por considerarlos innecesarios. No faltaron los románticos que mantuvieron libros en su poder y que los leían, ¡leían! Hace doscientos años los extinguimos; en ello tuvieron mucho que ver los bomberos. Imagínense tener que leer o escribir cuando no bastaba más que hablar para que el sistema lo hiciera todo. Sin embargo, hace dos años que el sistema no nos obedece. Las nuevas generaciones no están obteniendo la información necesaria para que se vuelvan ciudadanos útiles. No sabemos cuál es la raíz del problema. El Gobierno Mundial tomó la decisión de llevar a cabo el programa SOMA como una forma de no generar pánico y mantener a la población tranquila. A mí me han pedido convertir a signos los mensajes que nuestros cerebros han capturado para que haya una forma alterna de transmitir conocimiento. Este texto debería ser la prueba de que lo he logrado.

Cuando fuimos los mejores

¿Recuerdas cuando tu madre nos gritaba para que no hiciéramos ruido y le decíamos que nos tuviera paciencia pues la práctica hacía al maestro? ¿Recuerdas nuestra primera tocata en público bajo la lluvia y con un frío paralizante que apenas nos permitía mover las manos para tocar las guitarras? Hace ya tanto de eso y es imposible mirar el pasado sin que nos brote una lágrima. ¡Y ni querer llorar!

Porque siempre nos dijeron que los muchachos no lloran y por eso llorábamos a través de nuestras canciones. Logramos tanto y pudimos haber logrado más, pero es difícil ser músico y vivir de la música en este país. Eso era lo que decía tu madre (¿o lo decía tu tía?), ¿no? Tocabas la guitarra como los dioses y por eso sentía envidia, te lo juro. Tenía que hacer grandes esfuerzos para seguirte los pasos lo mejor posible. Lamentablemente, una tarde, nos dijiste que ya no ibas más, que tus padres habían hablado largo y tendido contigo y te habían hecho entrar en razón. Discutimos y te increpamos tu falta de rebeldía y de espíritu roquero. Tiramos la puerta y nos marchamos a ganarnos el mundo a punta de *riffs* y gritos salvajes. A pesar de que nos sentimos defraudados nunca dejamos de quererte y admirarte; por eso me da gusto verte después de tanto tiempo, tocando *blues* bajo la atenta y arrobada mirada de la gente. Por eso le digo a mi hija Oriana quién eres y le digo que se acerque a ti y deje, junto a tu estuche de guitarra, unas monedas para que te tomes unas cervezas por los viejos tiempos. Lástima que la ceguera no te permita ver que me oculto entre la gente, amigo.

Jorge Isaacs Quispe Correa Ángulo. Perú

Novio de Patricia, padre de Armando y Oriana. Licenciado en Administración y amante del buen rock. En la primera mitad de los años noventa obtuvo mención honrosa en los Juegos Florales, de la Pontificia Universidad Católica del Perú, por el cuento *Los perros anónimos*. En el 2000 publicó el libro de relatos *Trazos primarios*. Tiene tres microcuentos publi-

cados en editoriales españolas: *Hambre* (Microterrores IV) y *Sacrífice* (Microfantasías III) en Diversidad Literaria, e *Inmigración*, en el concurso Casi 100 instantes en un Santiamén, de la Editorial El Libro Feroz. También publicó su cuento *Horario nocturno* en la sexta edición de la revista literaria *Sirena Varada*, de México.

Gustavo Eduardo Green
Argentina



Maalin Wanaagsan

Abecelardo Glota despertó hablando otro idioma.

—Maalin wanaagsan —dijo, al saludar a su señora.

—Tupín serotera —respondió la mujer (acostumbrada a las bromas de su marido), al mismo tiempo que salía a las corridas rumbo al trabajo.

—¿Maalin wanaagsan? ¿Ce que j'ai dixi? —dico una cosa and I listen to it em outros idiomas.

A esta altura Abecelardo pasaba a descubrir que no era solo un idioma, eran varios y mezclados. Justo él, que le había dado tantos disgustos a sus padres fracasando en su paso por la Alianza Francesa, la Dante Alighieri, el Lenguas Vivas y el Centro de Estudios Japoneses.

“De grande te vas a arrepentir, te vas a dar cuenta de la importancia de hablar otros idiomas”, le decían ante el evidente desgano

que presentaba Abecelardo frente a los textos de idiomas incomprensibles.

Leyó el diario en voz alta y las noticias sonaban como palabras intercaladas de los representantes de la Organización de las Naciones Unidas.

En esas condiciones era imposible que pudiera asistir a su trabajo. Pensó en llamar por teléfono para fingir una dolencia, pero, ¿quién podría comprender lo que él decía?

“Si trabajara de conductor de subterráneo, de limpiavidrios de edificios o de buzo de aguas profundas quizás sería más fácil disimular este estado”, reflexionaba sin emitir sonido.

Pero su trabajo de profesor le demandaba una plática constante frente a decenas de atentos oyentes.

Buscó en internet los orígenes de su dolencia. Lo más cercano que encontró fue el caso de un filipino que de un momento a otro había comenzado a hablar al revés. Pero el hombre había salido airoso de semejante situación, transformó su problema en una ventaja. Se dedicó a la política y de ella vivió hasta sus últimos días.

Comenzó a evaluar fingir una súbita mudez, podría ser una solución, pero ¿cuánto podría aguantar sin que se le escapara algún vocablo? (y vaya uno a saber en qué idioma).

Averiguó sobre la existencia de traductores electrónicos portátiles. Los descartó al confirmar que solamente contaban con la traducción simultánea de seis idiomas.

Fantaseó con la idea de contratar varios intérpretes. Calculó que serían unos ciento cincuenta. Debería averiguar el precio de sus servicios, a lo que debería sumar el costo de los viajes en el transporte público. Comprendió que ya nunca más podría viajar en taxi y que en autobús, metro o tren, viajaría apretujado entre sus ciento cincuenta traductores sumados a los viajeros habituales. Se comu-





nicó con la Asociación de Traductores e Intérpretes en la certeza de que sería el único lugar dónde comprendieran su hablar. Tres veces llamó y tres veces le cortaron la comunicación, la última con un grosero insulto en un idioma que no comprendió (lo que le hizo sumar un intérprete más a los ciento cincuenta).

Sin solución a la vista Abecelardo Glota decidió recluirse.

“Tengo que dejar pasar este mal día, tal vez mañana. . .”

Escribió una carta para que su mujer leyera al regreso del trabajo.

Lo hizo con miedo, temía que en su escritura afloraran todos los idiomas en arrebatada mezcla.

—No me despiertes, me voy a acostar temprano, la jaqueca me atacó fuerte—.

Hizo el último intento leyendo la nota en voz alta.

—No em despertis, جون لل بهان ان tidigt, i-migraine με επηρεψε stark—.

Durmió el sueño profundo de la evasión.

Por la mañana se paró frente al espejo del baño. Abrió la boca pero no se animó a exhalar ninguna palabra.

—Mierda —fue la primera que afloró. Y la repitió una y otra vez. Y luego dijo: —toalla, jabón, ducha, inodoro, canilla—.

Llegó sonriente a desayunar, con la tranquilidad y la palabra adecuada recuperadas.

—Maalin wanaagsan—lo saludó su mujer, al mismo tiempo que salía a las corridas rumbo al trabajo. El portazo siguiente pareció borrar la sonrisa de Abecelardo.

Libertad en el viento

Los compradores de sombreros en la Patagonia son advertidos que en cualquier momento su sombrero puede decidir la libertad



de acción abandonando a su dueño, dejándose llevar por brisa o ventarrón.

No permanecen inalterables en las cabezas, por tal motivo no se ajustan a sus dueños.

Por eso los vendedores de sombreros son reiterativos y dejan a salvo su responsabilidad. No hay garantías, afirman los carteles de las vidrieras de las sombrererías.

Todos saben que los sombreros patagónicos tienen derecho a gozar de los vientos y a capturar, si así lo desearan, otras cabezas.

La ley los ampara, no están permitidos los manotazos en el aire para capturarlos y, menos aún, los pisotones cuando gozan revolcándose por las veredas.

Samuel Filkenstein no se resignaba a esa situación, había perdido ya mil doscientos veintitrés sombreros y estaba empeñado en no perder ni uno más.

Pergeñó cientos de estrategias, respetando las leyes vigentes, para evitar las voladuras, pero ninguna resultó efectiva.

Recuerda, apenado, una de las más ingeniosas, la de coser las alas del sombrero a la solapa levantada del sobretodo y este, a su vez, cocido al traje y a la camisa.

La imagen del señor Filkenstein parado en la plaza principal, en calzoncillos, mirando cómo su sombrero se llevaba por los aires sobretodo, traje y camisa, está aún en la memoria de todos quienes lo vieron.

Hoy piensa que el error fue no haber cosido el traje y la camisa a la ropa interior.



Otras astutas ideas tampoco fueron efectivas, como la de usar pegamento para adherirlo a su cabeza (sin considerar que desde los veintitrés años usaba peluquín), o la de fijarle un ancla, menospreciando la fuerza de los vientos patagónicos y debiendo enfrentar el juicio de catorce ciudadanos afectados por tan pesado adminículo.

Hubo algunas demasiado fantasiosas o impracticables, como llevar sobre su sombrero el piano de cola de la sala (por suerte Rebeca, su mujer, lo convenció afirmando que no era conveniente para la afinación del instrumento); o recubrirlo con una capa de cemento Portland.

Llevar un “sujeta sombreros” fue la última de sus ideas, pero esta vez no se trataba de ningún estafalario aparato ni de un adminículo importado. El “sujeta sombreros” era un joven físico culturista, experto en artes marciales; llamado Simón.

Se destacaba por su vista privilegiada, la rapidez de sus movimientos y su concentración.

Pasaron meses y el flamante sombrero del señor Filkenstein solo salía de su cabeza para reposar en un perchero. No había viento que lograra arrebatarlo de las gruesas manos del fiel Simón, ni siquiera la colosal tormenta de vientos huracanados del año dos mil uno.

Filkenstein se había acostumbrado a la pegadiza presencia del joven cual sombra musculosa. También se había enterado que varios compañeros de oficina habían tentado a Simón con sumas millonarias para contratarlo como “sujeta sombreros”.

Esa fidelidad le parecía conmovedora. En agradecimiento el señor Filkenstein buscó el mejor regalo para su devoto empleado,

le obsequió un sombrero de pana marrón de la sombrerería más distinguida de la zona..

Al día siguiente, y por el accionar de una leve brisa, el señor Finkelstein veía volar de su cabeza su sombrero mil doscientos veinticuatro.

A partir de ese momento los vientos patagónicos acarician su cabeza calva, día tras día, por siempre.

Reflejos a destiempo

Mi reflejo no era puntual. Ya me estaba cansando de esperarlo todas las mañanas frente al espejo vacío. Me hacía llegar tarde al trabajo. ¿Y cómo me iban a creer que no llegaba a horario por ese motivo?

Aquel día me levanté más temprano, tenía una reunión importante, y en el espejo ...nadie. No aparecía la imagen ni de cerca ni de lejos; aunque se escuchaba que estaba por allí, se oía el ruido del crujir de papel de caramelos.

Grité frente a la nada que lo iba a denunciar ante la Comisión Reguladora de Reflejos; la intimación dio resultado porque al instante estaba frente a mi con el peine en la mano (y tragando rápidamente el caramelo).

Lo reté con firmeza; él hizo lo mismo. ¿Cuándo iba a ser el día en que admitiera su falta y pidiera disculpas?

Terminé de acicalarme y partí.

Como corresponde a todo reflejo me acompañó a lo largo de la jornada.

En el espejo del ascensor, de reojo me pareció verlo desperezarse. Yo creo que no duerme bien, por eso le cuesta tanto estar



temprano en el botiquín del baño. Estoy pensando en poner un espejo grandote en el cuarto frente a mi cama para que me refleje durmiendo, así él podría descansar mejor.

Cuando paso frente a las vidrieras ahí está, acompañando (aunque a veces se distrae mirando a alguna mujer que pasa).

Creo que Orimar (así se llama) se mofa de mí. Noto que en algunas oportunidades me mira con una sonrisita burlona.

En la oficina lo veo reflejado en la ventana, observo que bosteza (se aburre como yo). Reaccionamos cuando el jefe grita: “¿Ramiro, para cuando el balance?!”.

De regreso a casa me empapo, él también está mojado pero en los espejos secos de los negocios y del autobús. Después de la lluvia lo veo en cada charco.

En algunas oportunidades advierto que llega más tarde (pero trata de disimularlo); le cuesta seguirme el ritmo. Muchas veces —a propósito— acelero el paso y él llega con lo justo, agitado y sacando la lengua (igual que yo).

Aunque piensa que no lo descubro yo sé que en varias oportunidades lo reemplaza otro reflejo (me doy cuenta de que no es él ni yo). La última vez fue muy evidente...¡yo jamás usé anteojos! Es posible que lo reemplacen por su impuntualidad y su actitud poco responsable. Supongo que debe haber sanciones para los reflejos que no cumplen su tarea con dedicación.

Convengamos que no es un trabajo nada fácil. Hay que estar muy atento, ser un buen observador, disciplinado y rápido de reflejos. ¡Eso!... un reflejo rápido de reflejos.

Vaya a saber cómo es el mundo interno de los espejos. Una vez le pregunté, pero me respondió al mismo tiempo con idéntica pregunta. En su ausencia (cuando está él no lo hago porque no me

gustaría que piense que quiero invadir su intimidad) yo me asomo y espío (lo mío es simple curiosidad). El mejor lugar para hacerlo es el ángulo inferior izquierdo. Por ahí he visto siluetas entrecruzándose entre nubes de colores, todas moviéndose agitadamente. Una vez me pareció ver a un hombre con galera (creo que es el que manda).

Camino al consultorio observé que Orimar no me acompañaba (siempre se escabullía cuando tenía que ir al dentista, le daba impresión). Desde ese día no lo volví a ver.

Todas las mañanas me ponía reemplazos en el espejo y ni siquiera el mismo; iban rotando. En una oportunidad se pasaron de la raya. Apareció una anciana en el botiquín del baño reflejando mis movimientos (yo creo que están teniendo problemas organizativos o de escasez de personal).

Pedí hablar con el hombre de galera, pero siempre me responden al unísono repitiendo lo mismo: “¿puedo hablar con el encargado?”.

El último día de invierno llegué a la oficina demorado por culpa de dos imágenes que se peleaban en el espejo por reflejarme. Desde afuera pude distinguir a Orimar sentado en mi escritorio. Sorprendido, solo atiné a quedarme detrás de la ventana. Él me miró y acomodó su cabello; yo reflejé su movimiento.

Gustavo Eduardo Green. Argentina

Realizador cinematográfico, egresado del Instituto Nacional de Cinematografía.

Fue Director de Cultura de San Antonio de Areco.

Obtuvo 330 premios literarios, nacionales e internacionales (Cuba, España, Venezuela, Uruguay, Colombia, Ecuador, Perú, México, Puerto Rico, Israel, Estados

Unidos de Norteamérica).

Integra 70 antologías literarias.

Editó el libro de cuento infantil *Instrucciones para doblar una jirafa*.

Distinguido por el Honorable Concejo Deliberante de San Antonio de Areco por su labor literaria.

Ernesto Martín Santana
Uruguay



Espíritu del río

La niebla ahogaba las casas de chapa, armadas con maderas de barcos que ahora navegaban estáticos en el valle húmedo. Desde los cerros que bordeaban la ciudad, las calles descendían calmadamente, hasta desaparecer cerca de las aguas espumosas del río profundo que suavizaba los contornos del lugar.

Descendió, primero golpeando con sus botas las rocas rojizas de su calle, para luego perfilarse hacia el cemento, duro y áspero como su temple. Respiraba hondamente el aire mojado, tomando grandes bocanadas antes de prestar su olfato a los aromas rancios del puerto de pescadores.

La costa se dibujaba de norte a sur, con el río Acheloos por el oeste, casi tocando su desembocadura en el mar. Allá, más al norte, los puertos de barcos de recreación descansaban amarrados a los muelles privados. Se distinguía a los lejos su blanco brillo, resaltándose las agujas de los veleros que le drenaban el viento al cielo. Más al sur, el puerto comercial se adentraba en las aguas turbias, haciéndolas temblar con el sonido de engranajes y golpes metálicos, donde los obreros encajaban como perfectas piezas.

Lejos de ambos mundos y en el medio de estos, encallaba el puerto de pescadores hacia donde Walter caminaba. Disfrutaba de los toques artesanales de su actividad, incluso le agradaba cuando el barco se mecía inesperadamente o cuando debía de escapar de las crueles tormentas. La fuerza de la naturaleza era algo que le movía cada día a continuar no en una lucha, sino en una danza ancestral que había aprendido sintiendo el poder del agua. Era difícil verlo como él lo veía, cuando en el inestable bote anaranjado, entre las verdes redes los peces se sacudían en su último intento por ser libres.

Soñaba despierto aquella madrugada, meciéndose sobre su barco, añorando encontrar bajo las aguas el tesoro que le permitiese escalar hacia los cerros de la ciudad. Pero tres décadas soñando lo mismo habían hecho que esa ilusión dejara su color esperanzador para volverse cada día más putrefacta. Aún amaba ver el amanecer, observar al ancho río hundirse para dejar paso al sol.

Nada. Solo un río calmo durante horas. Él, esperando tener algo de fortuna, seguía el camino a otros barcos, que sí tenían tripulación. El único ser en quién confiaba estaba acostado haciendo brillar sus negros y gruesos pelos. Aquel perro guardaba para sí los recuerdos del viejo pescador. Pero no era la única razón por

la que aquel animal salía de pesca. Su olfato privilegiado guiaba la embarcación. Detrás de la pequeña cabina estaba acostado en la popa, de donde no podía salir, con el hocico hacia la proa. Algún aroma del agua lo sacó de la calma. Se sacudió repentinamente. Walter lo observó esperando su ladrido, que apuntaba hacia donde se escondían los peces. Pero esta vez no hubo ladrido. Se sentó y aulló, al cielo.

Confundido, el pescador creyó estar sobre su tesoro, por lo que lanzó las redes por la popa y emprendió su arrastre. Pero no había peces allí, solo algunas basuras que contaminaban su pesca. Cansado ya de las infructíferas horas, las apesadumbradas manos del capitán sin tripulación, decidieron recoger las redes. Mientras el motor en la proa lanzaba humo negro, las bocanadas de pipa se elevaban danzando en el aire. Tomaba de las redes los pescados plateados, que brillaban rosas ante las luces del atardecer. Contemplaba el largo de cada ejemplar, para luego lanzarlo dentro de una caja plástica. Cuando aún no había llegado a un cuarto de la caja, sintió que el motor se esforzó algo más, para hacer emerger desde el río una carga capaz de destrozarse la embarcación de su tranquila vida e inundarla con las aguas taciturnas de la muerte.

No, aún no estaba descompuesta. Aún quedaba carne en aquel cráneo que conservaba su melena oscura, que se entretejía con las redes. Aquella momentánea simbiosis le otorgaba una apariencia mística a aquel espíritu del mar que se contentaba con haber paralizado al pescador. Todavía quedaba un metro de red con dos pescados entre sus manos temblorosas y el cráneo que se reía de él. Suspiró inhalando el humo que dejó escapar lentamente.

Apagó el motor, ya había emergido toda la red. Tomó el siguiente pez con la mano, observó su brillo y lo lanzó a la caja. Lo mismo

con el siguiente. Cuando llegó al último ser atrapado en la red, lo tomó de la quijada luchando para desenredar la mata de pelos. Como en un ritual, la observó un momento y colocándola frente al sol pudo vislumbrar su silueta. La lanzó a la misma caja de plástico con los peces. No pudo evitar pensar que pronto necesitaría otra carnada, aquella cabeza cercenada ya no estaba dando los frutos esperados, había dejado de atraer a los peces. El espíritu del río ya se había desencantado de los cabellos de esa virgen.

Esa noche el pescador no volvería a su casa. Rumbeó hacia el puerto del norte, respirando humedad.

—Necesito nueva tripulación, mi amigo— reflexionó, acariciando al montón de pelos negros que llevaba en la popa y que, alguna vez, habían sido un perro.

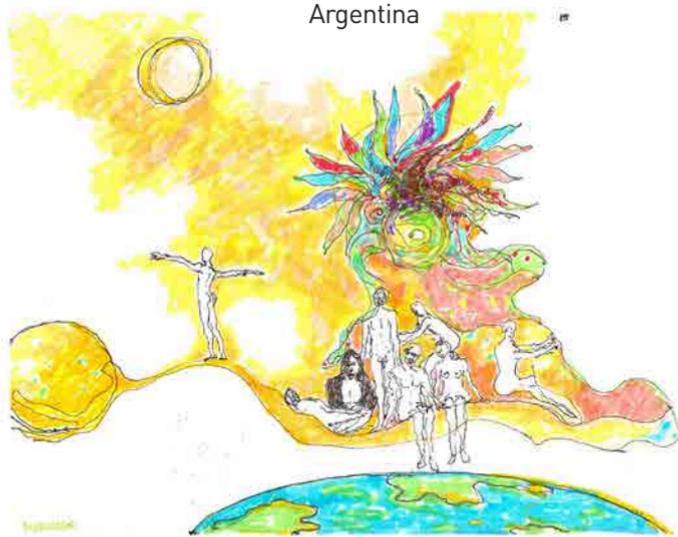


Ernesto Martín Santana. Uruguay

Nació en 1996 en la ciudad de Tacuarembó, al norte de Uruguay. Siempre interesado en la lectura, desde pequeño comenzó a escribir. De adolescente incurrió en el mundo de la poesía para luego

adentrarse el relato corto. A su obra se suma la novela *A un lado de la rebelión* (2018). Actualmente estudia la Licenciatura en Psicología de la Universidad de la República, Uruguay

Alejandro Frankrajch
Argentina



Ariel

Al fin se levanta la señora que había agarrado las llaves nueve cuadras atrás. Me siento, miro por la ventanilla. Pasa una mujer mayor con el carrito de supermercado deshilachado. Debe volver de comprar yogurt para el tránsito lento y harina, manteca y chocolate, para hacer las galletitas con la receta familiar para sus nietos. También pasa uno con auriculares grandes color blanco. Con mucha barba, con buzo atado a la cintura. Tiene la cara de Ariel. Si hubiera estado discutiendo con alguien más estaría seguro, pone esa sonrisa de tener todas las frases, para ganar. No le pude ver la espalda de la remera, pero seguro tiene el logo del lugar en el que trabaja ahora: será alguna pizzería en la que toma los pedidos, alguna empresa de sodas, una ferretería o un local de cortinas y almohadones.

Habrá terminado de trabajar y se va a encontrar con la mamá. Toca el timbre, espera escuchando música, se golpea el pecho como tambor. Ella abre la puerta y lo mira con esa sonrisa recta. Lo abraza fuerte, le dice que escribió una listita de las cosas que quer  contarle y van para adentro.

Unas horas después, él seguro se lleva de la casa de la mamá un paquete de comida hecha por ella, algunas empanadas, tartas, tortillas caseras y unas milanesas del lugar que ella siempre encarga y sabe que le encantan a él. En su casa, mete la llave, abre la puerta y toca el interruptor para prender la luz. Qué haría si no funcionarán las lamparitas. Se las quedar  mirando, prender  el celular y caminar  con la luz del aparato. Llamar  a la mamá. Cómo se cambia, preguntar , cuáles necesito. Y eso que se llama Ariel: león de dios. No me sorprenderá que vaya ella a subirse al banquito para destornillar la lámpara mientras él le tiene la campera y las bolsas.

Esa noche, él prende la tele mientras se est  calentando la comida en el microondas, envuelve la empanada en la servilleta y come con una mano, mientras con la otra agarra la botella de agua para tomar del pico o el celular para mirar si le llegó algún mensaje del jefe de algo que quedó sin hacer o que tiene que chequear en el fin de semana o que no hizo como debía.

A la madrugada agarra un comic, va a la computadora a ver si aparece alguna información de qué va a pasar en la próxima temporada de alguna serie y piensa en su padre. En la vez que el papá lo sent  a mirar el partido de la selección y se iba acercando y alejando enérgico de la pantalla, mientras daba vuelta la cabeza para señalarle y explicarle. O tal vez cuando lo fue a buscar al colegio como todas las tardes y vio que ten  un moret n en la cara. Todo el viaje escuchando la radio, duros.

Lo imagina a su padre, también, volviendo en colectivo una tarde cualquiera. Mirando por la ventanilla, ve pasar a una mujer mayor con el carrito de supermercado deshilachado, a uno con auriculares grandes color blanco. Al ver esa barba y el buzo atado en la cintura, se le viene a la cabeza Ariel.

Se queda pensando en ese hombre, si se baja del colectivo para saludar a su hijo, o que lo llama desde el colectivo, o que llega a la casa y algo en él queda en movimiento que hace que se pasen las fotos por su mente. Pensará en la vez que lo llevó con una prostituta; cómo el hijo tenía la espalda de la camisa empapada y miraba el cuello de la mujer fijamente. O tal vez cuando lo fue a buscar a la casa de la abuela, él con diez años, y se lo encontró con delantal y palo de amasar haciendo palmeritas.

Su papá seguro deja las llaves sobre las facturas en la mesa ratona, va hacia el balcón y agarra una porción de pizza de la caja que dejó arriba de la cama. Se rasca la barba, mata un mosquito en su remera, se da cuenta de que le queda una mancha. Putea y se mete en la pieza, se saca los zapatos, prende la tele y se tira en la cama.

A la mañana me despierto robóticamente. Meto los dos panes en la tostadora, pongo el agua en la pava eléctrica y meo con la puerta abierta. Me huelo la remera que tengo puesta desde ayer, me la saco, la hago un bollo y la intento embocar en el tacho de ropa sucia. Después de cambiarme y comer, voy a cepillarme los dientes, entro al baño, me rasco la barba. Me miro en el espejo. Me pregunto, Ariel, por qué no bajé a saludarte.

Alejandro Frankrajch. Argentina

Nació el 22 de Julio de 1990, en Buenos Aires, Argentina. Se recibió de traductor literario y de especialidad en inglés. Es profesor de ciencias naturales en inglés en colegio bilingüe. Finalizó sus estudios

de postítulo de enseñanza en ciencias naturales. Escribió las series de cuentos *Escrito por un tercero* y *Océanos de distancia*.

Cuento Mención

Camila Villaroel Barreto
Argentina



El teatro

Su figura delicada parecía un cisne, un ave de sueño. Sus brazos imitaban los movimientos de las alas en el cielo. Se movía con suavidad, deslizándose en un mundo de colores. Girando, se envolvía las piernas y el torso. Hacía toda clase de acrobacias y posturas enredadas. Se dejaba caer como si le hubieran fallado las fuerzas y en el segundo antes de estrellarse contra el suelo se sujetaba, creando una ola de suspiros y aplausos. Su cuerpo brillaba como una ninfa, confundiéndose con todos los colores del escenario. Parecía que había nacido en las alturas, trepada a las nubes. Sus ojos inmensos no veían al público ni a las luces ni a nada. No sé a dónde miraban esos tristes ojos de luna, lo más probable es que sea a mundos le-



janos. Algunas veces lloraba y se veía incluso más hermosa con las lágrimas brillando sobre su rostro.

Cada acto de baile y acrobacias terminaba con un estallido de aplausos y silbidos. El público salía encantado y asombrado del espectáculo y de las habilidades de la hermosa acróbata. Las luces se apagan, la música se calla y el teatro queda vacío. Ella, en la oscuridad, aun colgada de las telas comienza a envolverse con ellas creando una especie de crisálida o nido colgante. Se encierra en su pequeño ovillo de telas y aguarda con un suspiro la próxima función.

Humo

En el aire se dibujan sonidos. Trazos de música recorren las habitaciones de la casa en penumbras y logran colarse por tu puerta cerrada. Estamos separados por metros de insondable abismo y no existe puente que pueda atravesarlo. Cada uno en una habitación diferente, cada uno en su mundo. El sonido de tu llanto me llega lejano y extraño, como si fuera el recuerdo de un sueño. Tu ausencia se me confunde con tu presencia.

Sé que ese llanto no es de pena, a lo sumo de enojo. De bronca contenida por haber tenido que aguantar tantos años la falsedad de nuestro matrimonio. Acaso ese llanto sea un último gesto respetuoso para el tiempo vivido juntos. Hagamos de cuenta, antes de partir, de que alguna tristeza cubre nuestra separación y que no es un acto inevitable de la rutina y del paso del tiempo.

Tu llanto nos salva de la vergüenza de un final absurdo, de darnos la mano como dos desconocidos y saludarnos formalmente con un adiós indiferente.



Estoy sentado en el borde de la cama que hace años no compartimos. Mi dedo se convierte en pincel en el aire y ante mis ojos voy creando tu rostro. Tus ojos siempre tristes, tu pelo negro. No recuerdo cómo era amarte, ni tampoco recuerdo el último beso que nos dimos. Sigo dibujando con mi dedo y te coloco junto a mí en esa playa que siempre soñamos y jamás visitamos. Pinto de azul y blanco la casa que jamás construimos porque la economía nunca se puso de nuestro lado. Dibujo torpemente ese pueblo oculto entre los bosques, donde íbamos a pasar nuestra vejez. Es mi mano la que dibuja los imposibles y con un gesto cansado los borra para siempre. Los sonidos bailan entre tu cuarto y el mío. Los autos, perros ladrando, una sirena, un bebé llorando, algo de vidrio estalló sobre el suelo.

Tus lágrimas ya han llegado a un caudal respetable. Yo te pido, por simples convenciones, que no me dejes, que volvamos a intentarlo mientras agarro la maleta. Y vos amablemente me decís que conociste a otro hombre. Aunque yo sé que simplemente te aburríste de mí. Te agradezco tu consideración. Ya cumplimos con todo lo estipulado, con todo lo que se espera de nosotros. Tomo la maleta y cierro la puerta al salir. Los sonidos de la noche trazan colores en la oscuridad y uno nuevo se suma a la caótica pintura. Es el sonido de tu voz cantando, cantando por primera vez en tanto tiempo. Una pequeña chispa se enciende en mí y tengo el vago recuerdo de por qué te había amado. Pero no es suficiente para darme la vuelta y dibujar como una lluvia sobre tu cabeza todos los besos perdidos durante veinte años.

Camila Villaroel Barreto. Argentina

Tiene 24 años y es estudiante de la licenciatura en Letras Modernas, de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. La lectura y la escritura siempre

han formado parte de sus pasiones, a las que considera un medio para expresarse, compartir ideas y comprender un poco más al mundo.

Yadin Antonio Moreno Hoyos
Colombia



La danza del gallinazo

En las calles del pueblo nuestra presencia hacía sentir miedo, pues en las noches limpiábamos a todo lo que oliera a guerrilla, marihuaneros, bazuqueros, ladrones, jíbaros. La gente a la larga nos agradecía con su silencio.

El basuro estaba ubicado en las afueras del pueblo, en un cañón resguardado por montañas. Cuando cientos de gallinazos lo sobrevolaban, el mensaje era claro: ¡hay muerto!

La última vez que trabajé tenía que darle bala a una rata nueva en el pueblo, pero no podía perderme la final. Qué golazo el del Checho Angulo y qué celebración la que nos metimos.

—¡Rodríguez!, nos ganamos todos los torneos este año, hijueputa —le vociferé a mi colega, después de haber esnifado dos líneas de perico.

Chocamos dos copas de aguardiente, las bebimos y nos fundimos en un beso del que fue testigo el cuarto que nos alquilaba don Aníbal, un jubilado de la Policía. Después de cuatro botellas de “guaro”, mezcladas con el polvito que nos hace famosos hasta en las películas gringas, este nos empujó una vez más a querer ir a las estrellas sin salir de la habitación. A las dos de la madrugada la alarma sonó y me despertó. Quité la mano de Rodríguez de mi pecho. Me levanté y mis pies se deslizaron en un charco de vómito, me vestí y a tientas saqué del armario el 38, un Smith & Wesson cromado que había despachado de esta tierra para el más allá a una veintena de mortales. Abrí la ventana y un chorro de luz y viento de la madrugada entraron al cuarto. Prendí un Piel Roja y, mirando la placidez con que dormía Rodríguez, pensé en ir solo a hacer la vuelta. Rodríguez hablaba poco; tal vez porque era nuevo en el negocio. Todo en él era un secreto menos su belleza desbordada por su piel tostada por el sol de Buenaventura y el contraste con sus ojos de perro siberiano. Mi niño parecía un ángel, pero todo lo sublime en él desaparecía cuando mataba. No le inquietaba la muerte de su contrario.

—¿No me vas a llevar a quebrar al fulano, o qué? —preguntó Rodríguez, mientras la luz de la calle le encendía la maldad de sus ojos.

—Parate y vámonos, que nos cogió la tarde.

Como un fantasma, el Nissan Patrol rondó las calles dormidas del pueblo y el rugido de su motor espantó a unos perros que hurgabán unas bolsas de basura. Mientras Rodríguez cargaba su revól-



ver, con el eco de los lamentos recordé las palabras de mi sargento Ramos: “Salcedo, le envió una joyita, una carita linda que fue capaz de pegarle tres tiros a su propia hermana porque se enteró de que ella se veía a las escondidas con un ladrón de vacas. Y esa rata dizque es la ‘traga’ de esa joyita. ¡Qué jodido ese maricón!”

Esa madrugada, las cosas no ocurrieron como lo había planeado. Abigeo, el bonaverense a quien íbamos a matar y que hacía honor de su alias porque tenía azotado a los ganaderos del pueblo, sabía que lo buscábamos: no estaba en su casa.

—Ese *man* tiene una noviecita que vive en la casa de al frente. Todos los domingos veo que él entra ahí, tarde en la noche —contestó y señaló con la boca el vigilante del banco cuando le pregunté que si había visto a Abigeo.

Cuando llegamos a la casa de la supuesta novia, ella, entre gritos, nos juró que él no vivía ahí y mucho menos que tuvieran alguna relación, ni siquiera de amistad. A pesar de las súplicas de la mujer, Rodríguez, poseído por una ira descontrolada, sin autorización mía y sin compasión, la borró de un tiro en la cabeza.

—¡Qué hiciste, güevón! ¡La cagaste! Era la única que sabía dónde está ese hijueputa. ¡Té volviste loco, o qué! —le increpé a Rodríguez.

Como un disparo salió de la casa, encendió el Nissan y me apuró a subirme. Prendí otro cigarrillo. Pisó hasta el fondo el acelerador y me dijo que me callara, que él sabía dónde estaba Abigeo. De bache en bache y por una carretera polvorienta, en las afueras del pueblo, llegamos a una finca. Rodríguez, de un tiro, calló a un pastor alemán que cuidaba la casa. Abigeo, a medio vestir, nos recibió a bala. Sin embargo, Rodríguez caminó incólume entre la lluvia de plomo e hizo un disparo que dio en la pierna izquierda de Abigeo.

Lo esposamos, lo amordazamos y lo subimos al carro para irnos al basuro.

El sol empezó a bostezar con sus primeros rayos de luz. Arrastramos a Abigeo a la cresta de la montaña de basura y lo pateamos hasta al cansancio. Entonces, saqué mi 38 de mi cinto y le apunté al corazón... ¡Pum! Me aturdió un disparo y el paisaje se me desenfocó. Caí de rodillas y sentí la tibieza de la sangre que brotaba de mi nuca. ¡Pum! Otro disparo. Esta vez el beso del plomo se posó sobre mi espalda... “Me la volviste hacer, marica. Cero y van dos. A la ter...”, fue lo último que oí decir a Rodríguez. Y en esa palabra me desplomé.

Horas después, creo yo, el calor y un zumbido de moscas me despertaron. Entreabrí los ojos, Rodríguez y Abigeo ya se habían ido. Con dificultad, me moví hasta quedar bocarriba. El sol me encandiló y la danza de un gallinazo abanicaba el cielo.



Yadin Antonio Moreno Hoyos. Colombia

Es comunicador social. Ha trabajado como periodista para el periódico universitario *Utópicos*. Ha escrito para la revista juvenil *El Clavo*, el diario *Occidente* y labo-

rado para el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Fue finalista del Concurso Nacional del Cuento RCN en 2016.

Cuento Mención

Kalton Bruhl
Honduras



En la cueva

Carlitos, el niño nuevo, entra corriendo a la cueva. Se lleva una mano al pecho y con la otra nos indica que esperemos a que recupere el aliento. Yo me cruzo de brazos y arrugo la frente. Los demás hacen gestos de fastidio. Carlitos es un alarmista, así que nos preparamos para escuchar una de sus ridículas historias. Los que llevamos más tiempo viviendo en el bosque nos hemos acostumbrado a los ruidos y, sobre todo, a los silencios. Carlitos todavía ve en cada cosa una señal, un augurio. Finalmente, nos dice que ha visto un grupo de adultos que vienen hacia la cueva. “Hasta traen perros”, nos dice con los ojos bien abiertos. Todos nos abalanzamos a la entrada de la cueva y hacemos visera con nuestras manos. Juan estira el cuello y adelanta un oído. “Son perros”, dice con ab-

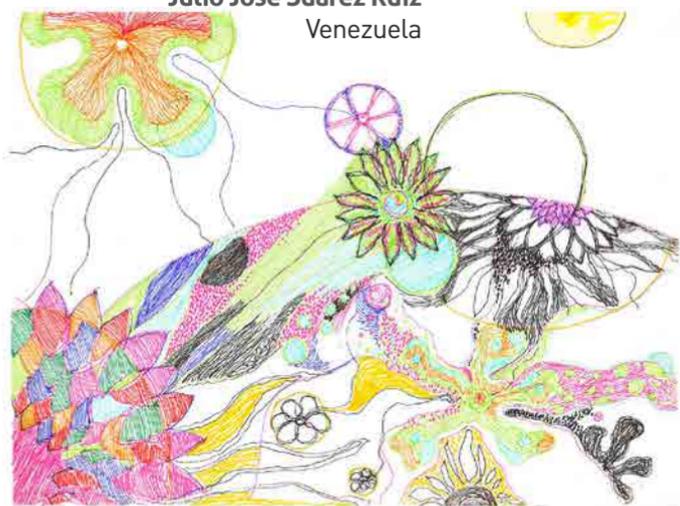
soluta convicción. Ahora todos los escuchamos. Nos apresuramos a ocultarnos. Estamos asustados. Hemos aprendido a desconfiar de los adultos. La cueva se llena de ladridos y luces de linternas. Contengo la respiración y cierro los ojos. Sé que los demás hacen lo mismo. “¡Encontré algo!”, grita uno de los hombres. Me asomo con precaución. Como era de esperarse, encontraron a Carlitos. Vuelvo a esconderme y me abrazo a mis piernas. Las horas transcurren. Uno a uno los va encontrando. Todos lloran, pero no puedo consolarlos. Me resigno. No tardarán mucho en localizarme, así que lo mejor será facilitarles la búsqueda. Lo importante es que todos sigamos juntos. Me pongo de pie. Los hombres han juntado a los otros diecinueve niños y se los llevan fuera de la cueva. Regresan pero solo para recoger su equipo. Corro para alcanzarlos mientras les grito, entre lágrimas, que no me dejen solo, que me sigan buscando, que yo estoy enterrado allí donde se derrumbaron esas piedras.

Kalton Bruhl. Honduras

Académico de número de la Academia Hondureña de la Lengua, correspondiente de la Real Academia de la Lengua. Premio Nacional de Literatura Ramón Rosa. Es autor de los libros de relatos *El último vagón* (Ediciones irreverentes, España 2013); *Un nombre para el olvido* (Honduras, 2014); *Donde le dije adiós* (Honduras, 2014); *La dama en el café y otros misterios* (Honduras 2014); *Sin vuelta atrás* (Honduras, 2015); *La intimidad de los recuerdos* (Honduras, 2017), y de la novela *La mente dividida* (Ediciones irreverentes, España 2014). Ha recibido diversos premios literarios, entre los que se destacan primer premio en el VII Concurso Anual de Cuento Breve y Poesía, de la Librería Mediática (Venezuela, 2010); premio Horacio Castillo, al cuento extranjero destacado en el certamen literario Juninpaís (Argentina,

2010). Primer premio en el Certamen Arcadio Ferrer Peiró de Narrativa en Castellano, del Ayuntamiento de Canals (España, 2010). Ganador del Tercer Premio de Relato Sexto Continente, de Ediciones Irreverentes (España, 2010). Ganador del Cuarto Premio de Relato Sexto Continente de Ediciones Irreverentes (España, 2011). Premio único en el III Certamen Literario Centroamericano Permanente de Novela Corta (Honduras, 2011). Ganador del Primer Concurso Internacional de Poesía y Cuento Latin Heritage Foundation, sobre la naturaleza (Estados Unidos, 2011). Primer premio en el V Concurso de Microrelatos Matas i Ramis, (España, 2013). Primer premio en el Concurso de Microrelatos de la Universidad Popular de Guareña (España, 2013).

Julio José Suárez Ruiz
Venezuela



El extraño caso de una familia de extranjeros que vivía dentro de mi nevera

Todo comenzó cuando yo estaba cenando distraídamente. De pronto, se abrió la puerta de la nevera, un misterioso tipo se asomó, miró a los lados y cuando me vio se espantó. Entonces se volvió a meter rápidamente y cerró la puerta. Pensé que se trataba de un ladrón. Me levanté lentamente y cogí un cuchillo de la gaveta y caminé hasta la nevera. Cuando abrí la puerta comprobé que las cosas estaban ordenadas como siempre. Era imposible que hubiese alguien dentro de mi refrigerador. Luego el psicólogo me explicó que seguramente yo estaba cansado y todo era producto de una peculiar alucinación. Entonces comenzaron a suceder cosas extrañas.

Con los días esas personas, entes, fantasmas o como quieran llamarlos, se volvieron más descaradas. Al llegar de una caminata en el parque encontré a una señora lavando los platos en el fregadero. La mire incrédulo por varios minutos, se secó las manos en el delantal y sin mirarme caminó hacia el refrigerador; abrió la puerta y se metió dentro de él. Cuando abrí la puerta todo dentro de mi nevera estaba como siempre.

Una noche mientras me preparaba cereal en la cocina, el misterioso señor entró al apartamento caminó por la casa y entró a la nevera. Otro día dos niños salieron de la nevera con una pelota y estuvieron jugando en la sala hasta que rompieron la lámpara y huyeron a meterse en la nevera dejando la pelota afuera. Cuando se la mostré al psicólogo, me dijo fríamente:

—Es solo una pelota. No prueba nada.

De vez en cuando sale una hermosa joven que atraviesa el apartamento, entra al baño, se peina cuidadosamente el cabello mirándose en el espejo y cuando termina regresa a la cocina y se mete en el refrigerador. Ya a esta familia no le importa que los observe, ya no se espantan con mi presencia. A mí tampoco me importa que mis alucinaciones deambulen por el apartamento.

Un día abrí la puerta del congelador donde guardo las carnes y un anciano con la cabeza llena de escarcha de hielo se molestó y me gritó en un idioma parecido al italiano “Déjame en paz. ¡Cierra esa mierda!”. Esperé varias horas antes de abrir de nuevo el congelador. Por un momento llegué a creer que yo era un asesino en serie que había asesinado a un montón de personas y tenía un lapsus mental y las conservaba en la nevera. El psicólogo amablemente me acompañó hasta mi apartamento y al abrir la nevera no encontró nada de cadáveres descuartizados.





Ya hace más de un año que viven dentro de mi nevera y vagan por mi apartamento como si fuesen zombis. Nunca me hablan, tampoco me miran, solo me ignoran. Recientemente los escuché hablar de mí. Era un susurro de voces en lo que parecía una especie de latín apenas descifrable.

—¿Cómo se lo decimos? —se preguntaban.

—Aún no está preparado —respondió el señor misterioso.

—A mí me da lástima, ya le tengo cariño —dijo la hermosa joven.

Una madrugada me levanté por un vaso de agua y al abrir la puerta de la nevera pude ver un túnel que parecía infinito. Por un momento creí que estaba soñando, que era imposible que estuviera viendo ese túnel dentro de mi nevera. Entonces me aventuré a entrar en él y al cerrar la puerta la luz de la nevera se apagó. Caminé a ciegas tanteando por varios minutos en aquel estrecho pasadizo hasta que sentí con mis manos lo que parecía ser una puerta. La empujé y allí estaban todos sentados a la mesa, almorzando a mediodía, en algún lugar del universo, en una dimensión paralela, en un caprichoso mundo análogo. Todos me miraron sorprendidos, los niños tremendos, la hermosa joven, la señora con el delantal, el anciano y el señor misterioso. Sonrieron y comenzaron a aplaudir y me dieron la bienvenida a su apartamento, en algún lugar más allá de quién sabe dónde, ni mucho menos cuándo.

Julio José Suárez Ruiz. Venezuela

Es profesor asociado de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador y está adscrito al Departamento de Lenguas Modernas en la especialidad de inglés, en el que administra la cátedra de Literatura del Mundo Angloparlante. Es escritor

inédito con varios cuentos y novelas que reflejan sus miradas del mundo latinoamericano. Ha obtenido reconocimientos por investigaciones, artículos científicos y obras literarias en su país, Venezuela, como también en España y Colombia.

Jorge Sánchez Fernández
Colombia



El instante

No era necesario mentir. El engaño quedó al descubierto en la primera frase, incluso antes al decidir vestirse de manera tan ridícula. No. Él era el culpable, solo él. Si en ese momento una especie alienígena descendiera en su flameante nave espacial y proclamara a los cuatro vientos su inocencia, la humanidad descubriría que la vida inteligente no existe en el universo.

Así de grave es, pensó el teléfono. De esta nadie sale vivo. Siempre es lo mismo: primero alguien se equivoca, luego otra persona llama a un tal Lobo, hablan un momento sobre fútbol y demás banalidades y luego, en un código que solo ellos conocen, le avisan sobre el trabajo. Cuando la víctima llega todo empieza de nuevo: la sangre, el silencio, el Lobo alzando el auricular, limpiándose los ojos.

Me van a matar, pensó el chico. Todos conocen este lugar, se esparce la historia para que todos cumplamos y sintamos miedo. Me van a matar, lo sé. El Chucho la cagó en el trabajo anterior y el día siguiente estaba aquí, con el Lobo enfrente, blandiendo esa como cuchilla de afeitar gigante. Me intriga cómo la usará. En realidad, no se ve muy amenazante, pero quién sabe.

Lo voy a matar, pensó el Lobo. En realidad no quiero hacerlo, pero lo haré. Tantos jóvenes como ese, tan tontos siempre. Cuántas vidas perdidas por la estupidez. Solo soy un mandadero, el conserje de esos hijos de puta tan cobardes que ni los muertos quieren ver. Quisiera estar en otro lugar. Siempre me ha gustado la playa o los Alpes. En esta época del año son hermosos, eso he escuchado. No quiero hacerlo, pero así es la vida.

Aquí caerá, pensó el suelo. Otro más. Este se ve incluso peor que los anteriores. Más blanco, más miedoso, lo siento en el temblar de sus pies. Si tiene mucho miedo es peor para mí, las manchas demoran en salir, se adhieren más fuertemente. Ojalá todo termine rápido.

Cómo será el otro lado, pensó el chico. Mi mamá dice que flotas y luego hay una luz, alguna música angelical. No sé qué mierda religiosa... pero qué sabe ella de eso. De seguro es un vacío infinito, lleno de oscuridad. Maldita sea, no quiero morir. Debí cogerme a más chicas, debí cogerme al menos una. El tiempo es tan corto, la vida es un pestaño. Aunque se está demorando, se supone que es un asesino profesional y está parado ahí, como esperando a que me mueva. No me moveré. Aunque, ¿qué pasaría si corro? Nada, supongo. Lo he visto cerrar la puerta con llave. Maldición, morir se parece eterno.

Espero que no grite, pensó el Lobo. Tantos gritos me sacan de quicio. Luego llego a casa y el pobre de mi hijo paga el precio.





Trabajo de mierda. Por qué no fui carpintero, como el viejo. Bien decía: “No haga nada malo, miijo. Esas cosas se devuelven” ¿Será esto a lo que se refería? Esta sensación de... como de...

El suspenso me mata, pensó la lámpara. Es la primera vez que veo esto. La anterior no aguantó y la tuvieron que remplazar. Pero no a mí, no señor. Yo estaré aquí, fiel y alumbrando. Pobre chico, morir en un lugar así y vestido de esa manera. Qué patético. Ya quiero ver cómo termina.

Está llorando, pensó el chico. ¿Por qué está llorando? Quizá se apiadó de mí, quizá abra esa puerta y se olvide de mí. En ese caso dejaré todo, me perderé del mundo y encontraré una buena chica, me la cogeré todas las noches y tendré hijos, por el amor Dios. Tendré uno, dos, tres... los que sean... y no serán como yo, no señor.

No puedo hacerlo, pensó el Lobo. Las otras veces fue más fácil. Qué pasa ahora. El chico me recuerda a mí mismo. Quizá si no lo mato termine como yo. Entonces otro lo matará después, esa es la ley de la vida. Estos niñitos nunca aprenden. De seguro ahora estará pensando en quitarme el arma, matarme y luego escapar. Uno nunca sabe lo que piensan. Maldita sea. Es tan joven, quisiera dejarlo ir, pero no sé, todo es tan confuso. Además, estas ganas de...de...

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la...en la...en...maldita sea ¿cómo era? Esa cuchilla gigante me distrae. ¿Por qué la moverá de esa manera?... Qué más da. Me va a matar el muy hijo de puta, después terminaré en algún hueco. Mis pobres padres no podrán encontrarme. Maldita vida... Ahora y en la...la... Moriré y no recordaré cómo era. Debí ser más atento... debí ser más de todo... debí... debí...

Par de nenas, pensó el suelo. Ambos llorando, mojándome de esa manera. Nunca he entendido de qué servirá. Pero bueno, mejor lágrimas que sangre. Ojalá se vayan rápido. Todo esto me incomoda. Nunca sé qué hacer en este tipo de situaciones.

Esto no fue lo que me contaron, pensó la lámpara. Dónde está la sangre, dónde los gritos. Nadie nunca mencionó abrazos, ni llanto. Malditos mentirosos. Ahora entiendo por qué la otra dejó de servir.

Me han cerrado con llave para nada, pensó la puerta. Si supieran cuánto duele. Algún día quisiera decirles. Pero no me atrevo. Me abren y cierran, como si mi opinión no importara, aunque quizá así sea. Después de todo, quién escucharía una vieja puerta como yo.



Jorge Sánchez Fernández. Colombia

Estudió Licenciatura en Literatura en la Universidad del Valle. Se graduó con la tesis creativa *Qué hablamos cuando ha-*

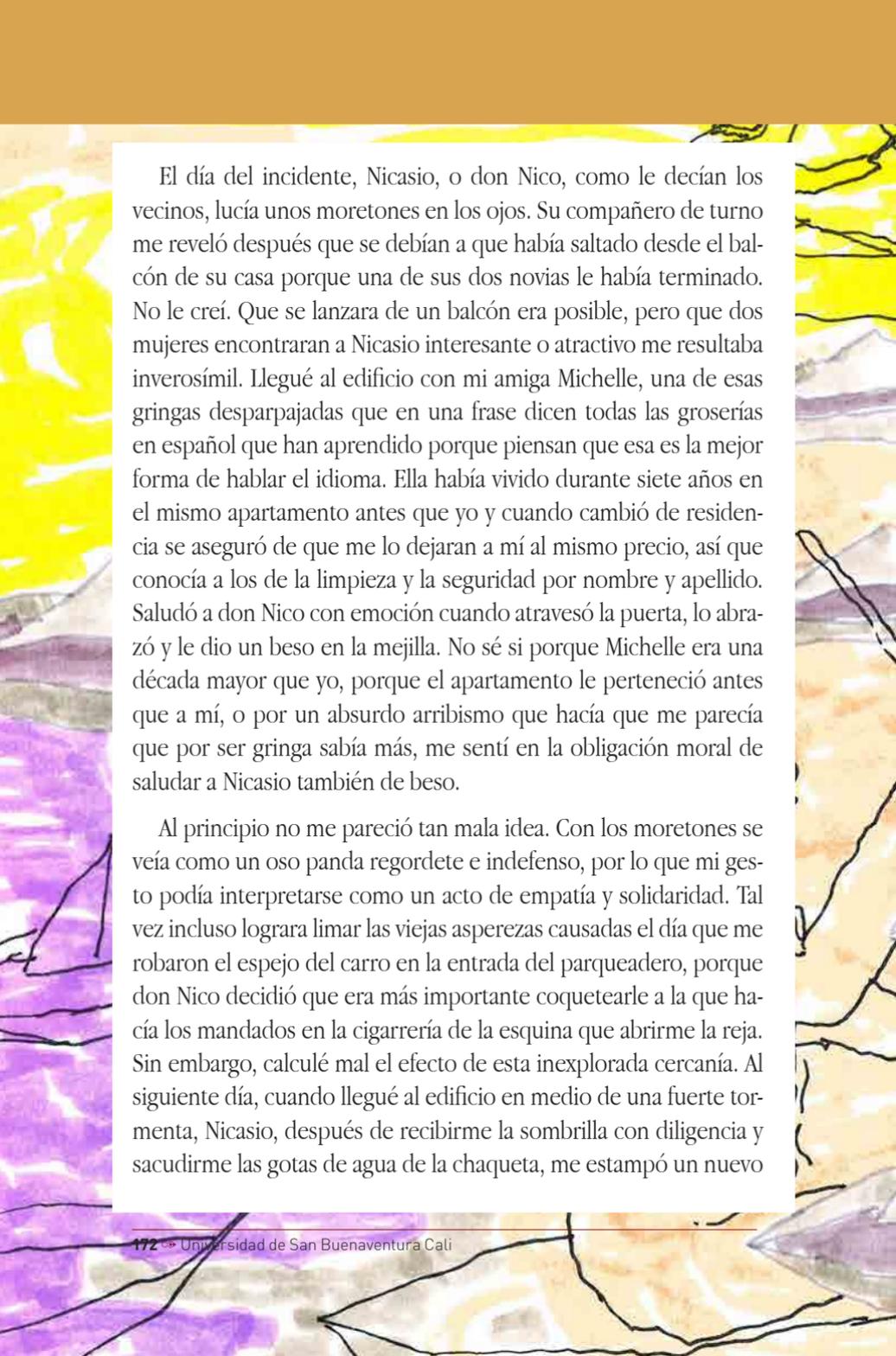
blamos de cuento. Ha sido escritor en el periódico cultural *La Palabra.*

Soraya Estefan Vargas
Colombia



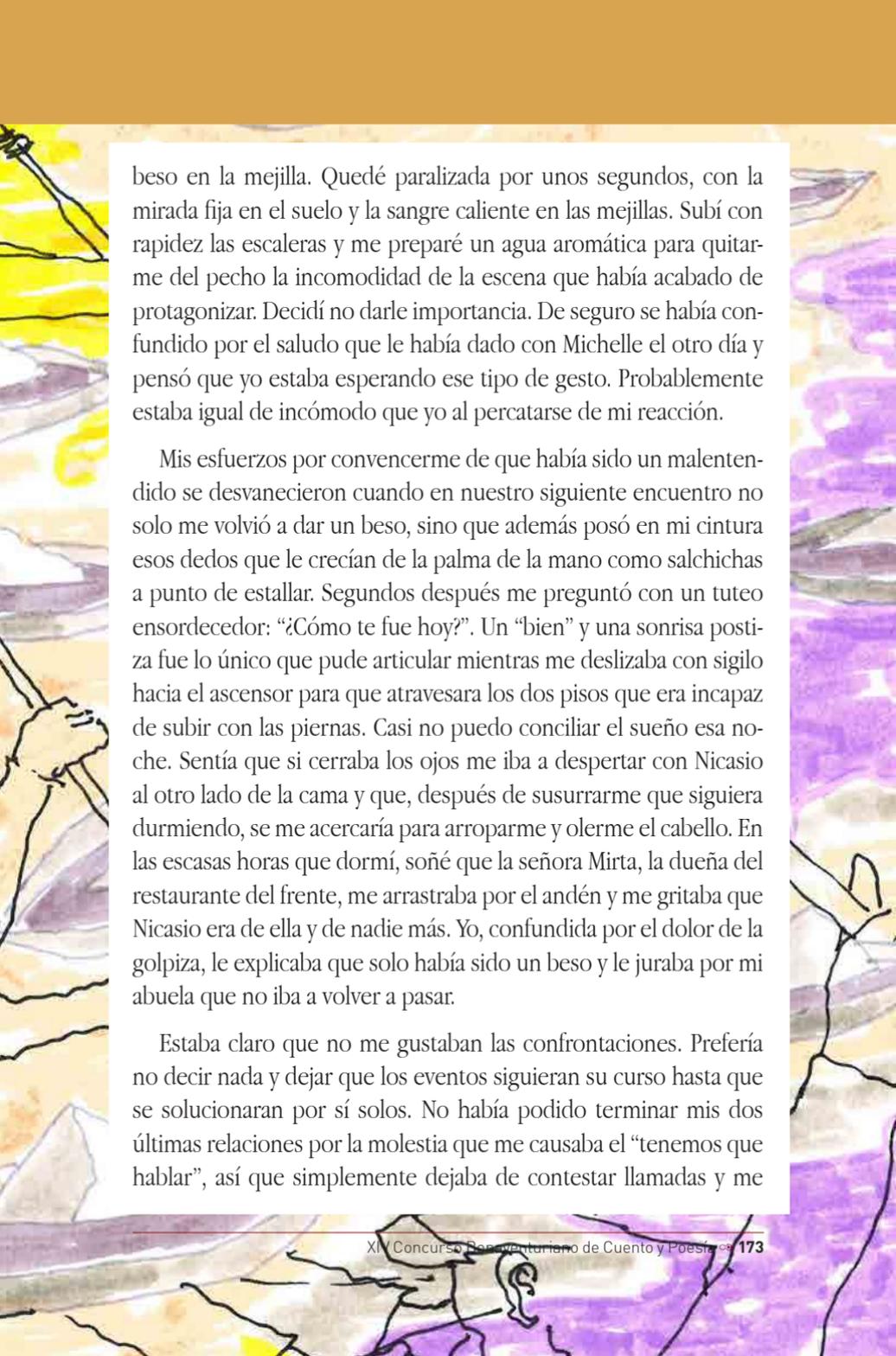
Solo por un beso

Nicasio había decidido abandonar su vocación de jardinero para ser celador. Aunque no era el prototipo de la persona que se espera que vele por la seguridad del edificio —era un hombre bajo, de unos setenta años, con un bigote anticuado que parecía haber sido sexy en los cuarenta y a quien la gordura le impedía cerrarse la chaqueta del uniforme—, el oficio de vigilante le encajaba bien. Dominaba el arte de los chismes de pasillo, su agudo oído le indicaba que se despertara después de que le golpeaba durante media hora en la puerta para que me abriera y, como un ninja, lograba meter en el cuartito de atrás de la portería a la señora del aseo del piso quinto para besuquearla un par de minutos mientras ella esperaba el bus.



El día del incidente, Nicasio, o don Nico, como le decían los vecinos, lucía unos moretones en los ojos. Su compañero de turno me reveló después que se debían a que había saltado desde el balcón de su casa porque una de sus dos novias le había terminado. No le creí. Que se lanzara de un balcón era posible, pero que dos mujeres encontraran a Nicasio interesante o atractivo me resultaba inverosímil. Llegué al edificio con mi amiga Michelle, una de esas gringas desparpajadas que en una frase dicen todas las groserías en español que han aprendido porque piensan que esa es la mejor forma de hablar el idioma. Ella había vivido durante siete años en el mismo apartamento antes que yo y cuando cambió de residencia se aseguró de que me lo dejaran a mí al mismo precio, así que conocía a los de la limpieza y la seguridad por nombre y apellido. Saludó a don Nico con emoción cuando atravesó la puerta, lo abrazó y le dio un beso en la mejilla. No sé si porque Michelle era una década mayor que yo, porque el apartamento le perteneció antes que a mí, o por un absurdo arribismo que hacía que me parecía que por ser gringa sabía más, me sentí en la obligación moral de saludar a Nicasio también de beso.

Al principio no me pareció tan mala idea. Con los moretones se veía como un oso panda regordete e indefenso, por lo que mi gesto podía interpretarse como un acto de empatía y solidaridad. Tal vez incluso lograra limar las viejas asperezas causadas el día que me robaron el espejo del carro en la entrada del parqueadero, porque don Nico decidió que era más importante coquetearle a la que hacía los mandados en la cigarrería de la esquina que abrirme la reja. Sin embargo, calculé mal el efecto de esta inexplorada cercanía. Al siguiente día, cuando llegué al edificio en medio de una fuerte tormenta, Nicasio, después de recibirme la sombrilla con diligencia y sacudirme las gotas de agua de la chaqueta, me estampó un nuevo



beso en la mejilla. Quedé paralizada por unos segundos, con la mirada fija en el suelo y la sangre caliente en las mejillas. Subí con rapidez las escaleras y me preparé un agua aromática para quitarme del pecho la incomodidad de la escena que había acabado de protagonizar. Decidí no darle importancia. De seguro se había confundido por el saludo que le había dado con Michelle el otro día y pensó que yo estaba esperando ese tipo de gesto. Probablemente estaba igual de incómodo que yo al percatarse de mi reacción.

Mis esfuerzos por convencerme de que había sido un malentendido se desvanecieron cuando en nuestro siguiente encuentro no solo me volvió a dar un beso, sino que además posó en mi cintura esos dedos que le crecían de la palma de la mano como salchichas a punto de estallar. Segundos después me preguntó con un tuteo ensordecedor: “¿Cómo te fue hoy?”. Un “bien” y una sonrisa postiza fue lo único que pude articular mientras me deslizaba con sigilo hacia el ascensor para que atravesara los dos pisos que era incapaz de subir con las piernas. Casi no puedo conciliar el sueño esa noche. Sentía que si cerraba los ojos me iba a despertar con Nicasio al otro lado de la cama y que, después de susurrarme que siguiera durmiendo, se me acercaría para arroparme y olerme el cabello. En las escasas horas que dormí, soñé que la señora Mirta, la dueña del restaurante del frente, me arrastraba por el andén y me gritaba que Nicasio era de ella y de nadie más. Yo, confundida por el dolor de la golpiza, le explicaba que solo había sido un beso y le juraba por mi abuela que no iba a volver a pasar.

Estaba claro que no me gustaban las confrontaciones. Prefería no decir nada y dejar que los eventos siguieran su curso hasta que se solucionaran por sí solos. No había podido terminar mis dos últimas relaciones por la molestia que me causaba el “tenemos que hablar”, así que simplemente dejaba de contestar llamadas y me

desaparecía hasta que la víctima entendiera el mensaje. Mi incapacidad de afrontar la situación con un afable “prefiero que no me salude de beso” o con un contundente “le agradecería que dejara las confiancitas” me orilló a calcular los días en que don Nico estaba de turno. Lunes, miércoles y viernes dormía en mi casa, pero martes, jueves y fines de semana saltaba del apartamento de un amigo a otro.

Mi error de gitana se volvió insostenible y no tuve más remedio que regresar a la rutina, la cual ahora incluía besar al celador. En mi nuevo rol y sin decir una palabra le lanzaba miradas amenazantes a la del quinto para que ni se le ocurriera pasarse por la portería, dejé de comer en el restaurante de la señora Mirta y cuando hacía pedidos a la cigarrería aclaraba que el encargo lo trajera únicamente Jorge, el mandadero hombre de la tienda. No cruzábamos más de un par de palabras con Nicasio, no me interesaba contarle sobre mi día y seguía escurriéndome después del beso ceremonial de saludo, pero, sin poder protestar, yo era ahora una de las dos novias del vigilante.



Soraya Estefan Vargas. Colombia

Es abogada y escritora aficionada. Ha publicado sus obras en la antología de microrrelatos *Otoño e invierno* (Diversi-

dad Literaria, España) y en la antología de cuentos cortos *Lo que quieras decir* (Editorial Dunken, Buenos Aires).

Cuento Mención

James Arias
Colombia/Canadá

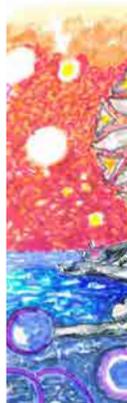


La tienda

*See my lonely life unfold. I see it everyday.
See my lonely mind explode.
When I've gone insane,
"The ballad of Dwight Fry".
Alice Cooper*

Cojea de la pierna derecha. Un mal tatuado dragón le atraviesa el pecho plano, enjuto y quemado por el sol. Lleva una pañoleta roja atravesada sobre la frente que le cubre el ojo izquierdo. Viene con el pelo, de color verde, recogido en una masa de laca, mugre y sudor de días. Es como una mala copia travestida del Joker que escupió alguna explosión nuclear. Yo la miro tambalearse desde la diminuta tienda de libros usados en la que, todos los fines de semana, trabajo para ayudarme a pagar el alquiler de un cuartito oscuro y mal ventilado del centro. Un cliente llega y me pregunta

por libros para observadores de aves, mientras ella se deja caer en un altibajo de la calle de enfrente, despatarrada, sin el menor recato, permitiendo que la minifalda de lycra negra deje al descubierto sus muslos famélicos colmados de más tatuajes. Busca, frenética, algo dentro de su bolsito rosado. El cliente me alcanza un billete de cinco dólares y procedo a apuntarlo en el cuadernito que llevamos para la contabilidad. Cuando volteo, observo cómo la mujer se pincha el cuello con lo que parece una jeringa, luego, se desgonza en un rictus de extremo placer, subyugada por completo a lo que sea que ahora corre por sus venas. El sol le da de lleno, sin misericordia. Si no la mata una sobredosis, seguro muere hoy deshidratada, pienso. Cojo el teléfono y marco el 911. Dicen que no pueden hacer nada, si sigue viva o si no da muestras de sobredosis o si no tiene un comportamiento violento. Una media hora después atravieso la calle y la empujo con el pie para ver si todavía vive. Aún respira. Tiene los ojos, de un raro color café claro, entreabiertos. De debajo de la pañoleta una gota de sangre baja, perezosa, y pienso si no será mejor que se muera de una vez. Un grupo de niñitos me aborda, ansiosos por saber si tenemos libros animados. La respuesta es lacónica: no. Este es uno de los veranos más calientes y húmedos de los últimos tiempos. Salir a la calle es como caminar entre sopa. Es tal el calor que, al fondo, creo ver cómo, poco a poco, el agua del cuerpo del esperpento aquel se evapora y sube al cielo. ¿O será, acaso, su alma? Pienso que estoy alucinando por el calor y abro una de las refrescantes latas de cerveza que traje en el morral. No está bien fría, pero me alivia. Cuando la tarde llega a su fin y es la hora de cerrar, comienzo mi rutina de entrar las cajitas con los libros en promoción y hacer el balance de las ventas de hoy: 45\$ miserables dólares. El sol ya casi que se ocultó por completo y antes de cerrar el negocio decido comprobar de nuevo si la junkie o la puta, o las





dos, sigue viva. Han pasado unas cuatro horas desde que se echó a rostizar en la calle y ni siquiera ha cambiado de posición. Ya tiene la piel roja como camarón y huele a orines. Por lo visto, sus esfínteres también se relajaron en el trance en el que se encuentra. La empujó una vez más con el pie y suelta un quejido. Tengo una lata de cerveza en la mano y le salpico la cara, para ver si reacciona. Pero solo gime de nuevo y se revuelve un poquito. Seguro mañana, si sobrevive, será un mal día para ella. Quemaduras en cara, brazos y piernas, insolación, deshidratación, y el deseo irrefrenable de volver a picarse el cuello o la primera vena que tenga disponible, si es que le queda alguna. Aunque el sol ya menguó, la sopa sigue igual de caliente y húmeda, solo que ahora en penumbras. Me siento un poco mareado y asqueado. La mujer gime de nuevo y tiembla. De un solo sorbo me tomo lo que queda de cerveza. Miro para todos lados, no hay ni un alma en la callejuela de los libreros y los vagabundos. Veo la hora, lanzo la lata a lo lejos, y le pongo un pie en el cuello a la mujer; inclinándome lo suficiente para que reciba todo el peso de mi cuerpo. 70 kilogramos que le cortan el hilillo de aire que la ata a su miserable existencia. Dos, tres resuellos infructuosos, un par de sacudidas como pez fuera del agua y ya está. Puedo, al fin, cerrar la tienda.



Wild world

“Oh baby, baby, its a wild world”, canta, desafinado como siempre, el hippie barbón, mientras rasga su guitarra. Y en efecto, el mundo es salvaje, y gris también, y lento y estúpido. Y por entre la maraña de gente, lenta y estúpida, de las 5 p.m., que se apila frente a las vías del metro, trato de hacerme a un espacio para lograr entrar en un vagón. La rutina siempre es la misma: el metro llega,



abre las puertas, vomita gente, nos engulle, y luego también nos vomita en la próxima parada. Y así, sucesivamente, en un bucle eterno. Día tras día. Cachum, cachum, cachum. A veces hasta he creído oír el crujido de los engranajes de la ciudad, la gran procesadora de existencias.

Yo leo, y mucho, para matizar mis esperas y rutinas, y para, de paso, evitar la idiotez humana. Solo que, a veces, es imposible, porque el panorama urbano se impone a tus sentidos. Como hoy, cuando me toca ser testigo de la charla, a grito herido, de dos salvadoreños, creo, que intentan comunicarse sus cuitas, de lado a lado de las vías del metro.

El tipo, bajito, cachetón y dientón, le pregunta a su paisana, que lleva un bebé dormido en un cargador sobre el pecho, por cómo ha sido su llegada al país, y le sugiere estrategias para ganar algo de dinero extra y ayudarse a sobrevivir.

“¿Ya te inscribiste a la francisación?”

“¡Sí, y mi marido también! ¡No es mucho, pero ayuda!”

“¡Y consíguete El Chasqui, el periódico hispano, salen muchos trabajos de cash!”

“¿Y ese dónde?”

“¡En cualquier tienda latina, es gratis!”

El suelo comienza a vibrar, y la dirección y el peso del aire cambian de inmediato ante la presencia inminente e imponente del Behemoth de metal azul y blanco. No hay molécula de la estación que no sucumba al poderío de su rrrroaaaaamm in *crescendo*. En la boca del túnel asoman sus luces a gran velocidad. Pero eso no impide que los supuestos salvadoreños sigan hablando y gesticulando,



como si más bien estuvieran de visita en el patio de alguna de sus casas. Miro a mi alrededor, para definir cómo me haré a un espacio dentro del vagón. Las posibilidades son más bien bajas, mucha gente ansiosa. Al otro lado de las vías, la mujer del bebé agita los brazos, maniática, gritando algo, con ojos y boca muy abiertos; de repente se ve muy pálida, casi espectral, y cuando el metro al fin llega cerca de nosotros, la mujer salta a su paso.

Marcela

Marcela, Marcelita, Marcelota, enorme y colorida Marcela, de andar paquidérmico y dificultoso. Cómo se nota el peso inmisericorde de la congoja en tu espalda encorvada. Infalible, infaltable Marcelita, aquí vienes de nuevo, como todos los días, como siempre, desde siempre, desde que te conozco, desde tu soledad, desde mi ventana, seis pisos mas arriba de tu cabezota medio calva y hundida en los hombros formidables. La falda de colorines, la blusa de cuadritos, y las eternas dos bolsas del supermercado en cada mano, ¿qué dice hoy el oráculo patibulario de tu rutina? ¿Que nadie te va a hablar porque, sin que lo sepas (o a lo mejor lo sospechas), eres la loca oficial del barrio? “La gorda aquella tiene a toda su familia momificada alrededor de la mesa del comedor, por eso, todos los días se la ve con las bolsas de las compras sentada en la parada del autobús”, dicen unos. “Es una solterona a la que dejaron plantada en el altar y, desde entonces, vaga por las calles del barrio sin rumbo fijo”, aseguran otras. Marcela, Marcelita, Marcelota, admiro tu constancia y tesón por reivindicar el sagrado derecho universal a restregarse la nariz en la mierda propia. ¿Sabías que te puse Marcela, en homenaje a las tías, mitad brujas, que colorearon mi infancia? Y creo que te hace justicia. Te va bien, como los collares brillantes y



aretes enormes que siempre llevas. Y cuando la mañana clama por más carne de cañón, siempre te veo en el paradero del bus, delineando tus bonitos ojos negros de perro sabueso apaleado. Pero cuando la tarde me devuelve por entre los esfénteres del autobús, te encuentro tal cual te dejé en la mañana, en la misma banca, pero con el rímel totalmente corrido por el llanto, negras cataratas que te convierten en una suerte de maltrecho Alice Cooper obeso. Marcela, Marcelita, Marcelota, observas cada bus que llega con ansia loca, cual si se tratara de la barca de Caronte o de una góndola veneciana y no de un mísero Volvo del 91. ¿Quién esperas que llegue? ¿Tu juventud? ¿El marido que nunca te encontró en el altar? ¿El hijo abortado a media preñez? ¿O acaso el coraje de colgarte, de una vez por todas, de una de las vigas de tu casa? Hoy, un viento huracanado que, según las noticias, acaba de volcar un enorme camión en la autopista, amenaza con elevar por los aires mis escasos 60 y tus 100 kilogramos de congojas a medio digerir. Pero pasas de largo, con el ritmo cansino de siempre, en pos del paradero de autobuses. Un semáforo se bambolea y cruje en lo alto de un cable, luego, se descogota como el fruto mutante de un árbol. ¡Blam! suena al estrellarse contra el suelo, luego de rozar, ligeramente, tu figura. Y tú, Marcela, maravillosa, formidable, no esperaría menos de ti, apenas si lo miras, con desprecio, de soslayo, y sigues de largo en pos del próximo autobús con destino a la más vacua de las rutinas.

Cero a la izquierda

*Nadie vendrá a rescatarte, grita y maldice en vano. Nadie que te recuerde,
nadie sabrá tu nombre, "Brotherhood of man".*

Motorhead

Me escogieron no por el color de mi piel, ni por mi nacionalidad, ni por mis talentos o atributos físicos. Me escogieron por



insignificante. Eso me dijo el tipo de la barba canosa: “Nadie se fija en usted, pasa desapercibido en cualquier lado”. Y tiene razón. Si por algo nací marcado es, justamente, por eso: ser un eterno cero a la izquierda. Un don nadie. Apuesto a que de mis años de colegial o de mis antiguos empleos nadie recuerda ni mi nombre. Y nadie me recordará tampoco, o sabrá quién fue el honroso gatillero escogido para tan importante misión. El primero, el único, el último. Mañana, ni siquiera los estúpidos de los noticieros de TV, sabrán que fui yo. De rostro aindiado, ojos negros y hundidos y dientecillos blancos y medio salidos, cualquiera diría que fui hecho para escurrirme por los rincones y las hendiduras de la existencia, sin que nadie lo note; para entrar y salir por las rendijas de cualquier vida, sin ser descubierto. Solo que ahora, justo en el corazón de la multitud, no puedo evitar la ráfaga de estornudos y tos, que cada vez son más seguidos y logran que todo el mundo me voltee a mirar, obvio, con disgusto. Rata humana y apestosa. Tampoco puedo detener el goteo de sangre de mi nariz, como una llave arterial mal cerrada. Ni siquiera me alcanzaría la energía para pararme de la silla de ruedas en la que me acaba de depositar un guardia de seguridad, al que le estornudé en plena cara mientras me hacía sentar a la fuerza. Solo es cuestión de tiempo para que retorne a mi anonimato, para que me enconche y me devore a mí mismo, como una suerte de serpiente Uróboros, que de paso se traga, eso espero, al menos a media humanidad. No soy el malo, no soy el bueno, ni el antihéroe de esta, la historia final, solo un perdedor más. La diferencia es que tengo la fortuna de hacerle un guiño final a mi pueril existencia. Las instrucciones fueron muy sencillas: “solo tiene que depositar estos seis sobres en igual número de bandejas de alimentos y ya está. El contenido de los mismos hará su trabajo. No haga preguntas, no tendrá respuestas”, apuntó, lacónico, el barbudo, antes de entre-



garme un gordo fajo de billetes de 50 dólares, como subrayando sus palabras. El resto, sería consignado un par de días después en la cuenta bancaria de mi hermana, en Reinoso, una vez confirmado el éxito de mi faena. No obstante, si era descubierta o no cumplía con mi parte del trato, sería aniquilado en el acto, y mi hermana y sus hijos también. ¿Pero, que fue lo que mató al gato? Claro, la curiosidad. Y también a mí. No me iba a aguantar las ganas de saber qué era lo que llevaban dentro los malditos sobres de papel de aluminio, con tan mala suerte que uno de ellos explotó en mis manos, bañándome la cara y el pecho de una sustancia cenicienta de un extraño color ambarino. Primero fue el hormigueo muscular, al que siguieron los escalofríos y una sudoración extrema. La última etapa, la actual, la tos y la sangre, que ya mana incluso de mis oídos. Fue cuestión de dos horas, durante las cuales tuve la epifanía: no iba a perder los 100 mil dólares restantes de mi pago y tampoco iba a exponer la vida de mi hermana y su familia. Si ya no podría dejar los sobres en los contenedores de alimentos del aeropuerto, al menos, cumpliría con su propósito final, en la sala de espera de vuelos internacionales, convertido en el ojo de un huracán de gente de todo el planeta, ansiosa por llegar a sus hogares y trabajos, plagados, sí, plagados de más gente aún, que irá al gimnasio, a la escuela, al cine, a la iglesia... Ojalá el barbudo y sus compinches comprendan mi mensaje. Yo, de una u otra manera, cumplí con mi parte. Espero que ellos cumplan con la suya.

James Arias. Colombia/Canadá

James Arias trabajó varios años como periodista, cronista y crítico de cine del diario *El Tiempo*. Actualmente reside en

Canadá desde donde ha colaborado con varios medios colombianos.

Cuento Mención

Jessica Andrea Gómez

Colombia



Distopía

Cuando llega a la casa él todavía está en el cuarto, intentando cerrar la maleta. Ella le grita que se largue, que se vaya al diablo, que no quiere volver a verlo. Él lucha con la valija para hacer entrar allí lo poco o mucho que tiene. Antes de su llegada él habla con los niños. Trata de explicarles, de modo que entiendan, las razones por las cuales tendrá que marcharse. Los niños no pueden comprenderlo, lo único que hacen es ponerse a llorar y agarrarse a su cuello para que no se vaya. Apura un whisky, en la cocina, para adormecer la tristeza que le produce el tener que dejarlos. Permite que lo acompañen a la habitación y le ayuden a hacer la maleta. Sacan del armario cada una de sus prendas y las meten con cuidado en la valija. Las doblan con estrategia para aprovechar al máximo cada recoveco. A pesar del rigor con que meten cada cosa, es evidente que aún le falta mucho por empacar y le queda poco espacio, así que tiene que empezar a ser selectivo con lo que lleva.



Apoyada en la puerta, ella lo mira con odio y lo maldice entre labios. Quiero quedarme con los niños, dice él, sin levantar la mirada. La valija se hincha bajo sus manos, que la presionan con todas sus fuerzas para hacerla cerrar. Estás tonto del culo, dice ella. Mis hijos se quedan conmigo, no voy a dejar que se vayan con un maldito hijo de perra como tú. Si los quieres tendrás que vértelas con mi abogado. Cuando le va a responder, la valija, por fin, cede a la presión y la cerradura hace “clic”. La sensación de victoria hace que olvide por completo lo que iba a decir. Ella le extiende la mano, como una invitación para que acabe de largarse. Afuera ha empezado a llover. Camina por el pasillo arrastrando su equipaje. En el umbral de la casa se despide de los niños que lloran inconsolables. Escucha el golpe de la puerta que se cierra a sus espaldas. Se dirige hacia su carro, que había dejado aparcado al otro lado de la calle. Un sarpullido de gotas empieza a acumularse sobre su cabeza. Cuando casi está al otro lado de la avenida, tropieza con el andén y la maleta se abre exponiendo sus entrañas al viento y al agua. Con resignación ve volar por el aire las medias, las camisas, los pantalones, los papeles y retratos que con tanto esmero había empacado, y que ahora se esparcen, enlodados, a lo largo de la calle.

Papá

Papá llega borracho casi todos los fines de semana. Por ahí a las cuatro de la mañana agarra la puerta a patadas y nos despierta a todas. Nosotras nos quedamos debajo de las cobijas, haciéndonos las dormidas. Oímos a mamá que arrastra las chanclas en el pasillo. Después oímos como baja por la escalera y abre la puerta. Él le dice un montón de groserías apenas la ve, como si ella le hubiera hecho algo malo. Yo no sé por qué papá no abre la puerta él mismo



si tiene sus propias llaves. Ella le habla bajito, muy bajito, para no despertarnos. Cuando ya está adentro, papá prende el equipo de sonido y le pide una cerveza. Ella le dice que no hay cerveza. Él le dice que entonces para qué putas trabaja. Ella le ruega que, por favor, hable más bajito. Papá le grita otro poco de cosas feas. Ella se queda callada, como si esas cosas ya no pudieran hacerle daño. Como mamá no le responde, papá se pone a hablar solo y a tirarlo todo al suelo. Luego oímos un forcejeo: quejidos, golpes, respiraciones, ruegos y el llanto de mamá que es como un llanto de niña asustada. Por un momento todo se queda en silencio. Escuchamos a papá que se arrastra por las paredes. Sentimos como sube la escalera, avanza por el pasillo, abre la puerta de nuestro cuarto y enciende la luz. Nosotras apretamos los ojos, nos cubrimos de pies a cabeza con la cobija y respiramos profundo, como si estuviéramos muy, muy dormidas. Papá nos destapa, nos acaricia el pelo, nos dice que nos quiere y se pone a llorar. Mete la mano ahí abajo y se pone a moverla. Respira agitado, como cuando uno ha corrido por mucho tiempo. Huele mucho a cigarrillo y a cerveza. Ha pasado un buen rato cuando mamá llega por detrás y le dice que, por favor, no haga ruido, que podríamos despertarnos. Papá la escucha llegar, se queda quietico y saca la mano de entre mis piernas. Mamá lo toma del brazo y se lo lleva a su cuarto. Al otro día parece como si nada hubiera pasado: papá nos manda a la panadería por leche y huevos para el desayuno. Mamá tiene un ojo negro, pero está contenta. Nosotras le preguntamos que qué le pasó en el ojo. Ella nos dice que se pegó con la puerta. Nosotras fingimos que le creemos. Yo no sé qué va a pasar el día en que papá y mamá descubran nuestro secreto, y se den cuenta de que los engañamos, de que fingimos estar dormidas, pero no es así y en realidad siempre hemos estado despiertas.

El secreto

Es viernes de fin de mes. Estamos sentados al comedor a la hora de la cena. Hoy es el día en que mamá prepara su receta especial de lasaña napolitana, que heredó, junto con el ingrediente secreto, de la abuela, quien a su vez lo aprendió de un novio cocinero que tuvo cuando era muchacha. Mariana y yo esperamos con el cuchillo y el tenedor en la mano. Damos golpecitos impacientes sobre la mesa. Papá, como siempre, está sentado a la cabeza y nos pide que dejemos de hacer ruido. Dice que vamos a abollar la madera si seguimos con el maldito juego. De adentro del horno sale el aroma de la salsa, un olor dulce y delicioso que se esparce por toda la casa y se parece mucho a la felicidad. El teléfono de papá suena. Él se busca en los bolsillos, pero no lo encuentra y se pone pálido, como si hubiera perdido un pedazo de su alma. El sonido crece y crece, se vuelve más intenso, viene de la cocina, donde está mamá, que toma el aparato de encima del mesón, donde él lo había olvidado, le echa un vistazo y se lo pasa. Papá lo agarra con impaciencia. Mamá no le dice nada. El teléfono deja de sonar. Papá desliza los dedos por la pantalla para revisar el historial de las llamadas perdidas. Mamá vuelve a sus quehaceres. El olor, dulce, que salía del horno empieza a ponerse amargo: algo se quema y mamá no se da cuenta. El teléfono vuelve a sonar. Mamá abre la puerta del horno para salvar lo que queda de la cena. Una nube de humo sale de adentro y la ahoga. Papá contesta el teléfono: ya les dije que no me llamen a la casa por asuntos de trabajo, dice, se levanta furioso y se va para el estudio. Oímos el sonido de la puerta que se cierra. Mamá sirve la lasaña sin que papá haya llegado. Damos golpes eufóricos sobre la mesa. Pone una porción en cada plato. Está deliciosa, como siempre, al menos la parte de arriba, abajo la pasta está un poco quemada, la mozzarella y la salsa se fundieron y formaron una costra que parece caucho





derretido. La porción que le toca a papá es la peor de todas. Regresa del estudio, se sienta y se lo come todo, hasta lo quemado. No vamos a dejar nada, dice. Mamá se esforzó mucho y la mejor forma de agradecerle es no dejar nada en el plato. Mamá se queda callada, ni siquiera lo mira, espera a que acabemos de comer, recoge la losa y la lleva al fregadero.

Mamá

Ayer, en la noche, después de que nos acostamos, mamá se puso a llorar. Desde que el hombre se fue con Natalia a vivir a otra casa, mamá se la pasa llora que llora. Yo le pregunto por qué, pero nunca me dice nada. Nos arropamos en la cama y vemos la telenovela. A las diez, cuando la novela acaba, apaga el televisor. Después empieza a llorar debajo de las cobijas hasta que se queda dormida. Como ella llora, yo lloro, Camilo también y Andrés, pero lo hacen pasito, para que nadie los oiga, porque una vez mamá les dijo que los niños chillones no son hombres sino gallinas. Patricia y Ricardo, que duermen a los pies de la cama, parece que no se dan cuenta de nada, pero yo sé que si lo supieran también llorarían, porque las lágrimas y la tristeza de mamá son muy contagiosas. Yo trato de consolarla con caricias en el pelo. Le pregunto: mamita, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras tanto? ¿Es por lo de Natalia? Ella no me contesta, me pega con el codo y me manda que me calle y la deje tranquila. Desde que el hombre se fue con Natalia, ella está así: toda como llena de tristeza y de rabia. Yo no sé por qué Natalia se metió con el novio de mamá, si era un señor tan grande. ¡La muy puta!, dijo mamá cuando se dio cuenta, ¡la muy puta!

Quién sabe a qué hora pasó todo, quién sabe. Debió ser mientras dormíamos. Ese es el problema de tener una sola cama y dor-

mir todos tan cerquita, tan apretados. Yo no sé en qué momento él y Natalia empezaron a quererse debajo de las cobijas. Lo que sí sé es que al final fue Natalia la que se quedó con el hombre. Yo le dije que no me imaginaba cómo podía darse besos con un señor tan viejo y tan feo. Ella me dijo que no fuera sapa, que no metiera mi nariz en las cosas de la gente grande. Mamá, el día en que se enteró, dijo que todo era culpa de Natalia, que a pesar de su poca edad ya andaba muy arrecha, en busca de macho y que como le picaba tanto y no podía aguantarse las ganas, se había buscado ese pedazo de palo para rascarse. El día que el hombre se la llevó, mamá no estaba en la pieza. Echaron la ropa de Natalia en una bolsa de basurera y se fueron. Ella no pudo aguantar las lágrimas y se puso a llorar en la puerta. Me dijo al oído que no quería a ese señor, que solo se iba porque mamá la había echado. Me dejó su muñeca y su osito dormilón para que los cuidara, también me encargó que cuidara mucho de mamá y mis hermanos.



Jessica Andrea Gómez. Colombia

En la actualidad estudia semestre de Derecho en la Universidad Católica de Colombia. En el 2016 escribió un relato que

fue premiado en el Concurso Nacional de Cuento Colombia Cuenta, de RCN y el Ministerio de Educación.

Ernesto Tancovich
Argentina



Seguimiento

Teníamos fundadas sospechas de que uno de los tres estaba siendo vigilado. Concertamos abordar, fingiendo no conocernos, el subte C de las 15:35. Bajaríamos en Palermo por puertas distintas para encontrarnos a las 17 en el Dakota Bar de la calle Costa Rica.

En el subte todo el mundo tiene cara de póker. Imposible adivinar cuál de los pasajeros estaba encargado del seguimiento. Era cuestión de aguardar los acontecimientos.

Llegando a Palermo nos dirigimos hacia las respectivas puertas. Instantáneamente dos tipos que también viajaban separados hicieron lo mismo, colocándose uno a cada lado del que llamábamos Simón.

Descendimos todos. Simón caminó pegado al tren y sorpresivamente se introdujo por donde yo había bajado. Intentaron seguirlo pero las puertas se les cerraron en las narices.

En el andén quedamos el que llamábamos Iván, yo y los dos desconocidos. Desconcertados, discutían en voz baja mirando alternativamente al túnel y a las escaleras. Pasé junto a ellos adoptando un aire ausente y subí a la calle. Iván marchaba varios metros adelante. Dejé que se distanciara aún más.

Ya estaba Iván sentado a una mesa y Simón quitándose el abrigo cuando entré al Dakota. Quedé demudado. Las entradas de Iván habían avanzado hasta dejarlo totalmente calvo. Simón, por su parte, había encanecido casi por completo. Eso por no hablar de la obesidad, las manchas de la piel, el aliento jadeante de uno y las arrugas, el color amarillento y la delgadez excesiva del otro. Los dos parecían abrumados por un peso enorme. Aterrado, me busqué en un espejo. Entonces vi las hinchadas bolsas que colgaban de los ojos, la configuración asimétrica de la cara, la red de venas violáceas que descendiendo de la nariz se expandía por las mejillas

Habíamos conseguido burlar el seguimiento, pero a un costo demasiado alto.

Huertos

Pesados de sueño, los ojos tardaron en reconocer a los visitantes.

—Te buscan los milicos, hermano. Andate.

—Junto mis cosas.

—No hay tiempo. Están cerca.

—La novela. Ni loco la dejo.

—Mucho bulto. Dámela. La enterramos en el huerto —dijo uno.

—Viajá liviano —acotó el otro.



Los dos curitas y la valija de falso cuero se perdieron en la noche. Él, sin equipaje, por vericuetos, dejó la provincia, salió del país, llegó a Europa, empezó otra novela.

A los seis años regresó. El país había cambiado y la provincia. No tanto el convento, ni el huerto. Sí la gente. Aquellos curitas habían muerto en un oscuro accidente de ruta. Explicó a los nuevos qué lo traía.

Accedieron a que explorara el huerto con la condición de preservar los cultivos en lo que se pudiera.

Lo parceló en dieciséis cuadrículas. Cavó en la primera. A esa trasplantó los cultivos de la contigua. Así, hasta completar todas. No sobrevivieron las zanahorias, las habas ni las cebollas. Al cavar iba recordando, al trasplantar reescribía. También los capítulos habían sido dieciséis.



Llevó la novela de la tierra al papel. La llamó *Los buertos*. Respecto del original perdido hubo en este más variedades de hoja verde y afuera quedaron raíces, leguminosas y bulbos.

El sueño reparador

Soñé que llevaba a mi hijo de cuatro años a la plaza. Hacíamos carreritas del lapacho a la estatua, de allí al banco, a la farola. Se me dice que no puede ser, que no llegué a conocerlo, que Marta recién iba por el cuarto mes cuando ocurrió mi accidente, que es otra cosa lo que se esconde en el sueño, dicen los sabelotodo.

De a cuatro

[Sobre un tema de Gesualdo Bufalino]

Allí las sentencias no se pronuncian; se adivinan o se susurran. De cualquier modo, los cuatro tienen la casi certeza de que serán ejecutados y ciertos indicios les hacen suponer que será al alba. A medianoche se presenta sorpresivamente el comandante. “Si uno de ustedes, solo uno, —dice, remarcando cada sílaba— revela el nombre de quien urde los atentados, los cuatro serán perdonados. Ni yo ni ustedes sabremos quién fue el informante”. Dando a cada uno lápiz y papel los distribuye en los cuatro rincones del vasto pabellón. Luego de pensar o simular pensar unos instantes, escriben. De brazos cruzados el comandante espera. Los desdichados desfilan con la cabeza gacha y dejan caer su papel doblado sobre la mesa. Sin parpadear el comandante trata de sorprender algún gesto revelador. Pero ellos han desistido de toda emoción. Ya en su oficina los desdobra, lee los cuatro nombres, piensa. “Tres

han mentido, quizás los cuatro”. Llama al teniente. “Disponga la ejecución”, ordena. Y entregándole los cuatro papelitos: “A estos otros deténgalos”. Al alba salen por una puerta los cuatro sentenciados, por otra ingresan los nuevos prisioneros. En la noche repite el juego de los papelitos. A solas los despliega, lee los nombres, de nuevo todos distintos. Ya no piensa. Llama al teniente. Le transmite la nueva orden, ejecución de unos cuatro y captura de otros cuatro. Se suceden los días y las noches, entre atentados en las sombras y descargas de fusilería al alba. El comandante ha envejecido un año por cada día. El duro armado de las facciones se desbarata en líneas descendentes y la mirada se ha hecho cenagosa. Desentendido de todo, persiste en el ritual de los papelitos, aunque ya los entrega al teniente sin desdoblarlos. Por momentos olvida su propio nombre o se le confunde con el nombre de otros o desea oscuramente que alguno de los prisioneros lo anote en un papelito y todo termine de una vez. Las cartas de su mujer van siendo más lacónicas y espaciadas, ya sin fotografías que las acompañen, y la maldita guerra no tiene miras de terminar.



Ernesto Tancovich. Argentina

Finalista y mención Premio Provincia de Córdoba por *El niño estalinista* (poesía). Finalista, mención y publicación en el XIII Concurso Bonaventuriano de Cuento y poesía 2017 (Colombia) por *Las playas del tiempo* (narrativa). Primer premio de la editorial La máquina que hace Ping (España) por *Cine piojo* (microrrelatos). Publi-

caciones en las revistas *Marabunta*, *Los heraldos negros*, *Monolito*, *Papeles de la Mancuspia*, *Nocturnario*, *Monociclo* (todas de México), *Cuentos del andén* (Madrid), *Nagari* (Miami), *Carie* (Turín) *Extrañas noches* y *Boca de Sapo* (Buenos Aires), *Pedes in Terra* (Tucumán).

Juan Camilo Perdomo Morales
Colombia



Casa quemada

Solo, a orilla de la calle, observaba lo sucedido.

Pensó en todas las causas posibles del voraz incendio. Lo más probable —creyó—, un pájaro se enteró de su llegada al pueblo y decidió incinerarle su vida.

Ya sabía cómo era la vida en esos tiempos. En más de una ocasión enfrentó las turbas chulavitas que intentaron acabar con su familia.

Nunca conoció motivo o ejecutor, pero mientras todo se carbonizaba sin piedad alguna, su pequeño hijo llegaba a sus brazos en busca de consuelo.

(Y en sus dedos, un cerillo).

Juan Camilo Perdomo Morales. Colombia

Filósofo egresado de la Pontificia Universidad Javeriana Cali.





UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI



Acreditación Institucional
**MULTICAMPUS
DE ALTA CALIDAD**
INSTITUCIÓN EDUCATIVA BUENAVENTURIANA
Cali - Colombia

Avenida 10 de Mayo, La Umbría, Vía a Pance
PBX: 488 22 22 - 318 2200 / FAX: 4882231.
Cali - Colombia, Sur América



EB
EDITORIAL
BONAVENTURIANA



Editorial Bonaventuriana



@EditBonaventuri



Editorial Bonaventuriana



Editorial-Bonaventuriana

www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co

VIGILADA MINEDUCACIÓN

